

Universidad Nacional de Río Negro
Escuela de Humanidades y Estudios Sociales



“Somos de acá”

Varones en Situación de Calle en Bariloche.

Tesina de Licenciatura

Licenciatura en Ciencias Antropológicas

con Orientación Sociocultural

Mateo Di Noto

Legajo 17557

Directora: Dra. Ana Margaria Ramos

San Carlos de Bariloche, Octubre 2022

Agradecimientos

A mi familia, por todo el cariño recibido

a mi abuela que me prendió una velita en cada parcial, cada exposición, cada entrega. Esta tesis está dedicada a ella.

a Gai, Zo y Ma por un montón de cosas que no alcanzaría a describir; por cada uno de esos momentos de lo más simples, como unos matecitos en el lago, una caminata, una sobremesa eterna, que para mí son todo

a Flor, y también a Rita, que se transformaron en hogar, acompañando desde el amor

a mi tío Pablo por siempre estar ahí.

A mis compas de cursada, por lo compartido

especialmente a aquellos que son amigos, Alejo, Cami, Vicky, Juan, Ananda, Sofi, Mía, gracias por las charlas, por los debates, por el aguante en las distintas etapas.

A mis compas de laburo, que hicieron que esta tesis fuera mucho más que un proceso individual

Sobre todo a Juan, por el agite, por moverse siempre, por buscar constantemente hacer cosas que mejoren la calidad de vida de las personas y por incluirme en esos proyectos. También a Jorge, por la paz en el medio del caos, por la sencillez en lo complejo, a Pía, por los consejos, a Normita, por su sensibilidad.

Mención especial a todos y todas las que se incorporaron en la última etapa, que por ellos, fue sin duda, la mejor. A Joaco, a Nata, a Sofi, a Sol, a Mati, a Julito, a Calu. por la energía, por las risas, por la catarsis ¡por el equipazo! que hizo el cotidiano mucho menos áspero. Agradezco también a todas y todos los que nos bancaron y nos dieron una mano

A la universidad pública y a los excelentes docentes que me tocó tener, por las oportunidades y todo lo aprendido

A Ana, cuya dirección fue un verdadero placer.

A las montañas y a todas las personas que me ayudaron a atravesarlas, a mis grandes amigos Pato, Andrés, Tomi, Mate, sin ellos y ellas no habría salud mental que aguante.

Y a todos con los que compartí en calle, por las charlas, por abrirse, por los vínculos formados, por mostrarme, por enseñarme.

PRIMERA PARTE

INTRODUCCIÓN	6
Mapeando Bariloche: La Ciudad y sus Instituciones en Relación a las Personas en Situación de Calle. Ruta y Coordenadas de Quien Escribe.	6
Herramientas Conceptuales	10
Abordaje Metodológico y Antecedentes	19
CAPÍTULO I	24
RECONOCIENDO LA DIVERSIDAD: ¿QUIENES SON LAS PSC?	
¿Ser o Estar en la Calle? Categorías Nativas Para Hablar de Situación de Calle	26
Diacríticos y Organización de la Tesina	32

SEGUNDA PARTE: LUGARES 34

CAPÍTULO II	34
RANCHADAS Y PARADAS: LOS LUGARES DE “LA CALLE”.	
La ciudad ambigua: entre avenidas, calles, pasajes y “tierra de nadie”.	34
La Calle Como el Lugar de los que “No Tienen”.	35
“La Calle” de Bariloche: Sus “Paradas” y “Ranchadas”.	38
Onelli y “La Piedra” o “La Ranchada de Atrás de Emaús”	38
Ñireco y “El Faro”	44
Habitar la calle	48

TERCERA PARTE: ITINERARIOS 50

Entre las risas, el ‘tetra’ y el llanto: Sobre Itinerarios de Calle.	50
Zonas, Itinerarios y Paradas	51
CAPÍTULO III	52
ONELLI	
Héctor	52
Blanco, Ronda y Vaquita: El consumo y la calle. Usos y costumbres.	55
Viruta	58
“El respeto, el respeto es lo más sagrado”	61
CAPÍTULO IV	63
ÑIRECO	
Raúl	63
Viviendo pero al límite – Al límite pero viviendo	65
Muela	68

Las Violencias: los “violentados” siendo “violentos”.	72
Conclusión: Cotidianos de calle. Haciendo de la calle lugar.	74
CUARTA PARTE: TRAYECTORIAS	76
CAPÍTULO V	76
PAISANOS DE LA CALLE: TRAYECTORIAS DE UN “ACÁ” COMPLEJO.	
¿Vos sabés con quién estás hablando?	76
La experiencia y el saber: su construcción en la articulación entre (determinados) lugares.	79
Paisanos de la calle: historias de dolor que devienen experiencia.	82
Saber qué hacer: Calle y Campo.	83
Trayectorias Institucionalizadas: Cárcel y Calle.	87
Códigos y Sentidos en Triangulación	91
CONCLUSIONES	93
BIBLIOGRAFÍA	96

PRIMERA PARTE

INTRODUCCIÓN

Mapeando Bariloche: La Ciudad y sus Instituciones en Relación a las Personas en Situación de Calle. Ruta y Coordenadas de Quien Escribe.

Esta tesina es el producto de un trabajo con personas en situación de calle (en adelante PSC) durante seis años en Bariloche. Mi relación con el campo siempre estuvo signada por un doble rol entre lo que es señalado como la gestión y la investigación, roles que se fueron entretejiendo y unificando a través de la “práctica antropológica” (Guiñazú, 2016). El interés, las preguntas y los vínculos se fueron conformando en el transitar por la ciudad, orientado por el transcurrir de mi formación académica y mi trayectoria laboral.

Bariloche puede ser identificada como una de las principales ciudades turísticas de Latinoamérica. Se encuentra emplazada en una región montañosa que posee una serie de condiciones climáticas y topográficas que, a su vez, caracterizan al parque nacional y a la región andina que la circundan. Si bien no es una gran urbe, en su región destaca con sus 146.00¹ habitantes siendo la más poblada de la Provincia de Río Negro y la tercera en la Patagonia. El componente migratorio de la ciudad es significativo, nutrido permanentemente por inmigrantes provenientes de pueblos rurales cercanos o aquellos que vienen desde más allá de los límites de la Provincia, quienes llegan por amenidad o buscando una oportunidad en una economía que cuenta con el turismo como su principal motor (Medina, 2018). La “ciudad-postal”, además de destacarse por sus paisajes lacustres descomunales en los que es posible zambullirse en los veranos, y del mítico Cerro Catedral, en el que los esquiadores disfrutaban de las nevadas en épocas invernales, posee profundas desigualdades materiales y discursivas (Fuentes, 2007). Más allá de las propias contradicciones de la ciudad capitalista, podemos encontrar en esta como en otras ciudades vinculadas a la explotación turística, algunas particularidades en relación con la centralidad que adquieren los conflictos por la apropiación y uso del espacio urbano. Dado el carácter de ciudad-mercancía de Bariloche, las modalidades de acceso a la tierra, a la adquisición de la vivienda o al alquiler se dan –en los casos que se logran concretar– en el marco de tensiones históricas y coyunturales que la estructuraron a través de su expansión caótica (Guevara, Paolinelli y Nussbaum, 2018). Como explica Tomás Guevara (2015), la “lógica de mercado”, atravesado por un alto componente especulativo, ejerce como una de las principales reguladores de acceso. Además, dada la imposibilidad de su concreción para la enorme mayoría de la población, actúa también en fuerte medida la “lógica de la necesidad”, que lleva al aumento de asentamientos informales (Guevara, Paolinelli y Nussbaum, 2018; Guevara y Nuñez 2014; Guevara, Medina y Bonilla 2016). Todo este proceso se da en relación con una “lógica estatal” que, a través de las políticas públicas, debería permitir resolver tensiones y ayudar a los ciudadanos en el derecho a una vivienda digna, pero que, por acción u omisión, no logra detener

¹ Según la proyección elaborada por el área de estadística municipal luego de que en mayo se realizara el Censo 2022.

el permanente aumento del déficit habitacional (Guevara, Medina y Bonilla, 2016). Esta tesina no solo mira a las PSC, sino que desde las vidas de las PSC y su expresión, busca aportar una mirada de la ciudad, recuperando relatos “otros”, invisibilizados en los discursos hegemónicos (Kropff, 2003, 2005; Pérez, 2004, Navarro Nicoletti et. al., 2019)².

Podemos entender, a partir de la relación con este complejo entorno, el surgimiento del Hogar Emaús en el año 2008. Su creación se impulsó por el crudo hecho de que en las desiguales y frías calles de Bariloche mueran, durante el invierno anterior, tres PSC. Emaús³ es una institución bi-conveniada entre la Municipalidad y el Obispado. En su sede recibe a varones mayores de 18 años. Actualmente cuenta con una estructura de personal que le permite permanecer en funcionamientos las 24 horas del día y los 365 días del año. A ello se le suma un amplio voluntariado. Las condiciones para el acceso de los usuarios son flexibles y podemos denominarlo como un dispositivo “de baja exigencia”, siguiendo la clasificación de Palleres (2009), ya que se permite el ingreso más allá de que la persona se presente en situación de consumo⁴. Emaús, con su trayectoria de más de 14 años, es la institución referente en la temática dentro de la ciudad. Allí han pernoctado más de 1000 hombres diferentes y, haciendo un promedio aproximado del periodo en que se realizó esta investigación, se alojaron allí 35 personas por noche (Di Noto, Flores, Linquiman, Vázquez, 2019). A través de su crecimiento actualmente se realizan intervenciones asistenciales y también aquellas que trascienden al objetivo de la supervivencia, siendo promocionales. Debido a esto podemos entenderlo bajo la lógica de un centro de integración⁵. Recientemente, en el año 2018, con apoyo del Obispado y en un edificio cedido por la Municipalidad, se incorpora el Hogar Betania, con posibilidades de alojar hasta ocho mujeres en situación de calle. Betania se basa en un equipo de voluntarias y aún no posee un espacio que le permita ampliar la cantidad de personas que se reciben ni funcionar el día completo.

Respecto de mi circuito por la ciudad y las instituciones en relación a la problemática, en el 2017 inicié una pasantía en el CPA⁶ (Centro de Prevención de Adicciones) de la Municipalidad de Bariloche. La consigna fue la de realizar un informe sobre las PSC, sus relaciones con el consumo, puntualmente el de alcohol, la experiencia de habitar la calle y, específicamente, la de aquellos que no se acercaban a pernoctar al Hogar Emaús. Esta experiencia traería como resultado el reforzamiento de los lazos entre el CPA y el Hogar Emaús, y funcionaría como antecedente para crear el Equipo de Calle y determinar mi inserción en el campo. Es en este nuevo dispositivo –el cual se conformó al año siguiente y fue coordinado por ambas instituciones en conjunto– donde comienzo a trabajar bajo el rol de operador de calle. A partir del accionar

² Para ver más sobre la ciudad de Bariloche es posible revisar el libro de Fuentes, Ricardo Daniel, Laura Kropff, et. al. (2007) y el libro compilado por Guevara (2018), entre otros.

³ El Hogar Emaús, en la estructura municipal, se encuentra en el Departamento de Atención A Personas Mayores En Situación De Vulnerabilidad, Dependiente De Dirección De Instituciones, Secretaría De Desarrollo Humano Integral, Municipalidad De San Carlos De Bariloche.

⁴ Si bien está permitido ingresar bajo los efectos de alcohol u otras drogas, no está permitido el consumo dentro de la institución. El ingresar alcohol u otras drogas, armas, realizar robos o acciones que sean consideradas violentas pueden devenir en sacar a la persona del espacio, su posterior suspensión o incluso, ante la reiteración, su expulsión.

⁵ Según lo propuesto por la Ley N° 27654 “Situación de Calle y Familias sin Techo”.

⁶ El CPA inicia sus actividades en el 2008. Dependiente de la Dirección De Instituciones, Secretaria De Desarrollo Humano Integral, Municipalidad de San Carlos de Bariloche.

en calle por cuatro años, las líneas de trabajo se profundizan y luego de obtener el financiamiento del Ministerio de Desarrollo Social de Nación⁷, en el 2021, se crea el Equipo de Acompañamiento a Personas en Situación de Calle. Este es un equipo pluridisciplinar en el cual tengo el rol de coordinación. El Equipo de Acompañamiento, que ahora cuenta con psicólogo, terapeuta ocupacional, antropóloga, trabajadores sociales y estudiantes del área social, continúa y amplía la tarea en torno a los que eran los objetivos del Equipo de Calle inicial: facilitar el ejercicio de sus derechos a las PSC, dirigiéndonos a los lugares donde ellos habitan estar y, a través del vínculo, generar diferentes estrategias de acompañamiento⁸.

Para aportar a la comprensión de la situación podemos utilizar algunos datos cuantitativos que surgen del relevamiento realizado por el Equipo. Relevamos, entre enero y marzo del 2022, 86 PSC⁹. De ese total, 75 se reconocen como varones y 11 restantes (13%) como mujeres. Respecto a los varones, 47 pernoctaban en el Hogar Emaús; en cuanto a las mujeres, 7 lo hacían en el Hogar Betania. El resto de las personas (32) resuelven su situación, de forma transitoria o más permanente, pernoctando en espacios públicos y/o utilizando sus redes de relaciones para procurarse techo. El promedio de edad resultante del relevamiento fue de 45 años. El 45,8% (22 personas) nacieron en Bariloche mientras que un 75% residen en la ciudad hace más de diez años (Relevamiento PSC en Bariloche, 2022).

Desde el Equipo de Acompañamiento a PSC trabajamos en la intersección, con las personas que no acceden o acceden menos a las distintas instituciones públicas, articulando y formando redes para acompañar a personas que se encuentran atravesadas por diversas problemáticas, asomando muchas veces como las más visibles, la falta de vivienda y las problemáticas de consumo (Cristiani, en prensa). El trabajo que realizamos lo hacemos partiendo de los planteos de la reducción de riesgos y daños. Siguiendo la línea de María Pía Pawlowicz, Jorgelina Di Iorio y Graciela Touzé (2022), entendemos que la perspectiva de reducción de riesgos y daños implica concebir los usos de las sustancias desde una perspectiva de la salud integral y de derechos humanos. Se opone a las visiones que fetichizan a las sustancias asignándoles poderes propios sobre las personas, postulando que, de esta manera, al focalizar solamente en la sustancia, se invisibilizan los complejos entramados de factores vinculados al consumo. La propuesta es volver a colocar a la persona en el centro, y entender su relación con la sustancia como un vínculo, el cual es plural, heterogéneo y socialmente condicionado y está atravesado por rituales, sentidos, modas, mercados, regulaciones, gustos y placeres. En línea con la Ley de Salud Mental (N° 26.657), reconoce la capacidad de las personas y busca generar una reducción de las vulnerabilidades a través del fortalecimiento de una red de dispositivos con base en la comunidad. Esta visión se opone a la Ley de Estupefacientes (N° 23.737) que es previa y también se encuentra vigente, la cual se limita a generar respuestas de control (guerra contra las drogas, abstinencia, aislamiento, encarcelamiento) posicionando a las personas que usan drogas como adicto-delincuente-enfermo,

⁷ Nos referimos específicamente al Plan Nacional de Protección, Personas en Situación de Calle, de la Secretaría de Inclusión Social del Ministerio de Desarrollo Social de la Nación.

⁸ En esta tesina utilizaré los términos Equipo de Calle, Equipo de Acompañamiento, Equipo de Acompañamiento a PSC, sin distinción para referirme al Equipo ampliado o al inicial.

⁹ Se utilizó como definición operativa de PSC a todo aquel que haya pernoctado al menos una noche en el espacio público, o en las instituciones públicas destinadas a tal fin (Hogar Emaús, Hogar Betania).

bajo el argumento de peligrosidad e incapacidad. En contraposición se propone “acompañar y no castigar”, es decir quitando el objetivo de la abstención como bandera, dando información sobre los efectos de los consumos, los cuidados que se debe tener, y acompañando a la persona en la reducción, si lo desea, pero priorizando lo que esta identifique como dimensión a ser abordada para el mejoramiento de su calidad de vida. De este modo, entiendo, se minimiza gran parte de los efectos negativos que implican consumos de drogas, los cuales son producto de la estigmatización, el castigo y la criminalización del usuario.

De acuerdo con estos enfoques, considero que la medicalización, el aislamiento y la patologización del consumo así como la intervención tutelar sobre las PSC parten de la falta de empatía y promueven la vulneración de derechos. Siguiendo a Di Iorio (2019), la constante pregunta que nos debe acompañar es cómo cuidar sin tutelar, y para ello hay que tener claro que no se puede cuidar desconociendo al otro. La reducción de vulnerabilidades sociales y la disminución de la desigualdad requieren una profunda tarea que debe tener su raíz en comprender. El lugar que se le otorga al sujeto desde la perspectiva de la reducción de riesgos y daños, pasando de ser “objeto de intervención” a protagonista, interpreto que es confluyente con el enfoque etnográfico. Los interrogantes que plantea esta investigación buscan ser herramientas de escucha para aportar a dar una mejor respuesta. De este modo, parto de la premisa de saber a las PSC como protagonistas de sus historias, como personas con saberes sobre sus padecimientos y deseos, no como adictos-pobres-tutoriados. Estas personas tienen sus propios procesos de subjetividad y algunos de ellos autoadscriben como “de la calle”, haciendo parte de sus identidades un lugar que, desde visiones “etic” solo remite a la carencia. Sin desconocer las estructuras que condicionan su accionar, y la desigualdad en los espacios que quedan disponibles para construirse, propongo focalizar en los sitios de dignidad que allí construyen. Me pregunto en esta tesis cuáles son esos vínculos, códigos, conocimientos, pertenencias; cuáles son las historias de los lugares que van aconteciendo en ranchada, los itinerarios que cada uno va construyendo y la red que va deviniendo “calle” a partir de sus trayectorias de vida, compuestas por una pluralidad de lugares que componen un “acá” complejo. De este modo, mi investigación busca ser un aporte dentro de lo que es el punto común de los que estudiamos y muchos de los que nos preocupa el tema: la perspectiva de derechos. En este sentido, propongo no dar nada por dado acerca de qué es lo que tenemos que pensar cuando pensamos inclusión, cuando pensamos en bienestar, cuando pensamos en reducción de vulnerabilidad.

Las preguntas que apuntan a conocer los sentidos prácticos y afectivos, los itinerarios cotidianos y trayectorias que juegan en las personas, no solo para pensarse a sí mismo como “estando en la calle”, sino también como “siendo de la calle”, no tienen como objetivo invisibilizar que hay una alta exposición a riesgos. Sin desconocerla, intento no obturar y preconcebir el análisis con mis propias moralidades y posturas políticas sobre cuál es un lugar correcto y digno para construirse identitariamente, dejando abierto el interrogante de cómo se sienten las personas cuando ocupan el lugar que habitan. Trayendo este sentido de “ser de la calle” no se busca hacer una romantización de ningún tipo. La academia en general, y la antropología en particular, tiene ya suficiente historial construyendo alteridades negativas y socialmente

homogéneas, como aquella nombrada como la “cultura de la pobreza”(Lewis, 1961). Son varios los trabajos que ya han llamado la atención sobre el peligro de producir categorías y conclusiones etnocéntricas que adjudican la total responsabilidad a los sujetos que se construyen como asincrónicos (ver Lewis, 1961, en Bourgois 1995).

Antonio Nery Filho (2017) nos habla acerca del sufrimiento de sabernos mortales y de que todos debemos consumir algo, alguna droga (en un sentido amplio), para aplacar ese sentimiento. “Ser de la calle”, en este sentido, implica un fuerte sufrimiento, donde las risas se mezclan, en el permanente, con el llanto. Según Nery Filho, las drogas no se utilizan con el objetivo de crear problemas, sino para solucionar el sufrimiento de saber que vamos a morir. Propone entender, provocativamente, a la droga como “causa de vida” y no solamente como “causa de muerte”. El “ser de la calle”, que en gran parte, como se verá, nos habla de cómo “manejarse” (poder vivir) en este ámbito, implica tener permanentemente en el cuerpo, la sensación de una muerte cercana. Esto, en detrimento de toda relativización, no es tan solo una percepción nativa: Los “de la calle” se mueren. En los años que duró esta investigación han fallecido un gran número de PSC. Me ha tocado intervenir en situaciones límites o enterarme, al iniciar el día, que ya no compartiríamos con Luis, Ñanki o Ramón. Si bien no hay estimaciones realizadas, puedo afirmar que el promedio de edad de fallecimientos es notoriamente menor en comparación al promedio general. Por eso entiendo la calle como un umbral, un sitio que puede devenir reparo diario u opción última, en el que se puede conseguir abrigo o atravesar hipotermia, donde hay drogas y abstinencia, donde hay compañeros y soledad, donde se puede encontrar alegría o tristeza, en el que es posible quedarse un amplio tiempo, del que se puede salir y también volver a entrar , pero en el que cruzar la puerta está muy a mano. Esta tesina busca aportar, en este complicado campo, un documento producido a partir de escuchar a quien se encuentra habitando ese umbral, y tal como intenta el enfoque de la reducción de daños, busca ser herramienta para el acto de protección de la vida, a través de fomentar la autonomía del otro.

Herramientas Conceptuales

En un sentido similar al que propone la reducción de riesgos y daños para el abordaje de la gestión diaria, busco hacerme de herramientas teóricas que me ayuden académicamente a posicionarme entre la estructura y la agencia, y, sobre todo, dar cuenta de esa tensión. Así, en este apartado buscaré brindar marcos que contemplen el riesgo y la desigualdad a los que se encuentra expuesta la PSC pero no la desoigan como protagonista de su actuar. El desafío de esta tesina consiste en reconocer el lugar central de la persona en sus propios cambios y, al mismo tiempo, advertir la imposibilidad de que estos tengan materialidad y continuidad sin una comunidad que acompañe. Entiendo que la manera en que entendemos esta tensión entre libertad individual y constreñimiento social es crucial para definir el modo en que encaramos el campo. En relación a este binomio también se desprenden reflexiones en torno al espacio habitualmente mencionado como “la calle”; sitio entendido las más de las veces como el que les quedó disponible; sitio que, si bien es cierto que están lejos de controlar, no se debe perder de vista que también es modificado a través del habitar.

El Marco Hegemónico de la Vida Cotidiana: Considero que Lawrence Grossberg (1992, 1993) es un autor adecuado para aportar esos énfasis de enfoque: no perder de vista el transitar de una persona, pero tampoco el complejo entramado social dentro del cual esta articula afectos, acciones y sentidos. Las personas existimos en un espacio-tiempo que no es neutro, sino que es parte de un determinado conjunto social cargado de cierta historia. Para Grossberg, todos nos encontramos, en todo momento, insertos en un contexto de poder. Tenemos la capacidad de movernos entre los diferentes sitios, es cierto, pero nuestra libertad va a ser, de diferentes maneras, limitada. Grossberg propone una concepción del poder donde este opera en todos los niveles y en cada dominio de la vida humana. No es una lógica universal abstracta ni una experiencia subjetiva. Es a la vez limitante y productivo; pues produce diferencias, moldea relaciones, estructura identidades y jerarquías, dibuja límites, delimita complejidades, reduce contradicciones, pero también habilita prácticas e identificaciones y dota de poder a los individuos sociales.

Aunque para Grossberg el poder funciona de manera compleja y multicausal, la desigualdad nunca es azarosa, por eso se puede identificar en ella algún grado de estructuración hegemónica. Las distintas “economías de valor” articulan con “sistemas de identificación y pertenencia” construidos históricamente, a menudo bajo las formas de sistemas de identidad y diferencias sociales (tales como raza, género, edad, sexualidad, etnicidad, clase, entre otras). Es a través de estas articulaciones que la formación social se organiza en relaciones de dominación y subordinación.

El poder opera en y es construido a través de estos diferentes aparatos o ensamblajes de prácticas heterogéneas: discursos, instituciones, formas arquitectónicas, leyes, medidas administrativas, proposiciones científicas, filosóficas y morales. Para Grossberg existen tres modos de ensamblaje a través de los cuales los sistemas de identificación y pertenencia son producidos, escriturados y desplegados en una formación social. El primero de ellos es el de las “maquinarias estratificadoras” (Grossberg, 1993) que, al distribuir asimétricamente los conocimientos del mundo y de sí mismos, dan acceso diferencial a ciertos modos de sentir, pensar, interpretar y experimentar. El segundo modo de ensamblaje es el producido por las “maquinarias diferenciadoras”, que son fundamentalmente regímenes de verdad. Para Grossberg, estas son las principales responsables de la producción de los sistemas de diferencia social e identidades. Su resultado es la construcción de límites. Realizan un trabajo binario en el que “yo” soy construido como correlato necesario y diferente del “otro”. De este modo producen sistemas de diferencias mutuamente constitutivas que intentan consolidar correspondencias naturalizadas entre economías de valor y sistemas de diferenciación social; equivalencias con capacidad para definir qué es lo “normal” así como su status privilegiado sobre lo “anormal”.

Las maquinarias estratificadoras y diferenciadoras trabajan cada una por su parte, pero de manera complementaria, produciendo un mundo social alterizado. En esta tesina, ese mundo está en parte habitado por sujetos que son llamados “personas en situación de calle”, “gente de la calle”, “changas”, “vagos”. Mientras la maquinaria diferenciadora se encarga de generar el producto -el deslinde y su interpretación-; la

maquinaria estratificadora inscribe ese lugar separado en experiencias afectivas. Se conforma un “otro”. Este producto, puesto que es un producto humano y reflexivo, es a la vez afectado por la interpretación que tienen los otros de él y por su propia auto-interpretación. Estas maquinarias esgrimen sistemas de discriminación y estigmatización guiadas por un “deber ser” dentro de una sociedad capitalista en donde “el otro de la calle” es categorizado como “vago”, “adicto”, “criminal”, “loco”, “tonto” y/o “pobre”, y, de este modo, es posicionado como inferior e incluso muchas veces, como alguien que “está viviendo de una manera incorrecta”. Desde este ángulo, la PSC no contiene la posibilidad de “mejorar”, o, si es que puede “progresar”, no lo podrá hacer a través de su propia decisión y capacidad, sino que dependerá de una guía paternalista que lo “transforme” o “arregle”.

Junto a estas dos maquinarias, y en tercer lugar, se encuentran los ensamblajes de prácticas territorializadoras, cuyo efecto social es la jurisdicción. Estas maquinarias se encargan de localizar, situar y emplazar los lugares y los espacios. Distribuyen la organización espacio temporal produciendo sistemas de circulación en sitios públicos y privados, formales e informales. También organizan la vida cotidiana al crear estabildades y movildades, lugares -o puntos temporarios de pertenencia- y orientación entre lugares. El espacio no solo se configura en un conjunto de lugares disponibles para determinados sujetos individuales y colectivos, sino que, sobre todo, encarna afectivamente en sus ocupantes. En nuestro caso, podemos volver a traer la dinámica urbana de Bariloche, para señalar el importante papel que juega al emplazar sistemas de circulación. Por ejemplo, es por medio del mercado inmobiliario que se emplazan, o más bien se reemplazan sistemas de circulación, convirtiendo un terreno baldío donde paraban PSC y formaban “ranchada” en locales comerciales, miles de dólares mediante. Otro ejemplo podría ser el de el municipio a partir de, justamente, mover sus maquinarias, niveladoras y retroexcavadoras en este caso, sobre el “baldío” que era conocido como “la Piedra”, un histórico lugar de encuentro y pernocte. Estos rediseños espaciales suelen responder al temor de algunos vecinos frente a la supuesta peligrosidad de las personas que se juntaban allí. Como iremos viendo en el transcurso de estas páginas, la malla de instituciones territorializadoras es mucho más amplia, puesto que, por ejemplo, puede incluir tanto locales y supermercados como la policía. A su vez entiendo, como Grossberg, que las instituciones no solo limitan y constriñen, sino que también recrean los lugares disponibles, promoviendo, muchas veces, formas novedosas de ocuparlos. En este sentido, el Hogar Emaús, constituye el caso más notorio, siendo epicentro para un gran número de PSC que construyen sus acciones de manera aladaña a la institución.

En definitiva, estas maquinarias descritas por Grossberg, en el transcurrir de su operación conjunta, van ejerciendo, por un lado, sus presiones para crear, en el tiempo y en el espacio, diferentes trayectorias de circulación y lugares de detención; al mismo tiempo, y por otro lado, esa distribución de lugares irá afectando de manera diferencial a cada individuo o colectivo que -en ese espacio urbano- se mueve y detiene. Esto último es a lo que el autor denominó “movilidad estructurada”. Las personas “de la calle”, como desarrollaremos en el transcurso de esta tesina, se mueven entre lugares constreñidos y lugares disponibles; maniobran de formas creativas entre márgenes que oprimen y condicionan.

En breve, Grossberg nos plantea una base condicionante (pero no imposibilitante). A partir de esta base, la presente tesina se preocupa por comprender de qué maneras las personas “de la calle” transitan los diferentes lugares: cómo los distintos recorridos cotidianos, emprendidos a lo largo de sus vidas, devinieron en trayectorias significativas. Con este autor, podemos empezar a entrever una relación no del todo separable entre los espacios y las personas. El conocimiento, las identidades y las trayectorias tienen un firme vínculo con el “sitio” en el que uno está. Ampliando esta línea a través de la bibliografía, propongo profundizar en aquel vínculo entre lo espacial y el ser.

El Espacio y Los Lugares: Cada uno de estos lugares es algo más que lo inerte o que unas determinadas y específicas coordenadas. Michel De Certeau (2000) nos introduce en la idea del “espacio practicado”, la cual resultó una visión muy útil para superar la sensación de insuficiencia que da el describir un sitio solo por sus características morfológicas y los objetos presentes. Para este autor, existe una realidad física allá afuera, donde los elementos se encuentran distribuidos en determinado orden y donde para cada cosa hay un sitio unívoco, pero el espacio no es solo esa realidad, sino, sobre todo, el constante cruzamiento de diferentes movi­lidades. En esta dimensión sociohistórica del espacio prima la dinámica por sobre la estabilidad, y las trayectorias por sobre las fije­zas. Se trata entonces de un espacio ambiguo y disputable, construido por la yuxtaposición de visiones en movimiento: “de esta forma, la calle geométricamente definida por el urbanismo se transforma en espacio por intervención de los caminantes” (de Certeau, 2000:129). En Bariloche, ciertos caminantes transforman la esquina en “parada” y el baldío en “ranchada” a través del conjunto de movimientos que ahí despliegan.

Continuando con la línea iniciada por De Certeau, me inclino a pensar que los espacios no están quietos. El movimiento que les sucede constantemente les quita lo inerte. Son transformados tanto en el plano físico como en el de los significados. Las personas y su historia son parte de los espacios y también mutan en esta relación. El espacio es un “lugar practicado”.

Seres surcando lugares: Hacia una interpretación más viviente de lo inerte: Walter Benjamin (2005), en el Libro de los Pasajes, nos trae la imagen del *flâneur* (“paseante callejero”). El *flâneur*, sobre la base de lo visto, puede ir más allá. Mientras camina percibe la ciudad y crea otras constelaciones atravesadas por el pasado que se diferencian de aquellas que puede percibir cualquier otro transeúnte nuevo o desatento. En Benjamin, el *flâneur* aparece como sabio, “sus suelas recuerdan las historias cuando se aproximan a las plazas de la ciudad, cargadas de historia” (2005:524)¹⁰. En sintonía con lo planteado por De Certeau, este personaje conecta en el espacio mucho más que lo físico. De lo visible logra entrar en lo vivido. Para el *flâneur*, lo que está ahí afuera es solo un velo que se transforma en traslúcido para sus ojos atentos. Propongo, entonces, entender al *flâneur* no como un personaje de ostentoso nombre francés que solo se pasea por las grandes capitales, sino más bien como una actitud, como una manera de relacionarse con el espacio que todos poseemos pero que somos capaces de enfocar solo en particulares puntos del mundo, en

¹⁰ El sentido que doy a esta categoría se desprende de mi relectura de la conferencia de Ana Ramos (2021)

aquellos sitios que frecuentamos y que realmente conocemos. Es en lugares que forman parte de nosotros mismos donde ese velo de lo físico pasa a ser directamente inexistente para nosotros. Puede ser nuestra casa o la de algún familiar, nuestro barrio, una playa, una ruta, una oficina, una cancha. Los *flâneur* que conocí durante mi investigación leen el espacio urbano como un libro: como siempre me decía Galindez, “hay que saber leer la calle, pibe”.

Los “de la calle”, a partir de sus cotidianos “andando la calle”, con ese espíritu que se me hace familiar al *flâneur*, generan conocimientos e interpretaciones particulares que vuelven al espacio significativo. Sin embargo, no por dotarlo de significado podemos decir que esta percepción se volvió general al resto de personas que circulan ese sitio, sino que, como afirma De Certeau, los significados que se yuxtaponen en los lugares, están en el mismo sitio sin la necesidad de encontrarse.

La otredad de un sitio: Hacia una reflexividad del lugar: Desde un Grossberg (2010) más reciente podemos abordar este contexto en el que se mueven las PSC comprendiendo las diversas formas de existencia –subjetivas y afectivas- de espacio-tiempo que se conjugan en él. Manteniendo la línea de De Certeau, Grossberg despliega la idea de contextos en distintas espacializaciones. Por un lado, identifica un “entorno”, un allí afuera que comprende una amalgama material pero también discursiva, que involucra estructuras, acontecimientos políticos, económicos, sociales y culturales. Es el estado o situación, una porción del espacio y también del tiempo que condicionan lo posible en el presente y lo que pasará en el futuro. Por otro lado, Grossberg, como lo hizo De Certeau al dar cuenta de un “espacio habitado”, incluye la dimensión de lo vivido, a la cual refiere como “territorio” o “lugar”. En el territorio nos conectamos con la especificidad material del entorno, pero de manera siempre contingente, multideterminada e impredecible. En lo vivido dentro de estos sitios, es decir, en los territorios que se dan dentro de los entornos, las personas poseen diferentes registros afectivos, a los que Grossberg menciona como configuraciones de pertenencia, atención e importancia, placer, deseo y emociones. Por último, e igual de importante, Grossberg suma la dimensión que denomina “región”. Una región no es una posición material en el espacio-tiempo ni tampoco un lugar vivido, sino las formas de existencia. Con esta categoría el autor remite a una construcción ontológica, a las formas de ser que devienen posibles y constituyen las posibilidades dentro de esos entornos y esos territorios. Así, un semáforo que regula la entrada o la salida hacia el sector Este de la ciudad para algunos deviene mucho más; envueltos en otra región, transitando otro territorio a partir de un determinado entorno condicionante, se transforma en la parada de “El Faro”.

A partir de estas capas, Grossberg sugiere que los lugares poseen límites siempre inestables, frágiles y porosos, siendo absolutamente imposible construir fronteras claras. Los lugares solo existen como permanentemente conectados a otros sitios, como constelaciones de conexiones que se extienden mucho más allá de sus geografías específicas. Para profundizar esta lectura provista por Grossberg, donde el espacio-tiempo es vivido y conectado de manera fluida, considero fundamental sumar a la discusión a otros dos autores que también entienden lo espacial como movimiento.

Lugares en movimiento y sus conexiones: Para continuar este trazo, en el cual vamos desdibujando la idea de espacio como una naturaleza muerta, como un objeto a ser fácilmente encuadrado y plasmado en un mapa, se nos hace fundamental citar a Dooren Massey (2005). Esta autora aborda los lugares -a los que refiere como “evento-lugar”- como integraciones espacio-temporales en los que se cruzan trayectorias. En vez de entender el espacio como superficie propone un “entendimiento alternativo” en el cual se lo conciba como una simultaneidad de historias. El espacio es una constelación de todo tipo de procesos en sucesiva escritura, sobreescritura y tachadura, más que una entidad discreta. Así, los lugares son internamente múltiples, irrepetibles, coyunturales y en infinito proceso.

Massey sostiene que siempre estamos, inevitablemente, haciendo lugares y espacios. Sin embargo, en este constante devenir entiende que no todos los encuentros están librados al azar, sino que hay muy diferentes posibilidades de concretar una juntura, un cruce por sobre otro. Cada articulación existe siempre en una geometría mayor de poder, es decir que para esta autora las articulaciones también se dan a través y entre los ensamblajes del poder. Pero su énfasis está puesto en la negociación de historias comunes, en la producción siempre conflictiva -y más o menos transitoria- de un lugar colectivo. Porque las historias se producen en lugares cuando personas -pero también ríos y rocas- se encuentran, cuando sus flujos espaciales se detienen momentáneamente para crear consensos, memorias compartidas, identidades y lazos afectivos. La noción de evento-lugar nos invita a ver cómo las personas transitan a diferentes ritmos y velocidades, pero también cómo las montañas se están levantando, el paisaje está siendo erosionado por los ríos, el clima está cambiando, e incluso las mismas rocas se continúan moviendo. Los elementos que forman un “lugar” en diferentes momentos y velocidades, van desapareciendo, para arribar a otros encuentros de espacio-tiempo.

Siguiendo con sus ideas, Massey plantea que llamar a los espacios “públicos” representa un abordaje cuestionable. Estos espacios “abiertos” van recolectando ciertas trayectorias (y no otras) en una combinación histórica de orden y azar que es intrínseca a un determinado aquí y ahora. Aun cuando su accesibilidad “pública” se plantee como universal por principio, estos espacios “abiertos” están en constante conflicto ya que, como no hay una excesiva regulación explícita, se debe definir continuamente quiénes tienen el derecho de estar ahí y ahora. La mayoría de las ranchadas donde “los de la calle” se juntan están en lugares nombrados como “públicos”, terrenos “baldíos” o “tierra de nadie”, como se suele decir. Considero, en línea con Massey, que esta es una idea engañosa porque es en estos lugares abiertos donde muchas veces se hace más notorio quien puede estar “adentro” y quien debe permanecer “afuera”. Entre mis interlocutores, sin que sea algo marcado, sin que haya una regla o criterios de admisión escritos en una pared, están quienes pueden detenerse en ciertas zonas, y quienes no pueden acercarse ni por casualidad. En estos lugares “públicos” o “abiertos” se puede observar una constante redefinición del “nosotros, los que ranchamos acá”; un “nosotros” en permanente construcción y que se sostiene tanto a partir de las prácticas en el lugar como de los entramados de historias en curso. Día a día, “la calle” es una arena donde las personas negocian las intersecciones entre sus trayectorias, donde dirimen cómo, dónde y cuándo las van a dejar cruzarse y anudarse. Por eso Massey nos recuerda que un lugar se caracteriza tanto por esas intersecciones como por

las desconexiones y exclusiones, y por las relaciones no establecidas. Tanto es así que hay personas que hoy habitan la calle y otras que nunca lo harán.

Tim Ingold (2011) posee una perspectiva que entiendo estimulante y complementaria para lo planteado hasta aquí. Este antropólogo se interesa en los seres vivientes y los entiende, básicamente, como movimientos, “historias aconteciendo”. Cada ser es un “caminante” que va dejando huellas; y estas son las que dibujan en el paisaje una “trayectoria”. Estas líneas se encuentran y, al hacerlo, dibujan cruces más densos y marcan surcos más profundos a los que llama “mallas” o “lugares”. Así se va habitando el mundo. La vida y la historia. Para este autor, poseen forma de líneas y todos constituimos una de ellas. Cada habitante tiene un trazo relativamente regular. Al mismo tiempo, ese trazo se encuentra con otros, y es ahí donde se forman “nudos”. Los lugares son nudos, sitios donde las líneas de los caminantes están densamente enredadas juntas. De esta forma, los lugares no son externos al movimiento, sino que son conformados justamente en ese fluir. Para realizar una transferencia de las palabras de Ingold a “la calle” de Bariloche: donde no hay personas en movimiento no hay ranchada.

Encuentro particularmente útil este énfasis en el movimiento para pensar “la calle”. Las personas de la calle, al “caminar” constantemente van construyendo su medio social. El “caminar la calle”, tanto para Ingold como para mis interlocutores, es el modo fundamental a través del cual adquieren experiencias, conocen, habitan y producen “la calle”. Estos caminantes circulan mientras entran y salen de conjuntos de líneas de otros habitantes. “La calle”, como diría Ingold, es un dominio de vínculos, una red de trazos entrelazados, continuamente hilándose aquí y deshilvanándose allí. Las PSC ya no solo son como el *flâneur* que percibe afectivamente la ciudad sino también como los caminantes que, al moverse y cruzarse, producen el paisaje.

Buscando modos de Habitar, Armando Lazos. La Identidad que surge y sus Pliegues: Propongo traer a dos antropólogos que, en línea con lo planteado y desde el terreno, aportan conceptos que pueden ser de gran utilidad. A partir de ellos podemos separar analíticamente dos énfasis. Por un lado, Ramiro Segura focaliza más en los movimientos y los trazos que estos producen, por el otro, Santiago Bachiller enfatiza en los cruces, los encuentros, los nudos que se establecen entre ellos. Segura (2013, 2015, 2018, Segura y Chavez, 2019) estudia la experiencia urbana y para ello se centra en lo que denomina como “modos de habitar”. Para este autor, habitar no supone la simple ocupación de las estructuras previamente montadas, sino que el concepto involucra la manera en que los habitantes despliegan sus propias vidas. Es un proceso constante de significación y uso. Al proponer pensar más allá del domicilio (punto de partida bastante útil para esta tesina que se interesa en muchos de quienes no lo poseen), señala que el habitar no se desarrolla en un único lugar, sino a lo largo de los caminos –y de las calles– en los que cada habitante deja huella. Los modos de habitar, como experiencia, reflejan la tensión entre el camino personal y lo producido por los condicionamientos sociales, lo dictado por el pasado y lo transitado hoy. A través del análisis de las prácticas de movilidad cotidiana Segura apunta, en conjunto con Chavez (2019, 2020), que no hay fragmentos desconectados ni sujetos fijos, no prima la segregación (en el sentido de falta de vínculos), sino interconexión y movimiento.

Bachiller (2008), trabaja con “personas sin hogar” en Madrid y busca analizar rupturas, pero también procesos de “reafiliación social” que se dan en el contexto de la calle. Así, el autor, sin partir desde el supuesto implícito de la exclusión, observa cooperación, socialización con PSC y con vecinos o empleados, usos y apropiación del espacio y formas de reciprocidad. Estas acciones cotidianas, en conjunto, generan la reafiliación. Sin embargo está condicionada, ya que la inclusión se da, paradójicamente, en un espacio caracterizado por la exclusión, propiciando la permanencia en la calle pero no así la superación de la situación.

Estos modos de habitar, que en la articulación de lugares van generando vínculos, calan profundo en la persona y producen autoadscripciones tales como “soy de la calle, soy de acá”. Al respecto, Hall (1996) propone hacer funcionar el concepto de identidad “bajo borradura”. Reconoce que a partir de una valiosa crítica desde posturas deconstructivas, las identidades ya no pueden ser pensadas como integrales, originarias y unificadas. Pero también sostiene que no hay un concepto que pueda funcionar satisfactoriamente en su lugar, afirmando que la identidad continúa explicando algo que sucede. Con estas precauciones Hall (2003) define, de manera que me parece provechosa, “identificación” como un proceso continuo y reiterativo que rearticula la relación entre sujetos y prácticas discursivas en una sutura que nunca cierra perfectamente. Actúa a través de la diferencia y se entrama con un trabajo del discurso y las prácticas. Para crear identificación el autor sostiene que es necesario que algo quede fuera. Contrario a lo que nos haría pensar su carrera semántica, Hall nos deja claro que la identidad no tiene su centro en el yo sino en lo otro. Deleuze (1987), desde su idea de “pliegues” (Ramos 2010), aporta una visión más justa de los sujetos, otorgándoles la posibilidad de no ser, para siempre, la misma cosa. Quitando los contornos fijos y unitarios. Así aquel que se identifica con la calle, interiorizando o plegando del exterior ciertos aspectos, puede ante alguna situación que supere sus parámetros de riesgo, replegar y subjetivarse de otra manera.

La “calle vivida”, las estructuras caminadas y espacios habitados: Partiendo de lo que fui encontrando en el campo, consideré sumamente necesario encontrar una teoría sensible al espacio como habitado; es decir, una bibliografía que me ayude a comprender esa lógica de conectividad y movimiento que veía entre las ranchadas y paradas, esas redes de relaciones y actuaciones. Estos puntos de encuentro no eran casuales. Mis interlocutores suelen ser referidos, desde el sentido común, como “indigentes”, “vagabundos”, “personas que no tienen donde estar, que no tienen nada”, sujetos a un caos, incapaces de regularizar formas de transitar y, sobre todo, de detenerse. Los “de la calle”, sin embargo, y por el contrario, siempre me hicieron saber de sus posibilidades de elección y decisión, así como de ciertas prácticas afectivas, habituales y ordenadas en el habitar la calle entremedio de sus dificultades y constreñimientos. Entonces, habiendo llegado a este punto, en la búsqueda de una antropología que no se quede sola, mirando un sitio donde las personas ya no están, sino que las acompañe en sus idas y venidas, y en sus formas de percibirse a través del movimiento, considero que es momento de aproximarnos a la síntesis de mi argumento teórico.

Para empezar, quiero volver al punto de partida: mis interlocutores viven en contextos de desigualdad. Estas vidas se transitan a través de los pocos lugares que fueron quedando disponibles, frecuentemente nombrados como “la calle”. Es en estos sitios, asignados por las maquinarias territorializadoras, que las maquinarias diferenciadoras y estratificadoras operan fijando alteridades y distribuciones de conocimientos y formas de ser. En esa configuración de lugar o entorno que se produce, de formas tenues y casi imperceptibles, emerge un nosotros los que “somos de la calle”. Un nosotros que suele apropiarse de la diferencia asignada y que los separa del resto de los ciudadanos “normales” (Grossberg, 2010).

Condicionados por estos procesos hegemónicos que constriñen, pero habilitan, es que “los de la calle” practican el espacio (De Certeau, 2000). Como el *flâneur*, estos caminantes no solo están allí, sino que atraviesan “la calle” con una sensibilidad particular. Corren los velos de lo físico para pasar de lo sensorial, a lo histórico (Benjamin, 2005). La ciudad no es un espacio físico único e inerte porque adquiere la textura afectiva de quienes estén allí (Grossberg, 2010). Las personas viven la ciudad de distintas maneras, tienen diferentes experiencias de habitar (Segura, 2018) en las cuales producen relaciones (Bachiller, 2008). Cada esquina es un trabajo en proceso, está multicompuesta del flujo y la juntura (Massey, 2005). Las personas y los lugares se anudan a través del movimiento de cada caminante (Ingold, 2011) y este proceso puede generar identificación (Hall, 2003), plegamiento de la calle en el interior (Deleuze, 1987).

Propongo entonces, entender “la calle” como lo hacen las personas que sitúan su “ser” allí: un espacio condicionado por estructuras que siempre albergan desigualdades y diferencias no aleatorias, pero, del cual, las personas hacen uso y toman decisiones dentro de los rincones que deja el constreñimiento. Allí, los “de la calle”, caminan y habitan; pasan “las buenas y las malas” compartiendo; encuentran en cada sitio una historia de risas o de llantos. Desde aquí, tomando a estos diferentes autores para acercarme a la percepción de mis interlocutores, me referiré a esta manera particular de entender, sentir y recorrer la ciudad que tienen mis interlocutores como “calle vivida”.

Como contrapunto constitutivo de esta “calle vivida” aparece la relación con morir en la calle, esta es la otra cara de la moneda. La conexión es tal que los cotidianos que tejen y constituyen su red, fuente de supervivencia día a día, es el mismo cotidiano que terminará, por contradictorio que pueda sonar, como una forma de muerte. Transitarla es sobrevivir, pero también es morirse de a poco. Como me dice Raúl “acá [en la calle] andamos los que vamos para el cajón”, y ante mi dubitativa iniciativa por negarlo, Héctor remata, primero con una sonrisa que fue cayendo en tono serio mientras me sostenía la mirada fija: “¿y que querés que te digamos? si está acá a la vuelta. La vemos todos los días, en cada esquina. Está en el trago y está en la noche fría, en el filo de una faca también”. Esta relación liminal es motivo de conversación constante, entendida en el discurso -y frecuentemente materializada- como cercana, próxima, omnipresente compañera. Estos riesgos hacen que las identidades no sean constantes, sino que se habiliten repliegues.

Abordaje Metodológico y Antecedentes

Este apartado tendrá dos ejes. El primero se centra en la investigación-gestión y los métodos aplicados. Por su parte, el segundo eje tendrá que ver con los abordajes que se han realizado de las PSC, y en relación a esto se irá explicando el recorte de la tesina.

Esta investigación fue abordada desde una perspectiva cualitativa y se ha adoptado un enfoque etnográfico para comprender los fenómenos sociales desde la perspectiva de sus actores (Guber, 1991, 2001). Considero que este método fue idóneo para lograr pensar desde las experiencias concretas de personas, indagando en los conceptos que les sirven para establecer pertenencia, comprendiendo cuáles fueron las diversas trayectorias de quienes habitan hoy la calle. Se utilizó un enfoque etnográfico multisituado (Marcus, 1995) para acompañar las redes de relaciones y lugares que mis interlocutores establecían y denominaban “calle”; una “calle” que es muchos lugares y constituyó el campo de esta investigación.

La manera en que realicé la inmersión y sostuve la permanencia en el campo fue a través de mis roles como pasante, operador de calle y coordinador del Equipo. De este modo, estas figuras fueron las que justificaron mi presencia “allí” casi diaria. Al irme constituyendo en este espacio social como una figura de gestión fue imposible desprenderme por completo de este rol, tanto desde mi propia visión como para la de mis interlocutores. Se puede considerar que no hubo momentos netos de investigación: la historia de vida más profunda pudo ser interrumpida por el pedido de una vianda. Así mismo, tampoco existieron momentos íntegros de gestión, ya que la entrega de esa vianda pudo abrir, en más de una ocasión, canales a sentidos profundos, charlas casuales, cotidianas, pero significativas. En contraste con supuestos dicotómicos que oponen una antropología académica de una antropología aplicada, creo que este trabajo fue integrado desde la “práctica antropológica”. Esta, según Samanta Guiñazú (2016), nos acompaña en los diferentes contextos en los que es posible aplicar la mirada, las herramientas teóricas y metodológicas, la postura analítica, crítica y de desnaturalización, propia de la disciplina. En la misma línea de integración de lo dualizado, y cómo se desarrollará cuando me refiera al estado del arte de esta temática, Silvina Merenson (2014) afirma que para investigar hay que intervenir y que para intervenir también hay que investigar.

El campo propuso múltiples dificultades y a partir del diálogo con ellas se fueron conformando los métodos más adecuados para abordarlo. Al comenzar mi pasantía, previo a establecer los primeros pasos en terreno, recuerdo, ante el pedido de realizar “un informe sobre las PSC de Bariloche”, la sensación de imposibilidad que la tarea implicaba para mí ¿Cómo encontrar a los que “no tienen donde ir”? Son personas sin dirección, ni teléfono o celular, ni lugar de trabajo ¿Cómo coincidir frecuentemente? ¿De qué manera lograr la famosa “estancia prolongada en el campo” con personas que no tenían nada, siquiera un punto de referencia? Como se verá en esta tesina, los “de la calle” tienen sus lugares, rutinas y grupos. Sin embargo, incluso con este conocimiento asimilado, nunca hubo una seguridad total de encontrar a quien “solía parar ahí”. Distintos cambios de contexto incidieron, algunas veces, en no conversar con determinadas personas durante meses, o incluso no volverlos a ver sin terminar de conocer los motivos. Así mismo, aunque se concrete el encuentro

con la persona, muchas veces surgían situaciones de urgencia que impedían la conversación, pasando a cuestiones mucho más asistencialistas. Otras veces, el encuentro estaba marcado por un alto consumo (en general de alcohol, pero también se podía combinar con otras sustancias, tales como pastillas psiquiátricas, marihuana, pegamento) o incluso por una tensión que podía devenir en el uso de la fuerza. Como ejemplo de las complejidades del campo, retomo aquí el consejo de El Lija, que a modo de cuidados, me recomendó observar los comportamientos de los perros (él se refería a los que lo acompañaban) para comprobar si “la gente estaba alterada, si era momento de rajarse [irse]”.

El método que se empleó principalmente a través de todos los ámbitos que devienen “calle” fue la observación participante. Desde el comienzo de mis indagaciones fue marcada por mis interlocutores la importancia de aprender observando y escuchando, y no tanto preguntando: “si haces tantas preguntas vas a terminar mal pibe”, “Esta es la calle, acá estás con paisanos. No nos gusta que nos anden interrogando”. En relación a esto, la estrategia que se mantuvo fue la de priorizar la escucha. Sobre todo en los primeros encuentros prioricé una forma de hacer que dejaba que ellos me cuenten lo que consideraban relevante. Cuando trataba de indagar más allá de lo implícitamente pautado, solían actuar resaltando sus conocimientos, hablándome de cosas que no podía seguir (mencionando rápidamente conjuntos de direcciones o barrios, refiriéndose a lugares a partir de referencias históricas, familias o finados de los que sabían que no tenía conocimiento, hablando en mapudungun, usando vocabulario técnico en relación a cuestiones rurales, como podrían ser especies de caballos, o vocabulario “tumbero”[de la cárcel o relacionado a ella]). A partir de estos chistes contruidos sobre implícitos incomprensibles al foráneo, mis interlocutores marcaban un límite y me asignaban la condición de visitante que me pertenecía. Estas interacciones tenían como efecto o intención buscada la de realizar una inversión del rol típico de poder: gestor-sujeto de intervención social, investigador-sujeto de estudio. Las entrevistas en profundidad y las historias de vida que se realizaron fueron solo posibles a través del vínculo prolongado y cuando esas relaciones asimétricas se fueron desarmando. Por este motivo, las mismas se hicieron hacia el periodo final del trabajo. Para llevar adelante estos métodos que tenían objetivos más específicos o indagar sobre ciertos temas particulares durante las observaciones participantes, me posicioné en una actitud de espera atenta. La instancia de la entrevista formal en una oficina, con horario pactado la semana anterior no tendría sentido en este contexto repleto de urgencias y altibajos. Preparé con anterioridad preguntas y materiales que puedan servir de inspiración (como mapas y fotos actuales y antiguos), incluso entrevistas enteras, y los llevé conmigo todos los días, hasta el momento que se propiciara la oportunidad para desplegarlas. La relación de confianza, el conocimiento mutuo y la valorización de los saberes “otros” fueron aspectos claves para lograr llegar a aplicar estos métodos y generar registros auditivos durante las conversaciones.

La situación de calle es una de las imágenes más explícitas de desigualdad social. El tema se ha abordado principalmente a partir de la preocupación que genera y en la búsqueda de modificar la situación- esto se ha hecho muchas veces cayendo en extremos como culpar a la persona por su situación, o señalar únicamente

las desventajas estructurales-. El monopolio de la producción escrita sobre el tema está lejos de ser académica. De hecho, no abunda este material (Boy, 2012). Los estudios rastreados en nuestro país surgen luego de la llamada “crisis del 2001”, mientras la situación de calle también se incrementaba (Bufarini 2015). En estos trabajos iniciales como los de Griselda Palleres (2004), Marina Biaggio (2006), o Mariel Bufarini (2006) podemos encontrar algunos puntos en común que se repiten en adelante en la mayoría de investigaciones. Por una parte, el trabajo de campo se da desde el vínculo de los investigadores con las distintas instituciones (eclesiásticas, organizaciones civiles o estatales) que abordan la temática y, por otra parte, aparece el interés por la intervención, entendiendo la cuestión como problema social. Así mismo, se destaca que, como sucedió en estos primeros casos, la mayoría de las investigaciones han sido realizadas en Buenos Aires.

Respecto al lugar en que se realiza esta investigación, Bariloche, hay –al menos- dos líneas de cuestiones que considero pueden ser centrales en la manera en que la metodología y las preguntas de este trabajo se fueron delineando. Este trabajo situado en la Patagonia propone una mirada desde el Sur del país, donde las condiciones climáticas vuelven sumamente complicada la permanencia en la intemperie durante todas las estaciones de un año e imposible sobrevivir a una sumatoria de inviernos. Esto tuvo un alto grado de influencia en el recorte, dado que “los de la calle” se encontraban en las veredas y espacios públicos pero también en una diversidad de lugares privados, sumando las instituciones, a través de los cuales rotaban. En los días más fríos la presencia en calle puede ser mínima o, incluso en algunos casos, nula; estos números se multiplican rápidamente con los cambios de estación, cuando los otros lugares, sostenidos entre tensiones para evitar las inclemencias climáticas, se sueltan. La calle se volvió el campo de esta investigación pero a partir de entenderla desde los términos nativos. “La calle”, en este sentido, se entiende como la red de relaciones compuesta por aquella diversidad de lugares que cada persona confecciona y asocia bajo este rótulo. Un Junio rotando el pernocte entre el Hogar Emaús, La Ranchada del Finado Ñanki, la casa de “un compañero de la calle”, una habitación prestada por un primo y La Ranchada de La Roca puede ser referido como “un mes en calle”. Así, el pernocte exclusivo y/o prolongado y/o la ausencia de una vivienda, siguiendo lo establecido por mis interlocutores, no se convirtió en un aspecto que determinara quién era “de la calle” y quien no, y tampoco como criterios de recorte para incluirlos o excluirlos de estas páginas.

En comparación con los otros trabajos planteados desde perspectivas socio-antropológicas de los que tengo conocimiento en el país, esta es una ciudad mucho más pequeña que aquellas donde se han situado las otras investigaciones: Buenos Aires (Biaggio, 2006, 2009, 2014; Palleres, 2004, 2009, 2010, 2012; Palleres e Hidalgo, 2018, Rosa, 2017; Boy, 2012; Di Iorio, 2019, 2019-b, Parodi, 2020), Salta (Reyes, 2018) y Rosario (Bufarini, 2006, 2015, 2016, 2020), todas ciudades de más de un millón de habitantes. En esta investigación se entiende que se trabaja con una población altamente estigmatizada. Sin embargo no se focalizó en las sensaciones de anonimato, aislamiento o invisibilidad, como sí sucedió en muchos de los trabajos situados en las grandes urbes de Argentina (Podemos destacar Palleres, 2004, 2010, Biaggio, 2009, Bufarini, 2020). Esto tiene que ver, por una parte, con el hecho de que a diferencia de lo que ocurre en las grandes ciudades,

en Bariloche los recursos asistenciales están organizados de una manera más unificada, y cuando las personas vienen derivadas de otros dispositivos, hay una comunicación, que lejos de ser imperfectible, existe. Así, las PSC en las instituciones son tratadas por su nombre, algunos tienen sus camas, sus colchones, sus frazadas o realizan distintas apropiaciones del lugar; así mismo, en calle, como se verá, se convive con personas que transitan ignorándolos y otros que los conocen, realizan chistes, comparten conversaciones, saben de sus historias.

En la bibliografía se coincide que, dentro de la categoría “PSC”, se concentra una población altamente dinámica y heterogénea. Es así que las variables de edad, género o si la persona se encuentra en conjunto con su grupo familiar transitando la situación de calle son claves para encarar la temática. En relación con ello, articulando nuevamente investigación-gestión, en el trabajo diario se marcan estas diferencias. El vínculo entre estas variables y las de mi propia persona incidieron también de manera importante en la conformación del grupo con el que trabajaré. Si bien los trabajos con niñeces y adolescencias (Parodi 2020) comparten múltiples intereses, difieren en gran medida como problemática. En la intervención se vinculan con otros derechos, leyes e instituciones. Existe un protocolo muy diferenciado cuando se trata de menores, donde las imposiciones están muy marcadas (asunto que discute la mencionada autora). A su vez, concretamente, en mi trabajo de campo, no me he vinculado con personas menores de edad que permanezcan sin su familia en situación de calle o asocien su identidad allí. Respecto al género, la situación de calle de las mujeres y otras diversidades de género adquieren cotidianos muy distintos a los de los varones. En relación a las mujeres que conocí en calle, ninguna de ellas permanecía en las ranchadas por mucho tiempo sin la presencia de su pareja, no “andaban solas” ni tampoco se conformaban grupos de mujeres en situación de calle. La presencia en la vía pública es mucho menor, sin embargo, esto no quiere decir que las mujeres en riesgo de situación de calle sean pocas. La cuestión permanece invisible u oculta al conjunto social, incluso a los radares institucionales, dado que, en la mayoría de los casos en Bariloche, las mujeres resuelven lo habitacional. Sin embargo esta resolución puede no estar exenta de riesgos y sufrimientos (hacinamiento, abusos, imposición de roles de cuidado, intercambios sexuales, violencia doméstica o de género). Desde el Equipo de Acompañamiento a PSC la división de género de los/as trabajadores/as era el factor central para la conformación de duplas. Esto no se dio partiendo de una decisión del Equipo, sino desde la interacción con la población con la que trabajamos. En las recorridas por calle (utilizando la palabra en el sentido de espacio público) donde nos encontrábamos sobre todo con varones, no realizamos duplas de mujeres; al mismo tiempo, para el trabajo con mujeres (que solía incluir reuniones en instituciones o visitas domiciliarias a mujeres en riesgo de situación de calle) no realizamos duplas de varones. La variable de género tiene un potencial de limitación o apertura en la interacción, o al menos lo suele tener inicialmente. Así, en las conversaciones entre varones aparecían o eran encarados de otra manera los tópicos en relación a riesgos, aventuras, consumos, vínculos con mujeres. Incluso en algunos casos cambiaba la forma, por ejemplo, al hablar más coloquialmente o utilizar insultos, cosa que no se hace “en presencia de una señorita, por respeto”. Las acciones realizadas con el cuerpo también mutaban, por ejemplo

al mostrar heridas y cicatrices o en la exhibición de “facas” [cuchillos] u otras armas. Por otra parte, y lamentablemente cayendo en una normatividad binaria de lo más estereotipada, el acompañamiento como varón a mujeres muchas veces cayó en celos por parte de parejas posesivas y el trabajo de mujeres con varones algunas veces devino en acosos y/o sensación de peligro. Entendiendo que los jóvenes, las mujeres, las diversidades de género y las familias en situación de calle requieren una profundidad de análisis propia, esta investigación se limita a trabajar en torno a varones adultos, que a su vez, fue la población con la que más compartí el cotidiano.

A su vez, también podemos señalar cómo los distintos abordajes fueron estableciendo delimitaciones a partir de las variadas trayectorias que pueden tener las PSC. Del mismo modo que como lo vengo haciendo en párrafos anteriores, explicaré el recorte a través de la relación con la experiencia laboral y la conexión con otras investigaciones. En distintos trabajos se da cuenta de recortes que tienen que ver con la relación de la PSC con determinada institución o el tiempo de permanencia de esta en calle por ejemplo Palleres (2004) trabaja con personas que no llevan mucho tiempo viviendo en la calle, Rosa (2017) focaliza en los sujetos “asistidos” por determinadas organizaciones, Biaggio realiza su recorte en torno a quienes son clasificados como “PSC” por el Estado, estudiando al interior las resistencias a la categoría. En mi caso identifico que, desde la pasantía hay implícita una división de las PSC que se ha ido contorneando con el tiempo. En las charlas iniciales con los referentes de Emaús se señalaba que había

“una intervención fuerte por dentro de las paredes institucionales, con las personas que asisten y vemos todos los días, nuestros muchachos digamos, pero después hay otros que sabemos que están complicados también pero no vienen, están mucho en calle, comparten con algunos de los que vienen acá pero no tenemos mucho vínculo”.

A través de esta primera experiencia laboral y más específicamente en lo posterior, desde los Equipos, se focalizó en aquella población que pasaba gran parte de su tiempo en calle pero que, por diferentes motivos, no asistía a Emaús, o no recibía gran número de servicios (limitándose a recibir una vianda ocasionalmente, por ejemplo).

De esta forma, en esta tesina se busca comprender cuáles fueron las diversas trayectorias y cómo se conforman las subjetividades de varones adultos en Bariloche que se denominan a sí mismos “de acá, de la calle”. Entiendo que en relación a mis interlocutores se entreteje una paradoja. Son ellos quienes permanecen mayor tiempo pernoctando en ranchadas y transitando la calle; al mismo tiempo, son quienes tienen, en general, un menor índice de uso o acceso a instituciones, incluso a aquellas destinadas específicamente para PSC. Algunas veces las personas prefieren no acercarse a la institución, otras veces es la permanencia en ella la que se torna complicada, deviniendo en situaciones conflictivas. Lo que se intentará describir en esta tesina está lejos de constituir una generalidad que se pueda extender a la totalidad de PSC, pero entiendo que es una perspectiva que tiene que ser oída. Considero que constituyen un grupo que ha escapado a la mayoría de los trabajos académicos y que tampoco ha sido tenido en cuenta en los

diseños de muchas políticas que los posicionan como beneficiarios. Falta tender puentes entre las “reglas de la calle” y las “políticas orientadas a poblaciones con alto grado de vulnerabilidad social”, para crear intervenciones que no fracasen y para lograr un mayor acceso a derechos. El único comienzo posible para la mejoría en el diseño e implementación de políticas con impacto en poblaciones atravesadas por tantas complejidades es la escucha.

A través de una relación constante de ida y vuelta entre lo que fui observando y oyendo, y los textos de diferentes áreas temáticas, fui construyendo herramientas para analizar mejor lo que se me presentaba al compartir parte de la vida cotidiana. Además de lo mencionado hasta ahora sobre PSC, marcos de intervención, investigación-gestión, la tensión entre estructura/agencia, los debates en torno a pobreza, lugar, habitar, relacionalidades, identidad y trayectorias, bibliografía que acompañará la tesina en su totalidad, podemos agregar trabajos que me ayudarán a echar luz sobre aspectos más específicos. Lo producido por Garriga Zucal (2005) y Garriga Zucal y Noel (2010) en torno a las visiones nativas de las violencias y el aguante hicieron un interesante aporte. En esta línea también fueron claves los trabajos sobre masculinidad (Malvina Silva, 2012; Fernandez 2006; Connel, 1997), así como los que invitan a desnaturalizar la visión de edad para dar cuenta de las estructuras de alteridad etaria (Kropff Causa, 2011; Bourdieu, 1990 [1978]; ; Durham, 2011). Para pensar cotidianidades y moralidades en poblaciones estigmatizadas retomé lo planteado por Philip Bourgois (1995). Al ampliar la mirada más allá de lo diario, hacia las trayectorias, me encontré con tránsitos donde las personas habían sido privadas de su libertad, en este sentido fueron claves los aportes de dos antropólogas que trabajaron en el penal de Bariloche. Florencia Adorno (2019) escribe en torno a relaciones, prácticas y sentidos que los internos van construyendo en la institución de encierro concebida, a la vez, como mecanismo de reinserción social-escuela del delito. Marcela Tomas (2020) trabaja en y desde los cuerpos y las corporalidades en este contexto de encierro y hace interesantes aportes acerca de los vínculos de respeto, cuidado y solidaridad que se conforman, señalando también como los muros del penal funcionan como una “membrana” que es selectiva, diferencial y tiene cierta flexibilidad.

Con los materiales teóricos y metodológicos que resultaron necesarios para abordar la interpretación de los materiales producidos, doy apertura al desarrollo de la tesina. Presento mis primeras inmersiones en el campo y los extrañamientos iniciales que me van a hacer notar que existe un entramado de identificaciones que está funcionando de una manera particular en terreno, no correspondido con definiciones externas. Aquí se presenta a los “de la calle”, con quienes se trabajará en esta tesina.

CAPÍTULO I

RECONOCIENDO LA DIVERSIDAD: ¿QUIENES SON LAS PSC?

Sin techo, sin hogar, habitantes de calle, homeless, PSC. Su nominalización y recorte ha sido uno de los grandes ejes de discusión (Rosa, 2015, Palleres e Hidalgo, 2018). En los últimos años en Argentina se han alineado los discursos que surgen desde ámbitos estatales y académicos, y se ha optado por nombrarlos bajo

el rótulo de PSC. Recientemente se sancionó la primera ley nacional, La Ley N° 27654 “Situación de Calle y Familias sin Techo”¹¹, que intenta abordar la temática y utiliza esta manera de nombrarlos en su definición:

1. Personas en situación de calle son quienes, sin distinción de ninguna clase, sea por su condición social, género, edad, origen étnico, nacionalidad, situación migratoria, religión, estado de salud o cualquier otra, habiten en la calle o en espacios públicos en forma transitoria o permanente, utilicen o no servicios socioasistenciales o de alojamiento nocturno, públicos o privados.
2. Personas en riesgo a la situación de calle son quienes, sin distinción de ninguna clase, sea por su condición social, género, edad, origen étnico, nacionalidad, situación migratoria, religión, estado de salud o cualquier otra, estén en alguna de las siguientes situaciones:
 - a) Residan en establecimientos públicos o privados –sean médicos, asistenciales, penitenciarios u otros– de los cuales deban egresar por cualquier causa en un plazo determinado y no dispongan de una vivienda para el momento del egreso;
 - b) Se encuentren debidamente notificadas de una situación inminente de desalojo o de una resolución administrativa o sentencia judicial firme de desalojo, y no tengan recursos para procurarse una vivienda;
 - c) Habiten en asentamientos precarios o transitorios sin acceso a servicios públicos esenciales o en condiciones de hacinamiento que afecten su integridad psicofísica, que no califiquen como barrios populares.

Detrás de las definiciones de esta ley se pueden entrever un conjunto de discusiones. Primeramente, propongo detenernos en analizar el término PSC. Se está eligiendo una nominalización diferente a las de uso corriente, aquellas que son utilizadas en el lenguaje habitual, tales como “gente de la calle”, “vagos”, “vagabundos”, “linyeras”, “crotos”, “changas”, “chagarines”. Estas formas de nombrar presentes en el habla cotidiana están cargadas de estigma y refieren a aspectos valorados socialmente de manera negativa: “vagos” relacionado a no esforzarse, “vagabundos” con no tener un lugar a donde ir, “crotos” con la suciedad o el desarreglo, “changas” o “chagarines” referido a una situación laboral inestable. Volviendo al término propuesto, si nos centramos en la palabra “situación” emerge una segunda discusión con las categorías de uso coloquial: “gente de la calle” supone permanencia, mientras que PSC remite a una categoría transitoria. En tercera medida, otro aspecto que podemos identificar como notorio en la ley es la intención de abarcabilidad: “sin distinción de ninguna clase [...] utilicen o no servicios socioasistenciales o de alojamiento nocturno [...]” Sumado a esto se considera también como población objetivo a personas “en riesgo de situación de calle”. De este modo, todas las personas que se encuentren en una situación de vulnerabilidad habitacional serían contempladas como beneficiarias de los derechos de la presente ley.

¹¹ Fue sancionada a finales del año 2021. Cuenta con la Ley N° 3706 de la Ciudad Autónoma de Buenos Aires, sancionada en 2010 y reglamentada en 2013, como primer antecedente del país, seguida por la ley N° 13.956 sancionada en 2011 en la Provincia de Buenos Aires. Hasta la llegada de la ley nacional no existían otras reglamentaciones a lo largo del país. En Rio Negro existía un proyecto de ley provincial previo a la sanción de la ley nacional que, como esta, también tomaba como base la ley de la Capital Federal. El proyecto fue actualizado y se volvió a presentar luego de la existencia de la ley nacional buscando una reglamentación de acuerdo a las particularidades locales. En el proceso de la escritura de la ley provincial participamos activamente desde el CPA y el Hogar Emaús.

Valoro la existencia de estas leyes y las considero necesarias. Comprendo la importancia y preocupación por alcanzar una definición que englobe una población objetivo para la aplicación de políticas públicas de asistencia o de promoción social, pero también considero fundamental complejizarla, incorporar algunos aspectos más subjetivos a estas categorías, y explicarlas desde la calle misma, desde la voz de quienes encarnan esta “situación” ¿Quiénes son las PSC en Bariloche y cómo interpretan su “situación”? De esta manera , a través de preguntas como estas, considero que se está más cerca de generar el acceso a derechos humanos.

¿Ser o Estar en la Calle? Categorías Nativas Para Hablar de Situación de Calle

Mañana lluviosa del 31 de agosto de 2017 - Primera experiencia de trabajo de campo en calle.

Giré en la calle Onelli y a media cuadra, bajo el techo de un local, pude ver a dos hombres y algunos perros. Antes de que pudiera pensar en algo, uno de los hombres me dice “Disculpa, con mucho respeto te quería pedir una moneda”. Al enfocar la imagen noté que uno de ellos había estado en Emaús la semana anterior. Rápidamente hice un esfuerzo para recordar su apodo y atiné a decir “vengo de Emaús, ¿cómo estás Tutuca?” entre sonrisas mientras me sacaba la capucha. Les extendí mi mano y la tomaron firmemente, Rodrigo se presentó y Tutuca me saludó como si me conociera de toda la vida. Como parte de mi presentación les comenté, con alguna dificultad, que estaba haciendo una pasantía en el CPA y que quería escribir sobre cómo era vivir en la calle para un trabajo de la universidad. Se abrió la charla:

-¿Son suyos los perros? (Digo con algún titubeo tratando de utilizar algo del entorno como para empezar a hablar)

-Tienen dueño, pero andan todo el día con nosotros (Me responde Tutuca)

- Nuestro es lo puesto, nada más... (Afirma Rodrigo con voz seria, parado con una postura firme cerca de mí)

-Es que les gusta callejear a estos, como a unos que yo conozco (Tutuca desde el suelo, sentado en unos cartones con la espalda en una columna, interrumpiendo levemente a Rodrigo)

-aaah, ¿y hace mucho que andan con estos perros? Digo, ¿hace mucho que andan en calle ustedes?

-Hace un tiempo que vengo complicado. Me peleé con mi esposa, hice las cosas mal, no te voy a mentir. Murió mi vieja, me peleé con mi viejo en el entierro, perdí el trabajo, empecé a (dice Rodrigo y hace un breve gesto con su mano como si empinara una botella) y bueno, ahora estoy en la calle, mirá como ando (me señala la barba crecida de una semana), acá, cagado de frío (me muestra que tenía como 6 o 7 capas de buzos y camperas, que ensanchaban su ya robusta silueta mientras sus ojos se le cristalizan).

-Hace frío ¡pero hay que aguantársela! (Tutuca entre risas, mientras se levanta para pasarle el tetra de vino, hace una pausa, me pone un brazo en el hombro y me sacude un poco mientras me dice) ¡la calle es la calle, loco!

-(me rio, un poco desorientado y confundido por esos ojos enfáticos que me miraban a través de unos anteojos con muchísimo aumento) ¿y vos Tutuca, hace mucho estas en la calle?

-De toda la vida. De cuando era así (pone su mano a un metro del suelo, como la altura de un nene, mientras con la otra mano agarra el tetra que le devuelve Rodrigo), desde que era más “guachin” que vos (me mira y se ríe). La calle es mi vida, acá nunca me faltó nada. Si vos, como me decís, querés aprender de la calle la vas a tener que vivir (y me ofrece el tetra).

En mi primera experiencia de campo, durante la charla de poco menos de una hora, noté que tenían posturas diferentes en torno a la “situación de calle” en la que se encontraban. En esos días los fui conociendo, ya que se despidieron con un “hasta la próxima” y un itinerario bastante preciso de dónde encontrarlos. Las siguientes semanas estuve en los lugares que me indicaron, charlando con ellos y participando de encuentros con sus conocidos mientras ellos pedían plata y compartían vino tinto en tetra. Tutuca y Rodrigo habían sido expulsados de Emaús por robar herramientas manuales que pertenecían a la institución y no podrían volver a alojarse hasta devolverlas. Ambos estaban durmiendo en una ranchada sobre la calle Elordi, en un baldío, a una cuadra de donde habíamos estado conversando, y resguardaban sus mantas de la lluvia en la estación de servicio de la esquina. Se arropaban entre cartones y perros en unos colchones viejos que tenían debajo de un sauce. Respecto a la comida también compartían el mismo circuito, conseguían el almuerzo en comedores de iglesias y por la noche recibían la vianda en Emaús que continuaba dándoles este servicio. En definitiva, para mi eran PSC en todas las de la ley, la categoría les calzaba perfecto.

Tardé algunos meses en dimensionar las diferencias. Algo me quedó resonando de este encuentro con Tutuca y Rodrigo. Quizá mi atención se detuvo ahí por ser la primera situación de campo “en calle”; quizá tuvo que ver con que estas personas estaban viviendo de una manera tan parecida, pero contándolo tan distinto, que el contraste se me hizo más palpable. En esos meses conocería a muchas “PSC” y cuando escuchaba sus presentaciones automáticamente asociaba personas que se presentaban más parecido a Rodrigo, y personas que se presentaban más parecido a Tutuca.

No fue hasta que conocí a Cricke y David que pude terminar de escuchar ese ruido que me hacía la categoría PSC. Ellos se presentaban como “de la calle de toda la vida”, me contaban de ranchadas, de lugares y a toda la gente “de la calle” que conocían, su *junta* con la que compartían el vino; o sea, utilizando los términos que manejaba en aquel momento “se presentaban parecido a Tutuca”. Sin embargo, Cricke y David no dormían en calle: Vivían juntos en la casa de la madre de David hace años. Los contrastes se marcaron cuando, por ejemplo, un día me encuentro a El Chinche pidiendo una vianda en Emaús y me dice “vos me ves ahora así pero yo no soy un perro ¿Sabés que soy yo? 35 años en el cerro cathedral, laburando en los medios [de elevación] y esquiendo. Les enseñé a mis hijos que ahora están en Andorra. Vos sabés que es un deporte caro. Eso soy yo, ahora hace un mes que ando así pero algún día te voy a invitar a esquiar”. O con personas como Pablo, que estaba durmiendo con su carpa en la costa del lago porque hacía tiempo que se había quedado sin plata y sin trabajo en medio de su viaje, pero me pedía que le gestione un pasaje de nuevo a su ciudad de origen, para pedirle alojamiento a su familia: “por favor, no aguanto más, yo no soy así, no sé cómo terminé en la calle, tengo que recuperar mi vida”.

Empecé a notar entonces, como lo hizo Mariana Biaggio (2014) al señalar la construcción de categorías de beneficiarios impuesta por el Estado, que había personas que se postulaban desde un “soy de acá, de la calle” (“como Tutuca”) y otras personas que se presentaban desde un “estoy acá, en la calle” (“como Rodrigo”). Muchas de las personas que fui conociendo en las ranchadas tenían vivienda y muchos otros no

poseían, pero de igual manera se podían postular como “de la calle”. En este punto, PSC comenzó a parecerme un término poco adecuado para explicar quiénes eran las personas que estaban en lo que mis interlocutores llaman “calle”. PSC es una denominación utilizada, la gran mayoría de las veces, desde el lenguaje de las instituciones para referirse a la temática de manera formal. Sin embargo, en el vocabulario de los protagonistas, PSC prácticamente no se utilizaba.

La categoría estallaba desde el campo: las lágrimas que cada tanto dejaba caer Rodrigo, la risa característica de Tutuca, la pertenencia que me marcaba David, algo cercano al orgullo que podía entrever en Cricke al estar en esa esquina y compartir con “los de siempre”, la negación de Francisco al tratar de mostrarme lo diferente que era, la desesperación de Pablo por salir de ahí. Algo había atrás de estos primeros encuentros, de todos estos sentimientos y actitudes dispares para personas en situaciones similares, algo que no podía ser englobado dentro de PSC.

Sostengo que presentarse desde un “soy” o un “estoy” no es una diferencia menor que se pueda hacer a un lado. Cuando utilizamos el verbo “ser” este se asocia directamente con la existencia del sujeto, mientras que cuando afirmamos que alguien “está” nos referimos a una situación o estado espacio-temporal. Por un lado, tenemos la palabra “estoy”, un estado, una característica que no le es propia sino transitoria y, por el otro “soy”, que ya no solo tiene que ver con la existencia momentánea sino con su esencia misma. En esta línea propongo en este trabajo no detenernos en enfocar únicamente la situación material dividiendo a las personas a partir de preguntas como ¿habita o no habita la calle? ¿Pernocta en un alojamiento transitorio? ¿Tiene o no tiene los medios para proporcionarse un lugar adecuado donde pasar la noche? Aquí hago un alto. No quiero que se me malinterprete. La dimensión material y las desigualdades que se sitúan en este aspecto me parecen sumamente relevantes, pero lo que propongo es que estas no deberían negar o silenciar la diversidad de procesos de identificación que surgen a partir de ella.

Entiendo que, para una disciplina que intenta recuperar el punto de vista del “otro”, es fundamental incorporar las categorías nativas y dar lugar a los sentidos con los que las personas se piensan. Sobre todo, si este “otro” podría clasificarse como “pobre”. Fredrik Barth (1976), desde sus trabajos en el campo de los estudios étnicos, es uno de los primeros antropólogos en poner en tela de juicio estas maneras esencialistas de agrupar. Barth va a cuestionar la idea de que los grupos étnicos se definen por un conjunto de rasgos seleccionados a priori por el investigador. Los planteos de este último autor los considero útiles para pensar cualquier grupo social. De este modo, en lugar de centrarme en las PSC, un grupo clasificado desde una visión externa que tiende a seleccionar algunos rasgos objetivables con un foco en la dimensión material, propongo darle lugar a lo que Barth llamó la “dimensión subjetiva”: ¿de qué manera las personas se agrupan? ¿Cuáles son los criterios de adscripción? De sus particularidades ¿Cuáles son las que seleccionan para presentar en el discurso como constitutivas de su diferencia y establecer límites? ¿A quiénes dejan afuera? En resumen ¿De qué manera crean sus propios criterios de mismidad y alteridad?

Esta tesina se focalizará en personas que “son de la calle”. Sin embargo, buscando aportar al mapa de alteridades, se dedicarán algunos párrafos a describir a las personas que “están en la calle”. Se harán breves caracterizaciones pero se entiende que es un grupo que posee gran diversidad y sería pertinente, a futuro, darle lugar a su propio estudio. En primera medida aparecen personas que ocultan o minimizan su situación: “no me salió laburo, soy oficial de albañil, cuando mejore el clima algo va a salir y me acomodo”. Muchas historias de vida narradas se enfocan en la trayectoria laboral, generando marcados silencios sobre los momentos en que estuvieron en calle, salteando así semanas, años, incluso décadas. Estos silencios tienen significados (Pollack 2006; Dwyer, 2009) y entiendo que tiene relación con un intento de distanciamiento en torno al lugar social que suele estar disponible para las personas “de la calle”. Se destaca que las distancias que se marcan con los “de la calle” o las PSC en general son tales, que muchas veces se cae en crudas estigmatizaciones de quienes se encuentran en situaciones materiales casi idénticas, utilizando rótulos como “malandrines”, “borrachos” o “vagos”. Como se mencionó, la categoría de personas que “están en la calle” tiene su propia complejidad. En relación con esto, aparece otro subgrupo, cuyos potenciales integrantes, en lugar de silenciar, ponen en juego estrategias de exposición o incluso de exaltación, pero del mismo modo, mantienen su distancia con pertenecer o identificarse con PSC. El énfasis en su identidad lo ponen en el pasado y el futuro, en lugar de en el presente (Palleres, 2004)¹². Su actualidad la tratan de utilizar, a través de su exposición, para conseguir la ayuda necesaria que facilitará hacer un nexo entre los “momentos en que han estado bien” (pasado) y sus planes para recomponerlo (futuro). Por último, aparecen los que suelen ser englobados por “los de la calle” como “malabaristas” o “hippies”. Los “malabaristas” también pernoctan en la vía pública, pero se separan de las PSC haciendo énfasis de que es una elección por un periodo transitorio en un lugar determinado, una etapa elegida en un viaje: “si se me complica mucho me tomo el palo [me voy] de nuevo para mi casa o para otra ciudad”.

Las trayectorias de estas personas, con sus diferencias y variabilidades lógicas, puesto que cada nombre propio conlleva una historia propia detrás, transcurren en torno a la “calle” produciendo sentidos y conexiones afectivas similares. La “calle” habilita un lugar de pertenencia vivido como circunstancial o transitorio, una permanencia que, aun siendo prolongada, se estructura como un “pasaje” –obligado-- entre dos estados: el previo en el que no se estuvo en la calle y el futuro en el cual no se estará más en ella. A las personas cuyas identificaciones se estructuran de ese modo, las nombramos aquí como personas que “están en la calle”, ya que “estar” es el énfasis en las expresiones utilizadas por mis interlocutores. Este tipo de trayectorias y discursos, en mayor o menor medida, eran las que esperaba encontrarme. Presuponía, antes de iniciar mi trabajo de campo con personas vulnerables y vulneradas, que estas se verían afectadas por el estigma o que lo utilizarían como estrategia para demandar, reclamar o pedir ayudas. En mi universo presupuesto al comienzo de la investigación, el posicionamiento frente a la situación de calle era el de un sujeto de derecho o de demanda, un locus estructural del que se espera salir.

¹² Las PSC con las que trabaja Palleres, que según su recorte son quienes “que no llevan mucho tiempo viviendo en la calle”, se identifican de una manera similar “conjugando el presente”. Accedí a este trabajo que señala un discurso similar luego de generar el presente análisis.

Durante mis primeras instancias de campo también me encontré con personas cuyas formas de articular sus experiencias pasadas, sus formas de vida presentes y sus expectativas de futuro resultaron ser muy diferentes. Sus relatos y afirmaciones sacudieron mis ideas preconcebidas sobre la “situación de calle” llenándome de preguntas. Estas personas realizaban presentaciones distintas, presentaciones inesperadas. En ellas hacían una exposición de su situación, pero esta no se relacionaba generalmente con la demanda de recursos, sino que iba por otro lado. Hacían muy explícita su situación, cuando había confianza me contaban sus pormenores y unían sus pasados con sus presentes sin hablarme demasiado de sus futuros. Con las personas que me dieron estas explicaciones fue con las que más vínculo formé. En principio, afirmaron “ser de acá”, “ser de la calle” y, a través del tiempo, me fueron mostrando, y fui comprendiendo, las diferentes prácticas y sutilezas de sentido que implicaba aquella “identificación”. A continuación, cito una situación etnográfica que me servirá de ejemplo para ir presentando este grupo con el que trabajaré a lo largo de la tesina.

17 de febrero. Semáforo de Gallardo y Elordi.

En un escalón estaban sentados el Volche y Viruta tomando un vino en “tetra”. Tenían los “zeppelin” [limpiavidrios] dentro de un bidón cortado con agua detergente y sobre la reja del local de la esquina, colgadas sus mochilas. También había dos varones jóvenes que no conocía y, mientras me iba a saludar a Volche y Viruta, ellos limpiaban vidrios. Tenían sus mochilas más cerca de la calle y no se acercaron. Estaba buscando a Flavio, un chico que había conocido hace algunos días y me contó que estaba durmiendo en la ranchada de atrás de Emaús con Viruta y el Volche. Después de saludarlos y una breve charla les pregunté:

- ¿Vieron a Flavio? Quería saber cómo andaba

-¿Quién? (Volche Con cara de nunca haber escuchado ese nombre)

-Flavio, el chico que paró un par de noches en la ranchada con ustedes.

-ah... El pibe ese. No, se fue (Volche hace gesto agitando la mano a un costado mientras mira a otro lado, como despreciándolo). Bah (se sonríe), lo vinieron a buscar. Hay gente que no dura en la calle. No entienden cómo es la historia esta. Toman muy rápido, se ponen medios locos (gira su mano al lado de la cabeza), se les ponen los ojos rojos, se rompen todos. La familia los ve así y los vienen a buscar. No se la bancan, no son guapos, y en la calle uno tiene que ser guapo... y pillo (me mira fijo y hace una pausa, después pone la vista sobre su cuerpo)... mirá, yo ando limpito. Mirá como estoy (me muestra su cara afeitada, de un lado y del otro). Me levanto temprano, me voy a la YPF y me enjuago ahí las patas, la raja, todo. No da andar todo “zaparrastroso” [desarreglado y sucio] como este (lo señala a Viruta burlándolo que solo se ríe, mientras guarda los restos de una tuca y atina a responder con un “andaaa vos”). Porque por ahí yo me llevo a mi paisana a mi ranchada, o ando por ahí, vos viste, algo sale (me da un golpecito cómplice con el revés de la mano en el abdomen). Hay que ser pillo, te decía, y estar tranquilo también. Hay que conocer a la gente, los que andan, los que vienen, los que van. “¿Señora necesita una mano con eso” (actúa como si interactuara con distintas personas) “don, no nos dona un poco de carne para la gente de la calle”, “¿¡cómo anda vecino!?!¿Hoy le sobró algo?”.

Yo abajo, al Centro, no voy porque hacen mucho bardo. No respetan. Se pelean con la policía cada dos por tres. Yo no quiero bardo. Yo no robo, yo pido. Acá no molestamos a nadie. Además, allá abajo [en el centro] hay mucho porteño. Es muy acelerado el porteño, quiere juntar toda [la plata] rápido. Hay que estar tranquilo. Mirá como estoy yo. Te charlo un rato, jodemos, después tengo ahí mis vicios y los dejo trabajar a los otros [señala a los de la esquina que limpian vidrios]. No es que uno se vaya a hacer millonario, pero para mantener los vicios y compartir con los compañeros se junta.

Acá paramos todos gente de acá, todos paisanos. Gente que respeta la movida de la calle porque conocemos a los que estaban antes: el finado Don Pérez, el finado Lechón, Cara de Mamao, Walterín, Luchito cuando sabían andar, Curín, el Zorzal, el Chino, el viejito Antunao, el Pelado Porto, Mulato, Caimán, Piki, todos los finados, Segundo, el Gato, Guerrero [Menciona los nombres rápidamente, sin pensarlos un segundo, enumerándolos con la mano sin dejar de mirarme a los ojos, mientras Viruta asiente agregando algunos más]. Acá no te vas a encontrar a nadie que se queje del frío ¿Frío? (eleva la voz) Conoces el frío en el campo cuando la nieve le llega al pecho al caballo (y pone su mano a la altura del cuello como si algo no lo dejara avanzar). Mi viejo me hizo conocer esto (sonríe). Yo estaba en la ranchada donde duermo hoy, la Estancia Cirrosis [como él bautizó a la ranchada también conocida como La Roca, o simplemente como la de Atrás de Emaús], tomando vino desde los 7 años, cuando mi viejo me llevaba a ver los partidos, cuando seguía habiendo una cancha ahí, cuando era todo monte eso (vuelve a sonreír y me levanta las cejas, asintiendo).

Como plantea Hall (1996), las identidades son construcciones situadas e incompletas, articulaciones significativas para alguien en determinado tiempo y lugar, y entramados posibles –en función de los recursos disponibles—de historias, discursos y experiencias. El relato de Volche da cuenta de su propio devenir, y a la vez establece diferencias. Cuando el Volche define el nosotros, excluyendo explícitamente a personas como Flavio, actualiza sentidos muy profundos de pertenencia. Sentidos que conectan desconectando: quienes solo “están en la calle” son el afuera constitutivo del nosotros, “los que somos de acá, de la calle”¹³.

Hall agrega que, al excluir algo, no solo emerge el nosotros, sino que también se establecen ciertas rearticulaciones y jerarquías. Aquí es cuando la identificación “ser de la calle” me resulta paradójica: estas personas se nombraban de la misma manera en que son interpeladas desde el sentido común para estigmatizarlos (“gente de la calle”). Sin embargo, el término usado de manera autoadscriptiva tiene connotaciones muy diferentes. Incluso, al interior del grupo se compete para ver quién es más “de la calle” y se menosprecia a quien solo “está” en ella.

Volveré muchas veces a esta presentación del Volche antes de terminar la tesina, pero quisiera aclarar aquí que, para entender sus palabras, debemos comprender cómo el “ser de la calle” interrumpe un campo ideológico de prejuicios y desigualdades y, al hacerlo, rearticula asociaciones estigmatizantes de formas positivas. Parafraseando a Hall, entiendo que el valor positivo surge de una doble acción: por un lado, al desarticular “ser de la calle” de sus estructuras significantes, por el otro, lo rearticula con los significados producidos en otras trayectorias sociales y cadenas discursivas. Como veremos en el resto de las páginas de

¹³ No hay que perder de vista que en ese movimiento yo, como investigador/operador de calle, también soy depositado por fuera.

esta tesina, “ser de la calle” se transformó en un texto colectivo, producto de encuentros específicos entre trayectorias particulares. Es el modo en que algunos de mis interlocutores nombran y relatan su propio devenir, esto es, el acontecer que los llevó a “ser” lo que “son” hoy. Es este proceso de subjetivación en marcha –el que encarna Volche en su presentación— es el tema de esta tesina.

Diacríticos y Organización de la Tesina

Los capítulos de la tesina que desarrollo a continuación se organizan en función de signos diacríticos (Barth 1976) que las personas actualizan y ponen en juego para actuar, pensar, sentir y contarse como “siendo de la calle”. Estos criterios de pertenencia no tienen que ver directamente con la posesión o no de un lugar donde dormir, sino que, siguiendo la charla con el Volche, involucran muchas otras prácticas de articulación entre lugares, historias, vocabularios y afectos:

“Ranchadas”, dónde y con quién: Ser “de la calle” es circular de formas determinadas y detenerse en ciertos lugares para hacer “junta” con ciertas personas. De acuerdo con las características de esos lugares y los cambios del tiempo y el clima, estas “ranchadas” varían en sus usos (encontrarse, pedir, dormir, refugiarse) y en torno a las personas que las circulan. Como dice El Volche “yo para el centro no bajo”, ya que ese lugar implica otros grupos y otras prácticas. Después de comentar dónde y con quién prefiere estar, él explica de qué manera corresponde hacer las cosas.

“Compartir” y “respetar”, de qué manera: En esos lugares y con esas personas se comparte “la calle”. Los “compañeros”, los que andan juntos y se encuentran en estos lugares, tienen relaciones que, según ellos, giran en torno al “compartir” y el “respetar”: compartir “la calle” tiene que ver con compartir vivencias y consumos. Para compartir, para poner plata en la “vaquita”, por ejemplo, debe haber una relación de “respeto”. El “respeto” es una categoría muy cargada. Por un lado es un código moral que sostiene una forma de comportarse, y a su vez es uno de los principales bienes simbólicos que pueden poseer los “de la calle”. El “respeto” a su vez se determina por las maneras en que se “comparte”: cómo relacionarse con otras personas, tanto si son “de la calle” como si no lo son, cómo consumir, qué consumir y de qué manera actuar cuando uno consumió. Los que no actúen de la manera correcta no serán “respetados” y en consecuencia no deberían estar ahí: “Hay gente que no dura en la calle. [...] Toman muy rápido, se ponen medios locos, se les ponen los ojos rojos, se rompen todos.” El “de qué manera” también implica manejar las redes de supervivencia para conseguir lo suficiente para pasar un día más. Crear y hacer uso de las redes de personas y los lugares, compartiendo y respetando: “Hay que conocer a la gente, los que andan, los que vienen, los que van. ‘¿señora necesita una mano con eso’ (actúa como si interactuara con distintas personas) ‘don no nos dona un poco de carne para la gente de la calle’, ‘¿cómo anda vecino? ¿hoy le sobró algo’ ”.

El “Saber”, cuáles entonces y allí: “Saber” es una categoría nativa muy cargada o multiacentuada que se relaciona con la experiencia, un campo semántico muy amplio que abarca una sumatoria de conocimientos y prácticas: lo aprendido en la calle, así como también en el campo o en la cárcel. Los saberes se nutren de lo

compartido y el respeto que han ganado a partir de aquello compartido. Las historias se ponen en competencia según ciertos valores etarios: el tiempo transcurrido en un escenario adverso de calle-campo-cárcel y el estatus de las personas conocidas (incluyendo particularmente a “los finados” y “los históricos”). Acá también se mezcla ciertas construcciones de masculinidad, como el habérsela “bancado” o “no achicarse” ante adversidades, no haber pedido ayuda y resolver solo, enfrentarse a peleas, tener éxito con las mujeres. En este marco, el Volche mencionaba con orgullo haber estado en “la ranchada donde duermo hoy, tomando vino desde los 7 años [...] cuando era todo monte eso” y “conocer a todos los que estaban antes”.

Estos diacríticos propuestos por los “de la calle” no hablan el vocabulario aparentemente neutro de las instituciones y las normativas (Shore, 2010; Biaggio, 2014), el lenguaje con el que expresamos PSC con el propósito de controlar estereotipos y estigmas. Si quiero tratar de conocer las diversas trayectorias que se reúnen en “la calle” de Bariloche y contar cómo acontece la vida en esas junturas, el término oficial PSC no me alcanza para establecer recortes significativos. En esta tesina propongo recuperar los criterios nativos de deslinde del grupo “los de la calle”, puesto que sus conceptos y teorías sobre las ranchadas, el compartir, el respeto, la experiencia y el ser paisano hacen visible una experiencia de subjetivación que no ha sido incluida aún en los diálogos institucionales.

Con este objetivo, teniendo en cuenta que estos modos de habitar y sus reafiliaciones sociales, se dan siempre maniobrando en un marco de constreñimiento que es crucial para comprender “la calle vivida”, tomaré los diacríticos para dividir la tesina. El trabajo consta de cuatro partes. En esta Primera Parte, realicé una **introducción** al tema, dando cuenta de las particularidades de la ciudad, incorporando las herramientas teóricas y metodológicas que nos acompañarán en lo que sigue. En este primer capítulo se realizó una descripción de los deslindes que las personas utilizan. En la Segunda Parte escribiré en torno a los **lugares**. Comenzaremos a recorrer la ciudad desde ópticas otras, y viendo como “los que no tienen” establecen circulaciones que se van sedimentando, y a partir de las relaciones van deviniendo “ranchadas, dónde y con quién”. En esta sección se van a señalar las zonas en las que se ha centrado la investigación. La Tercera Parte busca recuperar los **itinerarios**, mostrando la ovillada red de relaciones. En su análisis se buscará no destejerla completamente para mostrar cómo con su orden e imprevisibilidad, en un día hipotético, funciona “la calle”. Esta parte se dividirá en dos capítulos, el primero correspondiente a la Zona Onelli, y el siguiente a la Zona Ñireco, para describir el “compartir y respetar, el de qué manera”. Por último, en la Cuarta Parte se hará hincapié en las **trayectorias** más amplias de estas personas. Se abordarán los relatos de vida que exceden a las Zonas, y que hacen presente un poco del campo y un poco de la cárcel acá. Así, se dará lugar a las historias de vida de los “paisanos – de la calle”, y los distintos lugares que componen este “acá” complejo que deviene “calle” en Bariloche. Por último, en las **conclusiones** se retomará lo planteado y se realizarán propuestas para continuar preguntándonos.

SEGUNDA PARTE: LUGARES

CAPÍTULO II

RANCHADAS Y PARADAS: LOS LUGARES DE “LA CALLE”.

La ciudad ambigua: entre avenidas, calles, pasajes y “tierra de nadie”.

Para Lefebvre (1976) las calles son una representación, un teatro vivo, en el cual se puede observar de manera privilegiada la vida cotidiana de la sociedad. Siguiendo a este autor podemos hacer una primera inmersión en el espacio de la ciudad. La ciudad es un espacio diverso, multicompuesto, ya que sobre este escenario no hay quien se pueda negar a actuar. Todos tenemos un rol, queramos o no. Lefebvre enfatiza sobre la idea de que en la ciudad se pueden ver las necesidades programadas, la práctica modelada por manipulaciones y formas establecidas, pero también sostiene que hay materia y subproductos que escapan a los poderes y formas que imponen los modelos. Así, dentro del espacio urbano, se entremezclan privaciones y frustraciones con goces, necesidades convertidas en deseos y capacidades de placeres o alegría. El “texto social” parece una realidad incuestionable, una estructura sólida si lo vemos desde cierta perspectiva, pero por otro lado nos aparece lleno de lagunas y vacíos, ofreciendo, de este modo, numerosas oportunidades a los individuos. En esta tensión entre la libertad y la alienación se funda lo cotidiano que es ni más ni menos que ambiguo.

Dentro de las ciudades hay autopistas y avenidas que se erigen señalando una dirección hegemónica para sus habitantes. Sin embargo, dentro de esta trama cotidiana también podemos encontrar lo que Lefebvre denomina como “retículos” y “filamentos”. Estos son, al igual que las avenidas y autopistas, conexiones, aunque a diferencia de otros caminos, los retículos y filamentos a veces son túneles opacos, intrincados, con distintos grados de comodidad, pudiendo utilizarse para transitar de maneras no esperadas. Por medio de los retículos se pueden transmitir a la distancia ruidos, informaciones y rumores, y, a través de los filamentos se pueden incluso vehiculizar personas, vinculando lo que a la distancia parece inconexo e imposible de relación. De este modo, las formas de ser se encuentran claramente influenciadas por las señales de tránsito, pero hay espacios que las cámaras de vigilancia no ven y los radares no captan, allí se puede ir en contra mano, utilizando estos pasajes para dar una vuelta en “U”.

De la mano de Lefebvre, lo que pretendo es abrir la noción de espacio urbano y pensar la ciudad como ambigua, signada por una tensión y complejidad nunca resolubles. Allí alienación y desalineación, lejos de excluirse, se entremezclan. Dentro de la ciudad, las calles en particular son espacios sociales que, para quienes las habitan, producen exclusión y enajenación. Esto es claro. Sin embargo, sostengo que también hay cierto espacio para la desujeción, porciones en donde la angostura de los muros no se siente tan estrecha. Hay lugares en la calle de Bariloche, texturas que penden de finos retículos y filamentos, donde algunas personas, al menos por un tiempo, incluso dentro de esa desigualdad extrema, encuentran algo, una capacidad de agenciar de una manera particular, diferente. Me intereso en estas personas, en estas vidas y,

como Lefebvre, les dejo el beneficio de la ambigüedad. Este actuar, este “estar” o “ser” de la calle, no implica obtener la libertad, así como tampoco quiere decir que son personas totalmente sometidas en materia de decisión. No están en el vehículo más rápido de la autopista, pero eso no significa que no puedan circular a través de pasajes, ni tampoco que el conductor de aquel vehículo sea un ser emancipado.

La Calle Como el Lugar de los que “No Tienen”.

La calle es sinónimo de tránsito. Nos remite a la idea de un sitio que conecta un punto y el otro. Calle y habitar, parecen ser palabras que no se deben juntar, ideas opuestas, antítesis. Sin embargo, existen quienes permanecen en y habitan la calle. Estas personas suelen ser pensadas como quienes no tienen posesiones, quienes no pueden entrar a ciertos lugares, como los rechazados, los excluidos, los puestos a un lado, al margen, caídos de la hoja. De este modo, quien se encuentra “en la calle” es definido por su ausencia. Se entiende que “les falta” algo y esa falta emerge como tal en comparación a un sujeto tácito que es el ciudadano “normal”: los “con casa”, “con trabajo”. Reconociendo esta concepción propongo, aunque sin pretender borrar de la vista las “carencias”, pensar en lo que les es propio. Intentaré brindar estas páginas a entender “la calle” no solo como un lugar de los que “no tienen donde ir” sino como el lugar de quienes allí están: recuperar esos retículos, esos filamentos, esos lugares por donde transitan y se detienen, sus experiencias, sus historias. De este modo, no me centraré en lo que no pueden hacer ni donde no pueden estar sino, en lugar de ello, hablaré de lo que ellos hacen día a día, que es, en ese contexto duro, ni más ni menos que elegir. Me propongo recuperar esas decisiones cotidianas, esas que hacen sentir que la angostura no está tan estrecha, que no aprieta tanto o que al menos calma el dolor que provoca su constreñir. En este trabajo se pretende construir una visión de la calle más cercana a mis interlocutores. Una “calle” que incluye lugares y personas especiales, que en su conjunto conforman una red. Una red que es creada, comprendida y reproducida a través de las experiencias “caminando la calle”.

Observando y escuchando las decisiones que cada uno tomaba o me iba comentando, entreviendo en su conjunto, de a poco, fui identificando un punto que, al iniciar la investigación cargando con preconceitos, no esperaba encontrarme: las rutinas. Las personas de la calle presentan un conjunto de combinaciones de movimientos en espacios particulares y determinados momentos que día a día se van repitiendo. Estas rutinas poseen también cierta dinámica, siendo uno de los principales factores para sus modificaciones lo climático y también las personas con las que se relacionan. Esto último es central y continúa ayudándonos a romper con ese imaginario del vagabundo ambulante, ese vagabundo que aparece en solitario. Por el contrario, no es habitual encontrar a las personas “de la calle” solas, sino que ellos suelen formar “junta”.

Se le llama “junta” al grupo de “compañeros” con los que se “comparte”. La “junta” puede referir al conjunto de personas que en ese momento se encuentran, o a un grupo que se reúne periódicamente hace tiempo. Para señalar esta pertenencia se suele decir “mi junta” pero también puede ser mencionada como “mi gente”, “los míos” o “la familia que me dio la calle”. Esta grupidad se conforma por lo que James Brow (1990) refiere como “comunalización”: La existencia de patrones de acción, como encontrarse

frecuentemente en determinado lugar a “compartir”, que promueven un sentido de pertenencia. A cierta “junta” se le puede asociar ciertas “paradas” o “ranchadas”, que son los lugares en los que se “comparte”. Estos lugares se diferencian entre sí porque las “paradas” funcionan como sitio de encuentro, mientras que las “ranchadas” pueden, en ocasiones, funcionar del mismo modo como espacio para el encuentro, pero no se limitan a esta actividad, ya que las ranchadas tienen la particularidad de que se puede dormir y cocinar. Como la junta, los lugares de encuentro pueden ser conformados en ese día y no repetirse, pero para adquirir la categoría de “ranchada” o “parada” el sitio tiene que poseer cierta acumulación de encuentros, determinada historia. Otro punto destacable de estas rutinas, compuestas por “juntas”, “paradas” y “ranchadas” es que constituyen un conocimiento que poseen todas las personas que se llaman “de la calle”. Cada red que se constituye “calle” para una persona requiere, para conformar estas rutinas individuales, conocer las de los demás, “conocer la movida de la calle, estar atento, sino la ‘ligas’ [conocés, entendés] acá no podes estar”. Existe un cierto orden, en donde se ubican vecinos, turistas, empleados y otras personas que también “son” o solo “están” en la calle.

En una escala más amplia, “la calle” suele ser dividida entre quienes “la caminan” por “Zonas”. Las Zonas constituyen conjuntos de “paradas” y “ranchadas” por donde circulan determinadas personas (con menor o mayor permeabilidad). En general se suele hablar de tres: la Zona Onelli, La Zona Ñireco y la Zona Centro¹⁴. La Zona Onelli debe su nombre a la calle que actúa vertebrándola. Parte del extremo Sur del centro de la ciudad y se extiende hacia ese mismo punto cardinal. Se la considera la “más importante” en cuanto a cantidad de paradas y personas que la circulan. Cabe destacar que dentro de esta Zona se encuentra el Hogar Emaús. La Zona del Ñireco, más pequeña en tamaño, cantidad de paradas y circulación, pero con un importante número de ranchadas, se extiende hacia el sector Este de la ciudad. Debe su nombre al río que la atraviesa. Por último, la Zona Centro, que corresponde a lo que habitualmente se relaciona con el sector netamente céntrico, abarca los extremos Norte de la ciudad, que limitan con el lago, y su costanera. Hay una menor cantidad de circulación de PSC en comparación a las zonas anteriores y mis interlocutores suelen decir que “no anda gente de acá”. Como Equipo de Calle hemos tomado en gran medida esta zonificación de la ciudad estableciendo habitualmente nuestros recorridos y utilizando las delimitaciones que cada zona tiene.

Considero provechoso, para comprender la calle de mis interlocutores, traer el concepto de “relacionalidad” que propone Carsten (2000). En el transcurrir de “la calle” se dan pequeños procesos cotidianos, que de manera acumulativa y a lo largo del tiempo, van conformando rutinas de vital importancia para quienes dicen “ser” de allí. A partir de la relacionalidad, de modo dinámico y en continua construcción, se va tejiendo esta red. En cada “parada” se habla, uno por uno, de los “de la calle”, también de los “nuevos”, los que “aparecieron”, los que “están en calle”, quién estuvo dónde y con cuál; de los trámites que hay que hacer, los depósitos de las pensiones o seguros de desempleo, la actualidad deportiva o el contexto político

¹⁴ Hacia el final de la investigación comenzó a aparecer también “Los KM” (sector Oeste de la ciudad) como posible “zona” de “la calle”.

más amplio; si surge alguna “changa”, si alguno anda con plata, si te dejan quedarte “allegado” en la casa de alguien, si salió alguien de la cárcel, si alguno vino del campo por trámites, si alguien se fue, si hubo algún internado, algún fallecido. Faltas de respeto, peleas, problemas con la policía, acciones o actitudes de operadores de Emaús o del Equipo de Calle. Se habla del presente pero también, y frecuentemente, se habla y se compara este presente con el pasado, con “la historia de la calle”. Cuántos son ahora y dónde se reúnen, los que estaban y no están, las ranchadas que se dejaron de usar y las que se siguen usando. En la calle hay, constantemente, sutiles y complejas interconexiones entre formas cotidianas de relacionalidad en el presente y los recuerdos del pasado (Carsten, 2007).

Este capítulo trata entonces de posicionar argumentos contra un sentido dominante en el que las personas “de la calle” se definen desde la carencia: carencia de casa, de redes de relaciones, de dirección, de preferencias, de decisiones. Propongo entender a las personas “de la calle” desde lo que denominé como “la calle vivida”. “La calle” es un espacio atravesado por los procesos hegemónicos que forman un marco constreñido para actuar (Grossberg, 1992, 1993), no hay duda de ello. Sin embargo, lo que al mismo tiempo se pretende destacar en este trabajo es que, al habituar este sitio, reconocemos la ambigüedad de la calle: es carencia, es sufrimiento y también es riesgo de muerte, pero a su vez es un lugar vivido y ponderado, porque es caminada y habitada. A través de este proceso de dura adversidad que se hace cotidiano, se crea la “calle vivida” y, en el mismo acto, se da la posibilidad de vivir en ella. Es decir, si el caminante no transita con actitud atenta a actualizar los patrones del presente y recordar las historias del pasado en cada pisada, no podría estar allí (Benjamin 2005). Se tejen lugares a través de los tránsitos y las prácticas de cada uno de “los de la calle” (De Certeau 2000, Ingold 2011, Massey 2005). Esta “calle vivida” no solo le da viabilidad a la metodología de esta investigación, sino que es, como veremos, lo que la hace “habitabile”, proveyendo tanto lo que respecta a cuestiones materiales como a simbólicas.

La intención de este apartado es servir como introducción tanto para esta Segunda Parte de la tesis como para la Tercera Parte. Con el objetivo de formular una estrategia expositiva que le haga justicia a la heterogeneidad de este espacio social, pero que, a la vez, resulte comprensible para el lector, en el marco de este trabajo propongo centrarme en dos zonas en particular: la Zona Onelli y la Zona Ñireco. Estas, además de ser las principales en cuanto a circulación y permanencia de PSC, fueron las que más recorrí con el Equipo de Acompañamiento y en las que mayores vínculos formé. En esta Segunda Parte incluyo una sección para cada una de las zonas, focalizando en el segundo diacrítico, es decir prestando atención a las “paradas” y “ranchadas”; luego, la Tercera Parte, incluirá un capítulo para Onelli y otro para Ñireco, con centro en “la junta” y sus itinerarios. Al final de la Tercera Parte, se realiza una conclusión que vuelve a unir -como se puede entrever en la categoría intermedia “calle vivida”- lo que solo es separable analíticamente: lugares e itinerarios.

“La Calle” de Bariloche: Sus “Paradas” y “Ranchadas”.

A continuación, se hará una descripción de los principales lugares de “la calle” de Bariloche. Dentro de cada una de las zonas propongo focalizar en su punto de encuentro principal y a partir de su descripción pivotear sobre este, explicando los puntos relevantes a su alrededor y cómo estos puntos le dan también, a partir de esta relación, al sitio su relevancia. En primer lugar, me referiré a la ranchada de “La piedra” y las paradas sobre Onelli y alrededores, y en segunda instancia hablaré de “El Faro” en la zona del Ñireco. Me propuse llevar un abordaje descriptivo similar en ambos casos que permita ver puntos en común y también divergencias. Iniciaré por sentar una base descriptiva del sitio. Si bien esta descripción será asincrónica y el énfasis no estará puesto en la presencia de personas, la vida social que el lugar posee se podrá empezar a ver. Además de la descripción de las cualidades geográficas propias del sitio, se busca contextualizar a las ranchadas dentro de Bariloche. Como se verá, el “acá” de la calle muchas veces conecta lugares y tiempos lejanos, que pueden dar sensación incluso de ser inconexos. Es por esto que, para explicar estos lugares, también es preciso hablar, como lo hacen frecuentemente mis interlocutores, de su historia. Para cerrar la descripción de este capítulo e ir introduciendo el siguiente, centrado en los itinerarios, dedicaré algunos párrafos a caracterizar al grupo conformado por quienes allí pasan sus cotidianos.

Onelli y “La Piedra” o “La Ranchada de Atrás de Emaús”

“La Piedra” es una ranchada que se ubica dentro de un terreno baldío. El terreno es rectangular y posee unos 15 metros de ancho y aproximadamente unos 90 metros de largo. Sin embargo, debido a que hay un pronunciado desnivel en gran parte del terreno, se utiliza menos de la mitad. Linda, en su margen Norte, con la calle. Este margen se encuentra custodiado por un alambrado de dos metros de alto en toda su extensión, exceptuando la esquina Este del terreno, donde hay una parte faltante. Ahí se encuentra la que podríamos denominar la entrada principal y es a partir de este punto que se empiezan a ver las modificaciones que las personas le han impartido a este espacio. Hay un notorio camino marcado en la tierra producto de su alta circulación. Si al entrar se dirige la mirada al sector Este del terreno, donde cae la pendiente hasta chocar con paredones en su extremo, uno podrá ver, mezclados entre algunas matas de retamas y pasto alto, centenares de cartones de Tetrabrik. Prestando atención se logra notar que la enorme mayoría de estos “tetra” son de vino blanco. Afinando más el ojo incluso se puede notar el desgaste del sol y la lluvia en algunas cajas mientras que otras poseen sus colores intactos, denotando su temporalidad. El senderito conduce al cuarto Noroeste del terreno. Esta fracción plana es la más utilizada. Su piso es de tierra que forma polvo en época seca. Allí se suelen encontrar líneas que indican que hubo algún partido de taba o tejo, siempre y cuando la lluvia no haya borrado las marcas volviendo barroso el suelo. El límite Oeste del terreno posee una línea de retamas pegadas al alambrado. Bajo esta línea de retamas se encuentra un colchón de dos plazas. En los alrededores suele haber algunos cartones, ropa tirada, bandejas descartables con sobras de comida y más tetras. Unos metros más hacia el Sur, en las cercanías de un fogón compuesto por menos piedras que carbón, eventualmente se encuentra algún cajón de verdulería o trozo de madera. Siguiendo la línea de retamas hacia el Sur suele haber colchones con algunas mantas, rodeados por objetos similares a los

de la fracción más utilizada. La mitad Sur es usada casi únicamente para pernoctar, ya que el terreno en ese sector solo posee dos metros de ancho planos, el resto es abrupta pendiente. Además, allí es posible obtener algún resguardo bajo las retamas. Si se sigue avanzando hacia el Sur por el terreno se encuentra un sendero algo más desmarcado que el de la ‘entrada principal’. Siguiendo este caminito que baja por la pendiente podremos salir de la ranchada a unas amplias escaleras públicas que conectan la calle Onelli y la Otto Goedecke para cortar esta cuadra larga. Estas escaleras también son utilizadas como lugar de encuentro. Cabe destacar que en todo el baldío no hay ningún buen reparo de la lluvia, del viento o del sol. Es una porción de tierra elevada sin árboles o algún tipo de construcción.

Este sitio que acabo de describir es destacado por la mayoría de los “de la calle” como “la principal ranchada de Bariloche”¹⁵. Esto se justifica en base a su alta circulación y permanencia en el tiempo, “todo el mundo anda o anduvo por ‘la ranchada’. Si caminas la calle acá anduviste”. En la descripción del lugar ya se puede ver esta dinámica, una cierta apropiación y pequeña transformación, producto de la presencia cotidiana de personas que han ido transformando el sitio en “espacio practicado” (De Certeau, 2000). Una pregunta que surge al conocer este espacio es a qué se debe su constante uso. Como se intentó remarcar, las personas “de la calle” tienen opciones (limitadas, pero indiscutiblemente existentes). “La Piedra” es un sitio de amplias dimensiones y posee algunos sectores donde es fácil desplazarse y reunirse, pero cuenta con la enorme negativa de la carencia de resguardo ante cualquier condición climática. Conocí lugares mucho más reparados, pero, si bien son conocidos por “los de la calle”, son frecuentados en mucha menor medida. La elección de “la ranchada de la Piedra” por sobre otros lugares se debe a cuestiones que van más allá de las características físicas propias de este sitio.

Para intentar comprender la vida en calle y la existencia de la ranchada es necesario empezar a revisar las relaciones. “La piedra” es también popularmente llamada como “la ranchada de atrás de Emaús” y esta manera de denominarla no es para nada metafórica. La línea de retamas mencionada, en su mitad Norte, linda directamente con el patio trasero de Emaús. Como ya aclaré antes, esta es la institución de Bariloche con más incidencia en la vida de las PSC, y donde gran parte pernocta o recibe alimentos. Por otra parte, las escaleras que están en el extremo Norte limitan con la Iglesia Santo Cristo donde hay un comedor que sirve almuerzos¹⁶ que algunas de las PSC utilizan. La *ranchada* se encuentra, además, a 50 metros de la calle comercial Onelli. “La Onelli” no es una calle más dentro de la ciudad. Es valorada por sus propiedades de conexión, ya que es la más utilizada para “subir y bajar”, es decir conectar los barrios del “alto”¹⁷ con la

¹⁵ En el último año de la investigación, partiendo sobre todo la acción de máquinas retroexcavadoras del municipio que intervinieron el lugar, esta ranchada disminuyó mucho su movimiento.

¹⁶ Allí se entregan viandas a las 11 de la mañana de martes a viernes de manera gratuita. Por otra parte, en la Iglesia Inmaculada los lunes, miércoles y viernes a las 12 del mediodía también se entrega comida, aunque a esta es menos probable que las personas que se sitúan en “la roca” asistan, queda a 9 cuadras.

¹⁷ En Bariloche, cuando se nombra “El Alto” se suele referir a los barrios más empobrecidos de la ciudad donde vive gran parte de la población. Se le llama así porque son zonas alejadas del Lago Nahuel Huapi y tienen una diferencia de entre 100 y 150 msnm por sobre el centro y la costanera de la ciudad. Hay discusiones sobre los límites entre el Alto y el Centro, pero suele afirmarse que de la calle Brown hacia el Sur se encuentra el Alto, y hacia el Norte el centro. Es habitual que las personas que viven en “el Alto” utilicen la frase “bajar del alto” cuando van a realizar las compras en zonas comerciales que se encuentran en el centro. Para “bajar del alto” a pie la calle comercial más utilizada es la Onelli.

zona céntrica de la ciudad. La Onelli aparece descrita por los distintos actores que la habitúan, en un informe de urbanismo sobre usos sentidos y expectativas del espacio público en Bariloche, como “la calle de los barilochenses” o “el corazón de Bariloche” (Afamughat, Brunori, Di Noto, Et. Al., 2018), percepción que es compartida por mis interlocutores. Las PSC habitualmente se dirigen a Onelli para hacer uso de la zona comercial y aprovechar la amplia circulación de peatones. Acuden a determinados locales para comprar alcohol y, a lo largo de sus veredas, se encuentra la mayor concentración de “paradas”. Estas funcionan como puntos de encuentro en los que algunos se dedican a “pedir”.

Así, para comprender “la ranchada de atrás de Emaús” no podemos concebirla como aislada. Retomo las propuestas de Ramiro Segura (2009, 2015, 2018) de pensar permanentemente la relación entre espacio y sociedad. Las ranchadas son frecuentemente asociadas a lo “marginal”, un “mundo aparte”, pero, “La Piedra”, así como cualquier lugar de la ciudad, no es un sitio autosuficiente. “La calle” es un lugar entendido como “extremadamente pobre, indigente”, y esta línea de pensamiento generalmente lo concibe a la vez como “desconectado”. Sin embargo, lo que encontré en “la calle” es que los vínculos son lo fundamental; en este contexto constituyen casi la única manera de acceder a bienes y servicios. Es por esto que coincido con Segura en la importancia de analizar las interacciones, las redes de relaciones en las que los lugares y las personas, en mi caso “los de la calle”, se encuentran insertos sin presuponerlas de antemano.

El contexto social condiciona también de otra manera la elección de “La Piedra”. Y esta vez no es por la necesidad de vincularse con las diferentes partes de la sociedad para organizar su supervivencia, buscando recursos externos, sino, por el contrario, tiene que ver con la no exposición o con ser un “lugar tranquilo”, como suelen decir. La ranchada da a una calle de ripio en donde transitan pocos autos y peatones, y el baldío está algo elevado por lo que la visión de la ranchada para los que circulan no es completa. Estar dentro del baldío los esconde -o al menos los separa- de muchas miradas estigmatizadoras (Goffman, 2003). Sostengo que el estigma que recae sobre las PSC tiene que ver en gran parte con la realización de ciertas actividades que, consideradas hegemónicamente como de la esfera privada, se practican en la esfera pública, tales como ingerir alcohol, dormir o hacer sus necesidades fisiológicas (Bachiller, 2008). Como me dice Viruta, “acá es más tranquilo, nadie te va a andar mirando con mala cara si andas con esto [levanta el tetra] o si te fumas uno [se ríe]. Acá podés venirte a tirar una siesta, puedo traer a mi chica”. Retomando a Segura (2009), hay que tener en cuenta que los lugares tienen significados sociales, y que estos se crean a través de una mutua relación entre personas y lugar. En nuestro caso podríamos afirmar que hay una retroalimentación del estigma de las personas de la calle y la ranchada, “después te acusan de que robas a los de la feria [conjunto de puestos que se encuentran sobre Onelli, justo debajo de la ranchada], pero es solo por estar acá y yo vengo acá a descansar. Es mi lugar y no molesto a nadie” concluye Viruta.

Hay un factor más para utilizar este sitio y que suele ser una cuestión frecuentemente ignorada. Los lugares de “la calle” poseen su propia historia. Y esta historia existe, se recuerda entre los “compañeros” y se hace conocer a los “nuevos”. En los momentos de reunión siempre se expresa alguno “con experiencia en calle”, sobre cómo “la ha caminado”. Ñato, el más longevo de las calles de Bariloche, superando los 80 años, cada

vez que entra a la ranchada realiza algún relato del sitio, de lo que pasaba antes ahí y de quienes andaban. Esta historia es “respetada” por todos, escuchada sin ningún tipo de interrupción. Cuando termina de hablar, los que le siguen en “experiencia” algunas veces también comparten algún recuerdo, traen algún apodo de alguien que ya no está, mencionan, con sonrisa melancólica, lugares que frecuentaban sobre los cuales ahora se erigen locales y edificios.

En una entrevista que le hice a Galindez le pregunté sobre “la piedra”, la ranchada. No utilizó ese nombre para el lugar, sino que para explicarme sobre esta ranchada refirió, a la Ingold (2011) podríamos decir, a las trayectorias de todos los “finados” que fueron haciendo el lugar. En esa media hora mencionó a Piki, El Caimán, Segundito, Su gran amigo El Mulato que hoy tendría su edad, Zorzal que empezó a “subir para acá” después de que pasó lo del incendio en la ranchada de Albarracín y nadie más bajó, Pedro Curín a quien le vio sus últimos segundos, ambos internados en el hospital, El Pelado Porto, El Mono Roa, Lechón, Gatito, Pérez, el chileno Lushito, Dani Antunao inmortalizado con su poncho y trarilonco en un mural dentro de Emaús, Guerrero, pero no el de ahora, el otro, y Carballo, que tuvo una muerte trágica. Requirió de 15 “finados” para empezar a explicarme un lugar. También mencionó a cuatro “de la calle” que todavía viven pero que tienen sus “largos andares”, “son viejos de la calle ¿me entendés?” y se mostró alejado de quienes hoy pisan la ranchada. Para estar en un lugar de “la calle” hay que “respetar”; y esto incluye, claramente, a los “compañeros” presentes, pero también, a cada “finado” que transitaba por allí. Así, el lugar articula con “fantasmas” (Carsten, 2007) del pasado a través de una “relacionalidad” permanente al interior del grupo que los recuerda y los tiene en cuenta en cada acción. El lugar también se construye al sostener colectivamente esta presencia del pasado en el presente. Estos finados se arraigan en los procesos cotidianos y en el paisaje que es formado por las capas del tiempo y la historia.

La importancia de la historia para la ranchada se encuentra expresada ya, por ejemplo, dentro de su propio nombre. La gran “piedra”, a la cual debe su nombre hace décadas, no se encuentra en el lugar:

La ranchada original estaba como sobre la esquina de Onelli y Chubut. Vos te metías entre el matorral y había una piedra grande y alrededor otras piedras más medianas. Ahí abajo nosotros teníamos de todo, tacho, parrilla, cartones, colchones, todo. Estaba piola el lugar. Tenías lugares con sol, con sombra, no te veía nadie, te podías guardar tus cosas y nadie te las tocaba. Y de ahí, pegado a las rocas, tenías la cancha que corría a lo largo de Onelli, una cancha grande de fútbol 11, a veces hasta se ponía el circo ahí... si un día estábamos en la ranchada... y con un elefante [se ríe]... pero bueno, te estoy hablando del año del arquero más o menos. Y de ahí vos subías hasta acá [Emaús] y estaba la otra cancha de tierra, más chiquita. En el medio todo sendero y te podías meter por ahí tranquilo. Así que había unos por acá, otros por allá abajo, otro por ahí descansando en el medio, en el pedacito que sería ahora la ranchada.

Galindez también me cuenta cómo, con el transcurso de los años, la mayor parte del espacio de la ranchada fue cediendo su lugar. Sobre la parte del terreno que daba a la calle Onelli se instalaron locales comerciales, y sobre la zona que daba a la calle Otto Goedecke se construyó la sede del Hogar Emaús y la Casa Diocesana de Cáritas. Lo que conocí como lo que algunos siguen mencionando como “la piedra” es una

porción que continuó quedando como baldío, producto en parte de su pendiente, que lo hace difícilmente construible. La ranchada fue quedando entre medio y, aunque reducida, continúa siendo central para “la calle” de Bariloche:

Desde pibe este era lugar obligatorio por donde pasar [...] salías de la cancha de acá a la vuelta [Club Estudiantes] y pasabas a la ranchada con los compañeros a tomar algo, estabas muy en pedo y te tenías que tirar en algún lugar a descansar, te venías, acá no te iba a joder nadie. Andabas por la Onelli con sed, pasabas por acá, alguien algo te iba a invitar. [...] Todo esto, esta manzana es y fue como el epicentro para los de la calle. Eso sí, no me preguntes por qué. Lo que te puedo decir es que fue de generación en generación. Antes que yo y los que conocés ya había otros acá. Como que quedó en el medio este lugar... ojo, vos ahora lo ves así [urbanizado] pero antes vos caminabas por acá y no estaba ni el loro. Había árboles por todos lados, retamas... era como una selva chiquita ¿entendés? Tenía un arroyito que pasaba de punta a punta, todo cubierto de árboles, de matas. Vos pasabas por la esquina caminando y no estaba esa casa, acá no veías nada. Acá [en Emaús] veías la cancha nomás y para abajo todas retamas, retamas a patas. Onelli si tenía locales y eso. Pero este lugar más o menos no. Estaba la iglesia, la cancha y ahí se empezaron a juntar acá, a partir de ese movimiento. Esto era tierra de nadie viste... pero de acá te podías bajar a la Onelli a comparar o hacerte unos pesos [me guiña el ojo].

Lo que percibía en cada uno de los momentos en que pisaba la ranchada y me encontraba con una persona que “conocía la calle desde que era todo monte” y lo que en el relato de Galindez quedó concentrado, es que “La calle” se compone por diferentes lugares de memoria, entre los cuales la ranchada es uno de ellos. Esta historia se compone a partir de los lugares que habitaron las personas “de la calle”, “finados” y contemporáneos. Como expresa Galindez, la elección de La Ranchada se dio de “generación en generación”, no es una decisión individual. Así, cuando las condiciones físicas de resguardo empeoraron se mantuvo en el mismo lugar, sosteniendo su historia y sus relaciones. Según él, lo que se transmite de “un compañero de la calle a otro” no son solo los espacios donde estar, sino más bien, el cómo estar allí, los valores:

Ahora hay algunos que no deberían estar ahí. Los “eeeeh tira tiro” [cambia de voz imitándolos, tuerce la boca y hace como si tuviera un arma disparando al aire]. En la ranchada siempre se compartía, si tenías sed, si tenías hambre, lo que aprendí en la calle era que se ayudaba el uno al otro. Acá lo que se está perdiendo es todo lo que era antes (Galindez, 1 de septiembre del 2021).

Entonces, uno en el lugar debe, para que su acción sea interpretada como adecuada, actuar como actuaron los que estuvieron antes, es decir, ser “respetuoso con la gente de la calle, con los que están y con los que no están”. La ranchada para Galindez “es lugar de aprendizaje, de amistad, de valores, de aguantar las adversidades, son lugares que cargan historias, historias buenas e historias malas”.

Para adentrarnos un poco en la vida social de este espacio, podemos dar un promedio aproximado: por “La Roca” circulan a lo largo del día entre cinco y 25 personas formando “junta”. Claro, esto es dependiendo de

las condiciones climáticas y otras variables que puede tener el día sobre las rutinas de las personas que “son” o “están” en la calle. En las paradas de alrededor, circulan diariamente entre 30 o 40 personas. Hay, a su vez, un grupo cercano a diez personas que, durante gran parte de mi trabajo de campo, habituaron la ranchada diariamente. Sin embargo, hay que aclarar que ninguno de estos números son estáticos, ya que, como se verá mejor cuando se hable de itinerarios, también es frecuente que existan, por ejemplo, algunos enfrentamientos y que estos hayan hecho que una o varias personas no asistan por un tiempo. Así mismo realizar “changas”¹⁸, o menos habitualmente conseguir un trabajo fijo, tener procesos de no consumo, ya sean voluntarios o ligados a problemas de salud, pueden dejar desvinculado a algún miembro de manera temporaria o permanente. Se puede decir que dos personas suelen pernoctar en “La Piedra” con frecuencia, pero en muchas circunstancias este número se incrementó. El máximo de personas que observé durmiendo ahí fueron cinco, pero también muchas noches nadie duerme allí. Durante la época invernal las personas no suelen pernoctar en este sitio o lo hacen mucho más discontinuamente, ya que, como intenté plasmar en el párrafo donde describo el espacio, brinda una pésima protección contra cualquier factor climático.

En “La roca”, en el periodo en el que se desarrolló esta investigación, se reunía un grupo compuesto por personas con características diversas. En primera medida, cabe aclarar que no todas las personas que circulan a lo largo del día por esta “ranchada” son “PSC” o que se autodenominan como “de la calle”. Si bien es un lugar central para estos grupos de personas el sitio recibe visitas variadas. Algunas de las personas que forman junta solo “están ahí”, “pasan a saludar”, “a compartir un rato con los muchachos” y continúan su camino a sus casas, a sus trabajos o a hacer las compras. Son vecinos que viven en zonas cercanas a la calle Onelli o que han “bajado del Alto”. También es bastante típico que alguna persona que “está en la calle” y se encuentra pernoctando en el Hogar Emaús pase por este sitio a “hacer tiempo” antes de que le permitan reingresar por la tarde. Sin embargo, los “de la calle” más habituales de este sitio, como Lechuza, afirman que

Acá sabes más o menos a quien te vas a encontrar si andas en la movida de la calle [...] los que andan por Onelli saben subir acá... gente con la que nos ‘junamos’ [conocemos] hace años, pero también algunos traen su junta o aparece alguno nuevo que te sorprende y no le vas a decir que se vaya... mientras ponga para el vino [risas de todos]. No, mientras respete a la gente [recuperando su tono más serio].

Si bien en este lugar hay quienes se consideran habituales, esto no deriva en grupos cerrados. De hecho, los habituales no autoinscriben a ningún designio fijo para definirse como pertenecientes a este sitio, más bien afirman “que andan por Onelli y que también los podés encontrar en La Piedra-La Roca-la ranchada atrás de Emaús”. Un dato importante es que cerca de la mitad de las personas que suelen estar en La Piedra llevan cinco años o más pernoctando en Emaús. También hay dos personas que no se le permite el ingreso a la

¹⁸ El término “changa” refiere a trabajos informales no permanentes que se suelen pagar en el mismo momento que se finalizan. Generalmente se relacionan con actividades de construcción, mantenimiento, jardinería, carga o descarga de mercadería. Muchas de las PSC de Bariloche por su edad y/o condiciones de salud no pueden realizar estas actividades.

institución¹⁹, sin embargo, ellos al mismo tiempo poseen un vínculo prolongado con la institución y pasan la mayoría de los días a buscar alimentos y abrigo. Son estas personas que tienen prohibido el ingreso para el pernocte las que habitualmente duermen en la ranchada. Es así como el contexto del lugar también es un dato a relacionar para entender quiénes son estas personas “de la calle”. La rutina de salir por la mañana para volver por la tarde a la institución para pernoctar o pasar frecuentemente a buscar vianda o ropa genera el magnetismo propio de los lugares con los que uno se relaciona frecuentemente.

Para seguir caracterizando a grandes rasgos el grupo, frecuentan el *lugar* personas generalmente de entre 35 a 65 años, siendo los 50 años la edad promedio. Aquí podemos destacar la excepción de Ñato, el más longevo de los de la calle que, con más de 80 años, pasa algunas veces. En cuanto al género podemos destacar que la gran mayoría son varones²⁰. Cabe aclarar que cerca de la mitad del total de las personas que aquí se reúnen poseen algún certificado de discapacidad, sea mental o física, y la mayoría del resto cobra alguna especie de subsidio o pensión. Volviendo al contexto, cobrar un dinero fijo les proporciona la posibilidad de estar gran parte del día en una *ranchada*, donde no pueden pedir limosna ya que no es un lugar de tránsito. Por último, casi la totalidad afirman “ser de acá”, frase que normalmente significa tanto que son nacidos efectivamente en Bariloche o en parajes rurales de los alrededores y, a su vez, que conocen la Onelli y las zonas donde están hoy estas “ranchadas” y “paradas” desde que “era todo monte”.

Ñireco y “El Faro”

En la zona del Ñireco se destaca “El Faro” como el punto de encuentro principal que, por su parte, presenta características espaciales muy diferentes. Esta es una “parada” ya que las personas que se reúnen acá no utilizan el espacio para dormir. Como veremos, el lugar tampoco posee el carácter de un sitio “de larga historia”, sin embargo, en estos años de trabajo de campo ha sido uno de los espacios en donde las personas “de la calle” más han permanecido.

“El Faro” se encuentra dentro de la Plaza Perito Moreno. El acceso se logra cruzando la Diagonal Capraro o la Avenida 12 de Octubre, entre fuerte ruido a tránsito y bocinas, luego de esperar que el semáforo que le da su nombre²¹, se ponga en rojo. La Plaza completa posee una forma triangular y “los de Ñireco” solo utilizan la punta Este del triángulo. Esta punta se encuentra completamente pavimentada y posee baldosas. Existe un pequeño desnivel compensado con un escalón que separa la plaza de la vereda, dándole forma de margen a esta última. Lo único que destaca dentro del sector de la plaza que utilizan es un conjunto de tres paredes de roca erigidas, supongo, de forma decorativa cercanas al extremo Este. Las paredes que se sitúan sobre el desnivel como delimitando sutilmente la plaza, tienen poco más de un metro de ancho, separadas por esta

¹⁹ Los dos varones han sido expulsados de Emaús por reiteradas situaciones relacionadas a la violencia dentro de la institución, además de no respetar la regla de no consumo en el interior, por lo que no se les brinda pernocte. Sin embargo, se les ofrece vianda, ropa y ducha, así como acompañamiento en trámites y situaciones puntuales, además del propio acompañamiento del equipo de calle.

²⁰ No fue frecuente encontrar mujeres en la ranchada. Sin embargo, Andy, mantuvo por gran tiempo una relación con uno de los expulsados de la institución, y algunas noches pernoctaba en el lugar con él.

²¹ Durante mi trabajo de campo noté que las personas que trabajan en los semáforos, quienes “hacen semáforo”, como pueden ser malabaristas, vendedores ambulantes o limpiavidrios, suelen llamar a los semáforos “faro”.

misma distancia, y aproximadamente un metro y medio de altura. La plaza en sí no posee mayores atracciones. De frente al sector más utilizado se encuentra la estatua de Perito Moreno que observa las escenas desde su pose épica. Detrás de él hay una pequeña zona verde con un par de bancos y árboles donde en contadas ocasiones “los del Ñireco” descansan.

La plaza no presenta demasiado indicio de ser utilizada por PSC. Algunas veces, entre las tres paredes se pueden encontrar tetras vacíos, restos de comida, quizá alguna botella con agua y detergente o un “zepelín” [limpiavidrios] olvidado, de vez en cuando, producto del viento habitual, los envases vacíos son depositados más al Oeste, acumulándose a los pies de Perito Moreno. Las pocas señales de uso tienen que ver con que “los de Ñireco” pasan sus días allí, pero en las noches se dirigen a pernoctar en ranchadas que establecen en otros sitios. Se puede realizar una amplia lista de lugares en los que fueron intentando establecerse durante los años en los que los conocí. Se destacan algunos edificios abandonados cerca de la costa del lago, nichos de bombas de agua, restos de construcciones que parecen haber tenido algún uso lacustre, viviendas semi-demolidas; un poco más alejado de la costa se destaca un colectivo destrozado y sin ruedas que estaba cerca de las vías del tren en el que permanecieron cuatro meses; más lejano aún, un amplio baldío frente a la Avenida Esandi, en el que algunos de ellos rotaron durante distinta cantidad de tiempo; y distintos lugares donde pernoctaron algunos días como el puente del Ñireco, algunos espacios y costas del Arroyo Ñireco y su barda, un container, un galpón de utilería y los baños de un club de fútbol; o cuando en el conflictivo proceso de encontrar y sostener un lugar donde dormir se tuvieron que ir hasta cajeros automáticos en el centro de la ciudad o pasaron la noche en la mítica “cueva del diablo”²². En la mayoría de estos lugares imprimieron algunas modificaciones para lograr dormir de una mejor manera, aunque, en gran parte, según me cuentan, producto de la incertidumbre de no saber hasta cuándo los van a dejar permanecer, no hicieron demasiados cambios para adecuar el lugar. En el colectivo fue en donde más materiales y energías invirtieron: tapiando las ventanas con chapas, arreglando goteras con tachitos colgantes, improvisando camas, mesas, consiguiendo varios colchones y mantas. Por fuera, estableciendo un fogón cerca de la puerta, con una parrilla hecha de alambres y hierro de construcción donde tenían una olla y otros elementos de cocina improvisados. Así mismo, fue el lugar donde más conflictos tuvieron y de manera más brusca fueron desalojados. Los vecinos desarmaron el lugar cortando con amoladoras el techo del colectivo. Además, previo y posterior a esto se sucedieron algunos enfrentamientos con la policía. El conjunto de estos conflictos terminó de desembocar en el abandono del sitio, como sucedió con todos los lugares donde pudieron “acovacharse” para pasar la noche.

²² Es una curiosa edificación sobre la playa del Nahuel Huapi que tiene unos paredones de 20 metros de alto aproximadamente, hechos del más firme concreto. Sobre el medio, en la parte más baja, surge una especie de cubo del mismo material que tendrá unos 6 metros de ancho, por 6 metros de alto, sin paredes en ambos costados pero techado también con concreto que une la pared del cubo con el paredón principal. Desconozco el propósito de la construcción, parece alguna especie de contención anti derrumbes. Algunas de las personas de la calle más ancianas me han dicho que era parte del antiguo muelle que se llevó el lagomoto de mayo del 1960. La cuestión es que en la actualidad este sitio tiene una mística muy negativa, entre la que se dice que varias personas “de la calle” se han suicidado ahí, de ahí su nombre y esto también es parte de tener este lugar como última opción.

Volviendo a El Faro, es claro que en este caso tampoco podemos entender la elección que hacen las “personas de la calle” del sitio de encuentro a partir de las condiciones espaciales en abstracto, ya que en este caso como en el de “La Roca” estas no son las mejores. “El faro”, donde pasan la mayor parte del día, solo cuenta con aquellas tres paredes pequeñas que dan apenas la más mínima protección del frío y el viento que viene del lago y lo mismo aplica al sol en épocas más calurosas, el cual da de lleno sobre esta zona pavimentada. A su vez, si bien la vereda es poco transitada debido a la incomodidad que implica para el peatón el cruce de la Diagonal o la Avenida, este sitio se encuentra muy expuesto visualmente.

La elección de “El Faro” como lugar donde hacer junta parece dada principalmente por el semáforo y lo que este permite. Este semáforo está en un lugar estratégico. Abre la puerta del sector Este de la ciudad y la salida hacia la Ruta Nacional 40, la circunvalación o el aeropuerto, por lo que es frecuentemente utilizado por locales y es paso casi obligatorio para turistas. Muela me explica que “es el mejor semáforo de Bariloche” por la cantidad de gente que pasa y, sobre todo, por ser el que mantiene frenado por mayor tiempo a los vehículos. En “el faro” los de la calle se dedican a limpiar vidrios o simplemente a pasar vehículo a vehículo pidiendo dinero a los conductores. Las rutinas se organizan sobre este espacio, para utilizarlo y retenerlo

Venimos temprano porque si llegás después del almuerzo ahí ya se te llena de malabaristas²³. El otro semáforo que es igual de bueno es el del Km 8, porque ahí anda gente con ‘tarasca’ [mucho dinero] (me dice mientras se golpea la mano con el revés de la otra y se ríe) pero allá andan puros malabaristas. El tema es que se dan cuenta que acá somos más nosotros, yo llamo a mi gente [chifla y agita las manos] y se la pinchamos [mueve las manos actuando como si llegaran personas de distintas direcciones dispuestas a pelear]. Vos sabés cómo es, acá hay que andar siempre peleándose con todos. El faro es mío.

Alrededor del faro también van estableciendo sus redes de relaciones. Es frecuente ver que muchas personas tocan bocina saludando a “los del Ñireco” que se pasan, literalmente, gran parte del día entre gritos y manos en el aire, devolviendo saludos. Afirman que quienes más les dan son los que ven todos los días:

Un día te dicen a la próxima, y uno para pedir tiene que tener... [Hace gestos como si hablara muy simpáticamente] hay que charlarlo al que pasa. Un día vienen a principios de mes y te dicen ‘tomá Muela, hoy cobré’ y te tiran un billete grande, y claro, si nosotros les alegramos el día. Los turistas te dan también porque muchos tienen [frota su pulgar con el índice y el mayor como si contara plata] pero no es lo mismo, saben que se van y no los ves más.

Para entender el contexto, es fundamental aclarar que “El faro” se encuentra alejado de Emaús y también de otras instituciones, como comedores. En esta zona solo hay una institución que puede brindar servicios asistenciales a las PSC que es la Parroquia “de la Isla”, que dependiendo el grupo de voluntarios que van

²³Los “de la calle” suelen llamar “malabarista” a cualquier persona que, a partir de demostrar algún tipo de habilidad pida dinero. Esta destreza puede incluir elementos o basarse solo en el propio cuerpo, es así que dentro de la categoría “malabarista” se incluyen personas que realizan malabares con clavos, pelotas o diábolos, así como también bailarines, mimos, payasos, músicos, etc.

transitando por allí, ofrece o no alimentos y ropa²⁴. “Los de Ñireco” muchas veces dicen con orgullo no necesitar ayuda de ninguna institución, prefieren “caminar la calle, comer de la calle” que acercarse a la parroquia o los lugares en torno a la Onelli que les quedan alejados. Con el paso del tiempo, han conformado vínculo no solo con las personas que transitan sino también con los empleados y dueños de almacenes que les venden vino o cerveza y a veces les dan fiado, también se relacionaron con el personal de una rotisería que les regala comida, así mismo otros locales como pollerías o verdulerías que, en algunos casos, les regalan cosas para que puedan cocinar. También hay vecinos que les compran o llevan alimentos.

El permanecer en este sitio no tiene que ver tanto con historias de “viejos que andaban la calle” sino más bien con sus propias historias. Todos “los de Ñireco” afirman “ser de acá”, en el sentido de ser nacidos y criados en Bariloche o sus cercanías. En este caso podemos comenzar a identificar pequeñas diferencias iniciales en la compleja categoría de “ser de acá” (categoría en la que se profundizará en la Cuarta Parte de esta etnografía). Respecto a lo que expresan en La Roca, acá no se refiere tanto a conocer la Onelli “desde que era todo monte”, sino a “andar los barrios”, la barda del Ñireco y sus esquinas desde “guachines”. Muela me comenta que “se sabían encontrar viejos de calle por el Ñireco, pero ellos solían irse más allá”, pero dice que no compartían tiempo juntos, afirma que “cada quien con su historia, nosotros por acá y ellos por allá”. Al parecer, en este sector no establecieron lazos de memoria con la otra “generación”, “personas que andaban antes” a las cuales mencionaba Galindez para hablar de Onelli. De hecho, para definirse a sí mismos como “de la calle”, suelen diferenciarse, como mencioné en párrafos anteriores, de “malabaristas” y además de quienes están en otros sector, como me dice Iña, “los que andan más arriba, por Onelli, no son como nosotros, los del Ñireco. Nosotros respetamos, estamos unidos, mantenemos la actitud de lo que es la calle todos los días”.

“Los del Ñireco” son un grupo más cerrado y definido que autoinscriben a esta denominación y la consideran identitaria. En calle, suelen ser entre cinco y diez, dependiendo el periodo de la investigación a la que nos refiramos. Hablan de ellos como una familia, incluso afirman tener lazos de parentesco, como el de “tío” y “hermano”, que, cuando uno indaga en sus historias se da cuenta que no son sanguíneos. Respecto a sus edades, estas van desde los 25 a los 55 años. De estas personas, la mayoría habituaron dormir rotando en las ranchadas que mencioné y el resto lo hizo de manera más esporádica. Algunas veces dormían repartidos en lugares diferentes y otras juntos. Dos de ellos tienen casa compartida con familiares siendo su principal sitio de pernocte. Todos los miembros del grupo son varones, a los que algunas veces, similar a lo que sucede en Onelli, se suma la pareja. Solo dos han pasado estancias prolongadas en Emaús, entrando y saliendo de la institución por mayor o menor grado de inconvenientes en relación a mantener las reglas de convivencia mínima que propone la institución²⁵. En “el Faro”, generalmente a la tarde o a la noche también

²⁴ La entrega de ropa fue el aspecto asistencial que más se prolongó en el tiempo en este sitio. Funciona a demanda y según la disponibilidad de prendas, es decir cuando las personas en general se acercaban se les trataba de conseguir algo de su talle y podían o no dar dinero a cambio. La entrega de alimentos y el prestar el lugar para duchas fue más inconstante, o se realizaba solo algunos días a la semana y no enfocados exclusivamente en personas en riesgo o en situación de calle.

²⁵ Al ingresar a Emaús hay, sobre la pared, una lista de las normas de convivencia. Su incumplimiento implica la suspensión de la prestación de alguno o todos los servicios y su reiterado incumplimiento implica la expulsión. Las reglas también son leídas por

se acercan personas a formar junta y compartir vino, cerveza y marihuana, pero ellos no son considerados directamente parte del grupo.

Habitar la calle

En este capítulo se describieron los lugares de “la calle vivida” por “los de acá”. Al buscar transmitir esto me fue necesario ir más allá del criterio objetivo, cartográfico, e ingresar a esta “calle” de “los nativos”. Así busqué recuperar sentidos “otros” acerca del lugar, que en su conjunto demarcan una concepción lejana a la dominante, concepción que se mantiene en las sombras, no consultada y obviada por preconceptos como los de personas que “no tienen y no saben dónde ir”. “La calle”, a través de retículos y filamentos, se comunica, se compone, actualiza y consigue formar redes de relaciones que enlazan distintas personas. Personas que son de la calle y personas que no, atravesando, además, presente y pasado. De esta forma, aunque sufrimiento mediante, “la calle” se hace vivible.

En esta tesina nos encontramos ante grupos de personas que transitan la mayor parte de su cotidiano en “espacios públicos”, pero se empieza a presentar la idea de que estos espacios, por más que mantengan su carácter público, son modificados a partir de su uso constante. En primera instancia lo hacen físicamente. El tipo de uso que recibe un lugar “de la calle” empieza a dejar huellas de acción: tetras tirados, marcas de partidas de taba o tejo en el piso, surcos sobre el suelo que forman caminos, cartones y mantas acumulados debajo de un puente. La mayoría de estas acciones son casi imperceptibles para el ojo no atento, aunque aun así pueden ser tildadas de “sucias”. Pero, cuando son más concretas, como la carcasa de un colectivo convertido en vivienda, suelen posicionarse en los umbrales del conflicto. Esto suele suceder en los casos de los lugares modificados para pernoctar. Lo que tienen en común las modificaciones físicas, sean mínimas o más elaboradas, es que son fácilmente borrables. A mayor acción de las PSC sobre un espacio, mayor y más rápida suele ser la “defensa de este espacio público o privado” que activan distintos actores. Como dice Massey, estos espacios “públicos” dejan a una población urbana y heterogénea el trabajo de ver por sí misma quién va a tener el derecho de estar ahí. El vecino denuncia, la policía acude, el dueño ordena demoler los restos de la vieja construcción abandonada y refuerza los cerramientos. La idea de lo “público” como “espacio abierto”, es para Massey (2005), como mínimo dudosa. Sin embargo, con estas dificultades mediante, los “de la calle” logran “habitar” estos espacios y a partir de allí es que establecen la modificación más importante. Esta modificación que se da a través del habitar es invisible. Su invisibilidad, en lugar de restarle fuerza, la protege, la hace perdurar y la deja crecer; y, de este modo también, se van creando criterios, esta vez no hegemónicos, sobre quién tiene permitido permanecer y habitar allí; criterios que son defendidos con fuerza de ley.

Cuando hablo de habitar me refiero a lo que Segura (2013,2018) considera como un proceso social espacial y temporal de construcción de vínculos con el espacio y con otros actores. El habitar, sostiene Segura, se produce en un -y produce un- “lugar”, un espacio de entrecruzamientos, diálogos y conflictos entre diversos

los operadores al momento de hacerle la admisión a una persona nueva. Las reglas incluyen: no generar peleas. Cualquier tipo de violencia esta prohibida. No consumir alcohol u otras drogas al interior de la institución. Respetar los horarios de ingreso y egreso.

actores a lo largo del tiempo. Por lo tanto, el habitar es condición, objeto y producción de estas relaciones. Se trata de un proceso abierto e inacabado, con sentidos cambiantes, alternativos o en disputa. Las “paradas” y “ranchadas” son lugares practicados, hay que pensarlas a través de la apropiación, actualización y transformación que se da en el sitio (De Certeau, 2000). En las ranchadas se puede percibir a aquel “finado” que siempre pasaba, a los lugares donde se reunían y compartían “como una familia”; hay zonas donde uno sabe a quién se va a encontrar, espacios que brindarán comida, dinero, vino, abrigo, reparo. En este terreno de significados y conocimientos los lugares y las personas se entrelazan y este entrelazamiento, que se alimenta del cotidiano, perdura a través de los relatos de los “de la calle”. La pertenencia existe y permanece en estos sentidos. Muchos de los lugares de “los de la calle” se encuentran en “espacios públicos” -o en espacios “abandonados”-, pero, como venimos desglosando y continuaremos haciéndolo en los próximos capítulos, no cualquiera puede estar ahí, ya que todos los lugares están socialmente regulados de formas particulares. Aunque mis interlocutores expresan que arman sus ranchadas en “tierra de nadie” o “baldíos”, a partir de su presencia van creando reglas que aunque no estén escritas sobre una pared, son palpables e indican quién puede estar allí y quién puede ser parte de la ranchada, según el modo en que se cumpla el requisito de conocer “la calle”. El soy de la calle se conforma a partir de estar en un aquí que no es más que ese entramado de historias yuxtapuestas con las que se construye una identidad (Massey, 2005) y modo de percibir “la calle vivida”. La alta presencia de “fantasmas” (Carsten, 2007) sugiere que las pérdidas son excesivas y que el mantenerlos vivos a través de la “relacionalidad”, es decir de las acciones y recuerdos con los que actualizan esos vínculos con el pasado, es la manera en que estas personas establecen continuidades en espacios que son, por su naturaleza y por el lugar de poder que ocupan, imposibles de predecir y controlar.

Lo tratado acerca de los lugares nos introduce en el próximo capítulo, el cual gira en torno al cotidiano de “la calle” y sus grupos teniendo en cuenta su carácter heterogéneo, pero también para empezar a delinear algunas convergencias. Los “de la calle” no transitan y se detienen de manera anárquica y aleatoria por Bariloche, sino que, desde un “vivir la calle”, tienen rutinas generalmente marcadas. Al actuar en el cotidiano recuerdan y lo hacen a través de lugares que reconocen, lugares sobre los que tienen conocimientos y que, para ellos, también tienen significados particulares. Son personas que poseen una red, no están desconectadas. Esta red se compone de distintas personas e instituciones donde las PSC y las instituciones propias para su asistencia constituyen sólo una parte.

TERCERA PARTE: ITINERARIOS

Entre las risas, el ‘tetra’ y el llanto: Sobre Itinerarios de Calle.

En el capítulo II vimos los distintos lugares y zonas que componen “la calle” de Bariloche. En el capítulo presente veremos las dinámicas de “los de la calle” al moverse por el espacio, creando historias que se volverán recuerdos, haciendo lugar (Benjamin, 2005). Entraré en lo que he denominado como “calle vivida”, donde los cuerpos se mantienen en búsqueda de recovecos de dignidad; a veces, sin la luz necesaria para elegirlos bien, las personas aprovechan los espacios que les quedan disponibles (Grossberg, 1992) y allí se conocen y se enlazan con otras (Bachiller, 2008), compartiendo sus experiencias de habitar (Carsten, 2000; Segura, 2013). Se recibe un contexto hostil, desigual, y se lo devuelve, copiándolo pero con modificaciones. Bajo el radiante sol o la nieve, las personas caminan, surcan las veredas construyendo senderos y circuitos invisibles. Estos caminos una y otra vez pisados, se cargan de risas pero también de llantos; los riesgos que implica transitarlos día a día son innegables pero, al mismo tiempo, es en ese transitar que se vive (De Certeau 2000, Ingold 2011, Massey 2005).

En este capítulo se trata de reconstruir las prácticas cotidianas de los protagonistas de esta etnografía: sus formas de circular y detenerse. Se retomarán las relaciones establecidas en el transcurso de un día entre los distintos actores que transitan lo que denominan “la calle” de Bariloche. Mi foco estará puesto en las personas “de la calle”, en sus “códigos”, como son el “compartir” y “respetar”. A través de ellos y su red de relaciones van tejiendo sus “tácticas y estrategias de supervivencia” (Abduca, 2011, Reyes, 2018) diarias. Sin embargo, como espero quede aclarado a esta altura, “la calle” no se compone únicamente por mis interlocutores principales, sino también de otras partes de la sociedad con las que se relacionan, por ejemplo, vecinos o instituciones. El énfasis en este capítulo, en contraste con el anterior, será diacrónico: atravesaremos los distintos momentos del día y las distintas estaciones del año.

No quiero comenzar a hablar de los cotidianos de estas personas sin compartir primero la dificultad que me supuso la confección de este escrito. La manufactura del trabajo comenzó mucho antes de la propia puesta en papel, recorriendo de punta a punta mis notas de campo y entrevistas desgravadas, entrando en el laberinto de años de cuadernos que contenían relatos de cientos de días e historias que se enmarañaban. Cómo poner un énfasis, en dónde situar el recorte, de qué manera conformar una estrategia expositiva y cuáles podrían llegar a ser síntesis significativas fueron preguntas que me acompañaron en todo el proceso.

Seleccioné un conjunto de situaciones en las cuales, entiendo, se ve con cierta claridad la cotidianeidad del “Compartir y Respetar: los de qué Manera” (correspondientes al segundo diacrítico desarrollado en el capítulo I), retomando la importancia de determinados lugares, “Ranchadas: Donde y con quién” (relacionado al primer diacrítico, desarrollado en el capítulo II). Sin embargo, no creo haber sorteado el riesgo de caer en una simplificación, por lo contrario, estoy convencido de que constituye una. Me gustaría aclarar que las vidas de las personas con las que trabajé son mucho más complejas y tienen muchos más

aspectos de los que yo puedo narrar en estas -u otras- páginas. El siguiente relato se construyó con fines analíticos y expositivos.

Zonas, Itinerarios y Paradas

El capítulo se va a dividir en las dos zonas que fueron descritas en el capítulo II. De manera similar, primero empezaremos con Onelli y continuaremos por Ñireco. Dentro de cada una de estas zonas, cuyos límites son producidos por la interacción urbana y no por barreras visibles (Segura, 2018), los de la calle trazan sus itinerarios. En cada zona seguiremos los recorridos de dos personas. Cada uno de estos relatos empezará desde el comienzo de un día hasta una situación puntual en una parada o ranchada. Acá aprovecharemos el detenimiento de la persona para poder recuperar aspectos que se relacionen con las estrategias de supervivencia y sus redes, el compartir o el respetar: alguna práctica, cierta forma particular de hacer las cosas o de poner en juego un determinado diacrítico. Luego continuaremos con el protagonista del próximo itinerario a describir. Allí volveremos el tiempo atrás e iniciaremos el día nuevamente en la locación donde el caminante del itinerario despierta. Estas historias se irán cruzando, son próximas, están conectadas.

Dentro de las zonas se enmarcan la mayor parte de los movimientos, aunque como veremos, habrá algunos puntos de fuga. Cada uno de los itinerarios representan trayectorias del “ser” de la calle, sin embargo, se cruzarán en su circuito y paradas con personas que solo “están” en la calle, así como también con otros transeúntes, vecinos, dueños de locales y empleados, policías o personal de atención al público. Cómo mencioné en la introducción, fue un desafío la organización de la exposición. Conseguir una situación significativa e hilarla con la siguiente, y luego con otra que también resulte interesante, pasando la posta de un primer interlocutor al segundo para luego poder cambiar de zona, resultó en una suerte de dominó que, por momentos, se hizo difícil de sostener. Con el objetivo de mejorar la comprensión y acotar, y también por una cuestión de anonimato de mis interlocutores, opté por constituir síntesis editadas de trayectorias similares. Todas las situaciones expuestas son reales, en el sentido de que efectivamente sucedieron, pero hay que aclarar que cuando hable de “juan” o de “pablo” espero se comprenda que no se los va a poder encontrar en alguna esquina de Bariloche.

Las situaciones descritas, en su enorme mayoría, corresponden a situaciones que observé. Es a destacar que por fines expositivos mi presencia no siempre está subrayada en el relato, por lo que quiero aclarar que todas las situaciones fueron intercedidas por mi “estar allí” y deben ser leídas teniendo en cuenta la presencia de un varón joven de clase media con estudios universitarios que aparece en un doble rol de operador de calle-investigador, atravesado en todo momento por la práctica antropológica. A su vez, existió una minoría de instancias en las que no pude realizar una observación directa. Aquí me refiero al momento preciso en el que despiertan o al modo en el que pasaron la noche, tampoco pude estar en algunas interacciones puntuales cuando se realizaron trámites. En estos casos, que son una minoría, repuse estas situaciones a partir de uno o varios relatos de la persona que fue protagonista, en algunos casos sumando los de un tercero.

La elección de las zonas responde, en línea con lo que planteé en el capítulo anterior, a dos criterios. Por un lado, a que son los lugares en los que mayor trabajo de campo desarrollé, por otro, a que es en donde mayor cantidad de personas “de la calle” circulan, y acá destaca un tercer criterio, allí están las personas con quienes mayor vínculo formé. A su vez, observé que el clima es un factor fundamental a tener en cuenta para la formación de unas u otras dinámicas en calle. Con la intención de mostrar algunas de estas diferencias, pero limitado por el espacio, opté por relatar un día de comienzos del invierno en Onelli mientras que en Ñireco, pasando al otro extremo del calendario, reconstruyo un día de comienzos de verano. Así mismo, la elección de los itinerarios también busca mostrar cierta diversidad en “los de la calle”. A través de estas trayectorias, centradas en determinados personajes, muestro las distintas particularidades que son parte de la heterogeneidad de este grupo. Como veremos, una de las diferencias centrales es que cada uno de los itinerarios inicia o termina en lugares diferentes, durmiendo en baldíos, en restos de paredes de lo que fueron alguna vez viviendas, en instituciones como el Hogar Emaús o en el hospital, así como también en viviendas. Esta tesina busca ser un aporte a la descripción densa de lo que es la situación de calle, que, en Bariloche, en general está compuesta por la itinerancia y la mixtura de lugares donde pernoctar. Se busca dar cuenta de la diferencia entre encontrarse en situación de calle o en riesgo de situación de calle y el “ser de la calle”. Esta última categoría nativa no depende exclusivamente del pernocte o no pernocte en un domicilio, sino también de prácticas y rutinas (Biaggio, 2014) que son compartidas por la mayor parte de los de la calle, las cuales, al final del capítulo retomaré. Algunos de los criterios de adscripción a este “acá”, sus prácticas y discursos compartidos, serán analizadas con mayor profundidad en una trayectoria ya no diaria, sino de vida, en el capítulo V.

CAPÍTULO III

ONELLI

Las situaciones etnográficas compiladas a través de las cuales seguiremos a dos protagonistas ocurren en un hipotético lunes de junio, un día frío pero despejado de principios del invierno. En esta época, las mínimas suelen alcanzar los cinco grados bajo cero y las máximas no suelen subir de diez grados. Además amanece tarde y oscurece temprano, factores a los que se puede sumar la lluvia, la nieve y el viento.

Héctor

Héctor tiene 47 años. Es morocho, de hombros anchos. A la forma de sus hombros la acompañan sus brazos, sus manos, incluso sus dedos. Lleva una postura erguida. Su pelo es largo y grueso, siempre lo mantiene atado y cubierto por una gorra. Le gusta vestirse con cuero, suele llevar camperas y calzado de ese material. Hace 7 años que duerme en Emaús pero permanece una mínima parte del día en el Hogar. Sale temprano y regresa por las tardes o las noches. Nació en Maquinchao, un pueblo de la línea sur, pero ya hace más de dos décadas vive en Bariloche o parajes rurales más cercanos.

Después de algunas vueltas, se levanta. Está en el Hogar Emaús y son las 5:30 de una oscura madrugada. No es la primera vez que se despierta esa noche. Ya había salido a fumar hace algunas horas y antes de eso, los movimientos del insomnio de otros lo habían despabilado al punto de decidir ir al baño y ver si en la vuelta consigue conciliar el sueño nuevamente. Repite esta estrategia varias veces sin demasiado éxito. Hay habitaciones y camas, pero él prefiere dormir sobre un colchón en el piso del salón con “los nuevos” y los que “arrancan temprano”. Duerme con la ropa puesta. Se saca el par de frazadas de encima y en un movimiento está de pie. Con la mano que empieza a temblar le señala al operador de noche cuál es su mochila y su campera. El desayuno se sirve a las seis pero la abstinencia apura. Sale de Emaús y se dirige a “Estudiantes”²⁶, un baldío que queda a unos 50 metros. Haciendo crujir la escarcha bajo sus botas pasa por un agujero del alambrado y entra a lo que él llama “su ranchada”. Se abre un sendero muy pisado hacia el fondo pero sale de él hacia la derecha. Desde adentro de unas matas de retama agarra un tetra que tenía “acovachado” [escondido, al resguardo] y hace pasar por su garganta con un rápido trago el cuarto de vino helado que le quedaba.

Ahora sí, a paso más tranquilo vuelve a la calle y se dirige a unas cuadras, a “La Panadería”. El sol está lejos de aparecer, pero no es el primero en llegar. En la esquina del local ya hay cuatro compañeros y un vino girando en ronda, Héctor se suma y le acercan el tetra. La charla es pausada y el tetra también lleva ese ritmo mañanero, circula despacio. Se van juntando varios más y se arma la “vaquita” para ir a comprar. La panadería, que es la que le da el nombre a la parada, como toda buena panadería, trabaja desde temprano. Recuerdo que cuando entré por primera vez a la famosa panadería me llamó la atención la impredecible disponibilidad de productos: de frente uno encuentra un mostrador con panificados y a la derecha hay un mostrador, más grande que el anterior, repleto de vino en tetra. Me parecía un detalle bastante llamativo que varias panaderías de la zona vendieran vino y fui encontrando su explicación con mi trabajo de campo.

Llega Ramón al grito de “dios los cría y el viento los junta”, saluda firmemente a todos y mantiene extendida la mano para recibir el vino. Cada vez que llega alguien que todavía no haya tomado, el ritmo de la ronda se debe acelerar o el tetra debe saltar algunos pasos. La charla empieza a promediar la de todos los días: alguna pregunta sobre alguien que “hace tiempo no se ve ni se sabe nada”, algún enfado puntual con un operador “me faltó el respeto ¿a mí me va a hacer preguntas antes de entrar? que estoy en Emaús desde antes que él”. “Yo estuve en cárcel pero por cargarme a uno, no por violín [violador] como debería haber caído ese. Ya nos vamos a cruzar la Onelli y en la calle veremos quién vale más”, alguna anécdota de hazañas pasadas “el Dos de Oro, ese era un buen caballo y este paisano lo jineteó a pelo. Le saqué el invicto²⁷”.

Héctor, que acaba de pasar el tetra casi vacío, interrumpe “bueno a ver si sale la vaca”. Todos deben poner plata para luego compartir la bebida. No suele haber problema si uno pone más y otro apenas unos pesos mientras se aporte algo y se pruebe que no se tiene más. Si la persona no tiene nada debe dar las pruebas

²⁶ El Club Estudiantes linda con el terreno.

²⁷ Se habla de un “caballo invicto” cuando ningún jinete, en el transcurso de las presentaciones de este caballo por las diferentes jineteadas, lo ha logrado montar sin que el animal lo devuelva al suelo.

correspondientes. Normalmente se hace de manera muy teatral, vaciando todos los bolsillos, incluso se puede enfatizar mostrando que no lleva nada tampoco en la mochila hasta recibir una frase como la que le devuelve Héctor “no hay problema, si somos compañeros. Hoy pongo yo, mañana pondrás vos o verás a otro con sed y le convidaras”. Ni en el momento de “la vaquita”, y muchas veces tampoco en el momento de la compra, se aclara que es lo que se quiere obtener: vino blanco en tetra es la opción por defecto, la que no requiere aclaración.

El movimiento lleva cierto ritmo, es leve pero constante: la gente va llegando dando los buenos días, extendiendo sus manos en firmes saludos. En su mayoría vienen de Emaús pero nunca falta algún vecino que se sume a la “junta” desde temprano o aquel que vaya “de pasada, a saludar y tomarse unos tragos para entibiar el cuerpo y encarar los quehaceres”. Los tetras también van llegando, en manos de alguno de los muchachos o a partir de una nueva vaquita. Cuando el vino nuevo llega para unirse a la ronda es entregado al que más dinero puso (si es que esto está claro). Este es el encargado de abrirlo. Es muy frecuente que en este momento la persona se retire de la ronda para ir a buscar un pedazo de tierra donde tirar el primer chorrillo. Algunos, además, luego de tirar el vino sobre la tierra, se besan la mano y señalan al cielo, hacen la señal de la cruz, dicen “para la pacha”, “salud” o una combinación de las anteriores. Después de eso, el vino está listo para unirse a la ronda, girando de mano en mano en una dirección. Si se encuentra con otro tetra en el camino, suelen chocarlo y ambos cambian el sentido. Estos movimientos se continúan hasta que el tetra se termina y cae al suelo vacío o es llevado a otras paradas. Las personas siguen estas trayectorias. Cuando ya no hay más vinos girando, tampoco quedan personas en La Panadería.

La especificidad que mis interlocutores manejan en relación a la temporalidad diaria me parece un tema interesante para ser tratado. Habitualmente imaginaba situaciones de consumo grupal de alcohol u otras drogas sobre todo en momentos de la noche. La noche como el tiempo del consumo, del exceso, de los riesgos relacionados a este, es una idea recurrente en el sentido común. Sin embargo, no es el caso de los “de la calle”. Si bien lógicamente hay otros factores que intervienen en la organización de los tiempos del día, como podemos destacar el clima, no hay que menospreciar el cuerpo en ello. El reloj de muchos de mis interlocutores suele estar condicionado por aspectos corporales que se relacionan con extensos periodos de la vida consumiendo alcohol en contextos de pocos cuidados. La abstinencia se suele manifestar sobre todo en las mañanas, luego de pasar la noche durmiendo, el periodo de tiempo más amplio sin consumir²⁸.

Ñato, la persona más añeja en calle y uno de los últimos en llegar al lugar esa mañana, sumando el cambio que había juntado el día anterior, compra un vino y lo invita a Héctor a bajar juntos a la Onelli. Todavía es de noche pero el cielo empieza a aclarar y el movimiento en la ciudad se intensifica. A estas alturas ya hay muchos “de la calle” ubicados en paradas que podemos denominar como clásicas. Caminan algunas cuadras al ritmo del más viejo, toman algunos tragos y se detienen algunos momentos. Van dando y recibiendo saludos de buenos días.

²⁸ Ya que, como se mencionó, una de las condiciones para el ingreso a Emaús es no consumir alcohol u otras drogas adentro de la institución.

Algunas cuadras después, bajo el techo de La Técnica, Héctor se encuentra con unos conocidos. Se detiene a saludar y Ñato continúa su camino, avisándole que se ven más tarde “arriba, por los Álamos”. Héctor asiente y se pone a hablar con sus conocidos:

- ¿Qué hacen tan temprano y tan lejos de la cama? (Héctor, en tono burlón)
- Bajamos para acá porque el patrón nos pidió que compremos algunas cosas. A las 8 nos pasa a buscar con la camioneta para ir a limpiar un terreno. (Responde su conocido, Ernesto)
- ¿Y ustedes dicen que hace falta uno más? Me vendría bien la changuita... aunque sea por hoy.
- No, para hoy estamos completos. Pero por ahí en la semana... lo que sí podemos invitar algo para calentar el cuerpo (entre sonrisas).

Comparten algunos tragos y se van al encuentro con el patrón. Héctor les explica con la mayor precisión que puede su itinerario: “me van a encontrar acá en la técnica por un rato más. De acá encaro por Onelli para Los Álamos, del lado de la [escuela] de techos amarillos. Ahí estoy hasta media mañana. Al mediodía me vengo a Emaús a buscar la vianda y estaré por La Ranchada de ahí atrasito. Después de eso me encuentran en la Onelli de nuevo, si se pone lluvioso estoy acá o en Elvira y si no, si sigue así, a unas cuadras, en Brown”. Este tipo de descripciones de las rutinas completas constituyen prácticamente un género en calle. La importancia de establecer y hacer conocer los lugares y momentos donde se van a estar radica en que es prácticamente la única manera de ser contactados. Al no tener celular (en general) y/o domicilio establecer rutinas y conocer las de las otras personas suele ser una alternativa.

Mientras se queda tomando el tetra que le dejaron ve llegar al Pepe y la Pepa, los perros de Biscocho. Asume que este está por llegar y a los segundos escucha un “qué haces hincha de River” de Biscocho que le presume el triunfo de su equipo el fin de semana. Biscocho le comenta que iba rumbo al banco y luego a ANSES, a averiguar sobre “un nuevo IFE o algo así, salió por la radio, una ayuda que manda el gobierno”. Mientras arreglan encontrarse luego del mediodía en la ranchada para intercambiar la información en torno a este posible nuevo ingreso, la camioneta con sus conocidos le toca bocina desde la vereda de enfrente. “Se nos cayó uno ¿te sigue interesando la changa?” le dicen cuando se acerca. Tiene el tetra en la mano, hace algunas preguntas dudando si aceptar el trabajo. Finalmente, con vino y todo, se sube a la caja de la camioneta y va al alto a hacer una zanja de unos 30 metros a cambio de unos pesos.

Blanco, Ronda y Vaquita: El consumo y la calle. Usos y costumbres.

Sin ser la intención de esta tesina caer en la estigmatización de los estigmatizados (Garriga Zucal, 2005, Bourgois, 2006), considero importante hablar del consumo y el lugar central que le otorgan mis interlocutores en sus cotidianos. Quizás, en una internalización de ese estigma, suelen afirmar: “estamos en la calle para tomar” (Rodrigo), “el que está en la calle toma y el que te diga otra cosa te está mintiendo” (Pluma). Me interesa aclarar que este consumo, por descontrolado que parezca desde afuera, tiene formas y

regularidades. ¿Qué se consume, con quiénes se consume (y con quiénes no), qué usos tiene el consumo y cómo estas cuestiones se relacionan?

Primero que nada cabe aclarar que hay establecidas fuertes diferencias en las sustancias: por un lado está el alcohol y por otro están las –otras- “drogas”. Ñato un día me dice enfático “¡nosotros respetamos! Nosotros no molestamos a ‘nadien’, la gente nos saluda, nos conoce. Saben que somos de acá. Les damos el buenos días, acá pasan chicos que van a la escuela, mujeres, señoras... ¡Nosotros no nos drogamos!”, mientras sostiene un tetra de vino en la mano que lo agita en alto gesticulando cada vez que quiere reforzar su punto. Para Ñato, y la mayoría de los que están por Onelli, los policonsumos se relacionan con la edad y/o el ser de otro lugar: “la que se droga es la juventud, lacras inmundas que vienen de Buenos Aires y otros lados y se piensan que uno puede andar por la calle así como así, todos piojosos”. De esta manera, el que consume una sustancia diferente es un “otro” y es mejor no reunirse con ellos ya que además muchos transitan el camino de la ilegalidad:

como te digo son malandrines. Mejor que estén de la otra vereda. Si me vienen a hablar, yo no les doy el entre. Están drogados y uno no sabe si te van a pegar o si le van a robar a una señorita [...] vinieron el otro día, cuando Ñanki me vino a saludar, unos malabaristas que paraban con él. Me ofrecieron vino (hace como si se los corriera). Yo no les conocía ni el apellido. Aunque sea vino uno nunca sabe lo que le pueden meter ahí adentro.

El consumo más generalizado es el de alcohol. Particularmente el de vino blanco en tetra²⁹. En proporciones significativamente menores se pueden encontrar vino tinto, cerveza (más habitual en épocas cálidas), petacas de licor, Fernandito o Gancia. Normalmente toman solo una bebida evitando “la mezcla”. También está bastante extendido el consumo de tabaco. Respecto a las personas que utilizan, además de alcohol, otras sustancias psicoactivas, que entre mis interlocutores representan una minoría, encontramos principalmente psicofármacos y marihuana, algunos consumidores particulares de pegamentos y nafta, y en menor frecuencia cocaína y ácidos. La totalidad de las personas “de la calle” presentan, o presentaron en algún momento de mi investigación, consumo que, desde la psiquiatría, podría ser considerado como “trastornos de consumo leves, moderados o graves”³⁰. Algunas veces encuentro en mi propio cuaderno de campo aclaraciones tales como “parecía sobrio”, “no habían consumido esa mañana” y observaciones por el estilo cuyo registro no hace otra cosa que demostrar que los periodos de no consumo son una situación atípica para los “de la calle”.

De cierta manera, las sustancias que se consumen funcionan como patrones de acción que crean comunalización y se relacionan con la conformación de grupos y las zonas donde se establecen las rutinas de estos grupos (Brow, 1990). El consumo en calle, como se verá a través de cada uno de los cotidianos, es

²⁹ Sobre porqué el vino blanco es la bebida preferida, las respuestas que encontré apuntan a distintas direcciones. Muchos señalan simplemente el gusto personal, otros afirman que es “fácil de tomar”, mejores propiedades digestivas, no te deja “en pedo” tan rápido, otros dicen que al contrario, “es el que más rápido se te mete en el sistema”. Algunos cuentan que hace muchos años el vino blanco era más barato y por eso quedó la costumbre. Otros apuntan a que el vino blanco es el que se toma en el campo y de ahí se trasladó la tradición. Se suele decir que como empezaron a tomar eso se les hizo costumbre y ahora “otra cosa no les pasa” (les hace mal al sistema digestivo).

³⁰ Ver el Informe del Hogar Emaús, Di Noto, Flores, Linquiman, Vázquez, 2019.

compartido. “El compartir” es una categoría importante que “los de la calle” frecuentemente me destacan: “en la calle el compartir es todo. Es la misma cosa. Uno no puede estar en calle sin compartir. Uno está con los compañeros, charlando, haciendo chistes para pasar las malas y también viviendo las buenas. Si hay un compañero caído uno lo va a levantar. Le das tu campera al otro si está todo mojado aunque vos te quedés sin nada. Cuando acá hay un cacho de pan va para todos, hasta para los perritos. Donde come uno comen dos y donde comen dos comen tres. La calle es así. Dormimos juntos, tomamos juntos y comemos si hay (Lechuza). Desde lo personal, muchas veces tuve la sensación de que era incluido en el grupo, de haber logrado confianza a través de la charla o el pasar frecuentemente, y segundos después me ofrecían compartirme algo. Al principio siempre me negaba, al alcohol por estar en mi horario laboral, y a la comida o regalos de diferentes objetos para evitar quitarles lo poco que tenían. Mi actitud fue modificada tras recibir los retos de Crike: “No nos desprecies. Vos estás en la calle con nosotros y si querés estar en la calle con nosotros tenés que aceptar lo que te damos porque nosotros estamos aceptando lo que vos nos das. Acá es igual para todos. Te respetamos que no tomes, pero comer comemos todos”. Si bien la lógica del “compartir” se extiende a todas las prácticas de calle, en el consumo se concentra. Se mostró en este itinerario que el vino siempre gira en ronda y se obtiene a partir de sumar el dinero disponible en una “vaquita”. El tetra se señala muchas veces como el elemento aglutinante del grupo, la acción que se comparte: “nos juntamos a tomar”.

El tetra ocupa un lugar central en los cotidianos de los “de la calle”. El consumo es habitualmente señalado como culpable de exponer o sostener a las personas bajo las peores atrocidades. Sin embargo se puede recuperar una visión menos escuchada:

Esto (dice mientras me muestra el vino) me sirve para pasar el día porque uno tiene muchos problemas... me sirve para no acordarme de esos problemas. Me sirve para compartir con los muchachos “vení Nehuen, no andes solo. Vení a tomarte algo con la gente de la calle”. Y así conocí una banda de gente, surgieron tremendas amistades. Porque cuando andás solo en la calle es ‘pior’. Andás mirando para todos lados, te la pasas “espirituado”³¹. No sabés quién te va a dar... ¡porque esto no es para cualquiera eh! Hay que saberla caminar como el que la caminó antes que uno, con respeto, compartiendo con la gente. No hay otra manera. ¡Acá, esta no la pasa cualquiera! Después estás a la noche sin saber si te van a chimanguear o no, que te pateen la cabeza, que te metan un puñal y más encima está el frío. Ahí sí, siempre con el vino entre las pilchas. Igual si tiene cosas malas porque por ahí vos te levantas y te tocas la cara y te sentís golpeado, así todo hinchado y con sangre seca. Ahí te preguntan quién te habrá hecho eso, si gané o si perdí y andás todo así paranoico de nuevo. Después por ahí te cuentan que habías caído solo, entrando a la ranchada. Pero bueno, esto es así, yo sinceramente pienso que todo tiene lo bueno y lo malo. Te caés por el mismo vino que te hace olvidar que te duele.

³¹ Es un término nativo para referir a un momento preciso de la abstinencia. Me explica Galindez “Cuando uno lleva varias horas sin tomar, medio día, un día, uno anda así, espirituado. Te asustas por todo, ves el mal en la gente, pensás que todos te quieren matar, ves un perro y saltas, se te llena la cabeza de malos pensamientos. No podés dormir, no podés pensar, transpiras. De esa salís al toque tomando o sino hay que pasarla. Lechuza, por ejemplo, me cuenta de lo difícil que es dejar de tomar porque ve “presencias”, distintos “espíritus que le quieren hacer algún mal”.

Así Nehuen señala diferentes usos del alcohol como son la socialización y compañía, el olvido, la distracción y las risas, el calor (o la sensación de), el tapar dolencias. En este sentido Nery Filho (2017) propone provocativamente pensar las drogas como “causa o razón de vida”, en lugar de únicamente como “causa o razón de muerte”.

Viruta

Tiene 32 años. Lleva el pelo corto, siempre utiliza ropa oscura y gorros. Tiene varios tatuajes tipo “tumberos”³² repartidos en su cuerpo. La mayoría se concentran en su brazo derecho, ya que es zurdo. Gran parte de los veranos, las primaveras y los otoños los pasa en calle. Tiene familia en Bariloche, el paraje Los Repollos y El Bolsón con los que tiene vínculo, pero solo lo reciben “si no está tomado”.

Los perros salen de su colchón y ladran. Se despierta de un sobresalto y mira a su alrededor. En La Roca, la ranchada de atrás de Emaús, no se ve a nadie, aún es de noche. A unos 30 metros se escucha que les devuelven el ladrido.

“Tranquilo compañero, son los perros del Biscocho”, le dice Volche que se levanta a su lado para mirar, mientras le saca unos cartones de encima, los suma a algunos que tenía caídos a su lado y los tira a las brasas. Sobre ellas agrega un cajón de verdulería y unas ramas gruesas. Mientras tanto Viruta saca “la pistolita” que tenía en la parte interior de su campera, le da un trago y lo invita a Volche, “matalo” [Terminalo]. Volche lo termina, tira la botellita a un costado, donde ya tienen acumulados varios tetras, acomoda las “pilchas” [le dicen habitualmente a las frazadas] y agrega los últimos cartones al fuego. “Durmamos un poco más. Hoy nadie nos va a chimanguear³³”.

Frecuentemente mis interlocutores me cuentan de las dificultades que implica dormir en calle: “Te pasas de frío. Te levanta la helada en la cara, el viento o la pura agua. Por ahí una sola gotera te arruina la noche. Ahí le tenés que mandar al trago para zafarla o sino igual le mandás por la pura sed [se ríe] [...] y el otro tema es que por ahí alguno te puede venir a golpear o apuñalar cuando estás en el piso. Por eso es mejor no empastillarse como hacen algunos pendejos. Por ahí unos te vienen a caranchear, ni te enterás y la quedás ahí” (Coco). Los términos “caranchear” o “chimanguear” se refieren a ataques rápidos, silenciosos y en grupo. Estos ataques se los considera “traicioneros” ya que se realizan en mayoría de número, por la espalda y se pueden utilizar objetos o armas sin dejar al contrincante agarrar nada para defenderse.

Al levantarse y no tener más leña deciden ir a Emaús para pedir abrigo. Mientras esperan se encuentran con Ñanki que sale de ducharse y espera en el portón, como cada mañana, su medicación de salud mental. Ñanki es de las pocas personas que pasa la totalidad de los días en calle, él tiene “su ranchada” en la zona centro.

³² Tatuajes “a pulso”, hechos sin una máquina de tatuar. Se los asocia a la cárcel, ya que muchos se realizan ahí.

³³ Acción de realizar un ataque sorpresa y “a traición”. Se utiliza indiferentemente “chimanguear” o “caranchear”. Ambos términos tienen sus orígenes en aves rapaces de la zona (chimangos y caranchos). Entiendo que se hace una relación con el ataque que dan estas aves ya que es en grupo, sobre una víctima que se encuentra sola, de sorpresa y veloz.

Les traen el abrigo, Volche lo agarra, lo prueba y se empieza a retirar pero Viruta pide una campera más. Lo que despierta las risas de Ñanki.

-Ay que frío (le dice en tono agudo mientras cierra las piernas cerrando las rodillas) ¡Un hombre de verdad se arregla solo *peñi* [hermano en mapudungun]!

-No me digas *peñi* que no soy ningún hermano tuyo. Eso lo decís ahora después de darte una ducha calentita adentro de Emaús (le responde Viruta que tiene totalmente prohibido el ingreso, mientras Ñanki solo puede pasar a ducharse. Además agrega algunos insultos)

-Si no tengo ducha no hay problema, me hago un baño polaco en mi ranchada ¡Soy mapuche, me la aguanto! (agitando su mano, pecho inflado mientras se mueve por el espacio acercándose y alejándose) cuando está así más o menos frío como ahora, porque esto no es frío, duermo sin remera, en calzones. Me saco todo y me meto ahí entre las pilchas. La lluvia y la nieve no me tocan porque soy mapuche.

A Ñanki le acercan su medicación y le piden que se calme. Viruta, ante el desafío, termina rechazando la campera que le traen, da media vuelta y se retira con el Volche. Deciden ir a la ranchada de Los Álamos para “ver cómo andan los viejitos”. En la tarea aparentemente simple de trasladarse de un punto a otro, se juegan conjuntos de conocimientos y competencias “de calle”. Por ejemplo, deciden subir por Elordi en lugar de por Onelli para no cruzarse con Ñanki que luego de Emaús suele andar por la Onelli acompañado de “su gente”, con la que tienen “pica” [enemistad] y se puede “pudrir”[armar una pelea]. Cuando pude caminar con algunos de ellos en grupo pude ver que estas decisiones parecían ser tan obvias -por donde ir para no cruzarse o encontrarse con tal o cual persona- que no eran consultadas en el conjunto. Repentinamente se doblaba en una u otra esquina, el saber estaba implícito. Caminando con ellos, para hacer trámites generalmente, sentí que entraba en otra óptica. Por poner un ejemplo, un día fuimos a tres bancos para realizar un trámite con Volche, y Viruta nos acompañó. Atravesamos la ciudad a buen ritmo pero no por ello se les escapaban detalles: muchos cigarrillos a medio terminar, monedas, billetes, incluso objetos pequeños como un aro o un autito de juguete fueron recogidos del piso a nuestro paso. Algunos tachos de basura se seleccionan y revisan mientras que otros eran ignorados. Al pasar por afuera de una chocolatería patearon levemente las bolsas de basura para comprobar su peso y hacer un escaneo al paso. Al notar que yo había detectado el movimiento se ríen cómplices y Volche me cuenta que habitualmente iban a buscar los chocolates que tiraban ahí “por estar en la vidriera o por tener fea forma, no sé. Cuestión que nosotros los agarrábamos y los vendíamos baratito por ahí a las señoras, contentas quedaban si tenían bombones, formitas y de todo. A las señoras de barrio les vendíamos sí, porque las chetas de por acá hasta ticket te piden.” Además se encontraron aparatos que podían tener cobre u otros metales para “cirujear”³⁴. A su vez, con cinco palabras y en el mismo movimiento con el que se da un saludo a un conocido, consiguieron algunas pastillas (psicofármacos) “unas ‘Ñanki’ les digo yo, para el vino de la noche” me aclara Volche, que suele preferir explicitarme las cosas de más. Ante estas llamativas facilidades, contrastaba el desempeño a la

³⁴ Actividad de buscar en la basura cosas que puedan ser útiles. También se le llama así al proceso de convertir estos objetos encontrados en algo de valor, por ejemplo separar el cobre del plástico para poder vender el metal.

hora de realizar trámites “sencillos”. Aquella vez, la complicación para recordar una clave o una entidad bancaria, el trato con el personal, la dificultad para leer un texto, para manejarse con números o interpretar el funcionamiento de un cajero automático, sumada a la baja capacidad de espera, nos mantuvo enredados en complicaciones toda la mañana.

Ya en Los Álamos comparten una charla sentados en el pasto con Ñato, Toto, Tito y El Flaco. Este último es puestero de una estancia en Cuyín Manzano, a 80km de la ciudad, y viene cada algunos meses a realizar trámites y compras. Me cuenta que siempre que viene a Bariloche se instala en Emaús para “visitar a las amistades. A veces vengo por una noche o dos y la calle se me hace larga, vuelvo a la semana al campo”. En el transcurso de la charla sale el sol y empieza a calentar un poco el cuerpo. Se quedan dormidos. Un buen rato después el sobrino de Ñato está despertándolos, preguntándoles si están bien. “Sí, estamos descansando nomás. Yo lo cuido al viejo, vos no te preocupes”. Se ríe Viruta y le ofrece vino. “Me había preocupado porque desde abajo lo había visto a este solo. Es que nunca se sabe, más de un susto nos has dado Ñatito” le dice mientras le da unos tragos al vino y lo devuelve. “Bueno, cuidense, me voy para casa. Pasate Ñato si querés después. Ahí voy a estar”.

Viruta se da cuenta que Volche se levantó en medio de la siesta y siguió su camino. Se queda compartiendo con Ñato, Tito y El Flaco un poco más. Después El Flaco decide “irse acercando a Emaús” y Viruta lo acompaña hasta La Roca. Arreglan encontrarse a la tarde con Ñato antes de que le den la entrada a Emaús. Bajan por Onelli con “la calle limpia” [sin encontrar ninguna parada activa] y llegan a la entrada de la ranchada. Cuando El Flaco se está por ir para Emaús, desde La Roca le gritan desafiándolo para jugar a la taba.

En la ranchada está de nuevo el fuego prendido. Volche y Héctor cocinan un pedazo de carne en una parrilla que improvisaron con algunos alambres mientras Lechuza juega a la taba con Rafa. Cocinar en las ranchadas no es lo más habitual. Esta vez se sumó la circunstancia de que Héctor había hecho unos pesos en su changa y Volche consiguió que le donaran un poco en una carnicería donde trabaja un pariente. “Ahora faltan dientes para comer nada más” dice El Flaco entre risas.

Mientras se iba abriendo la charla la taba seguía y se jugaba por plata. La dinámica de estas apuestas es extraña porque el que va ganando cuando quiere comprar vino propone armar la “vaquita”, pero muchas veces se encuentra con que él es el que más plata tiene que poner ya que el resto ha perdido toda su plata en el mismo juego del que la obtuvo él. “Apostamos más para ‘güeviar’ que otra cosa” me dice el siempre sonriente Lechuza, que es el más habilidoso si de taba se trata. De hecho es el dueño de la taba, llevándola de acá para allá y guardándola cuidadosamente en Emaús todas las noches. Lo que es seguro es que el intercambio fundamental no es el monetario. Lo ganado por Héctor en la changa, algunos pesos de la pensión de Chavo y de Lechuza, lo que juntaron pidiendo Viruta y Volche, sumado a alguna cosa que le dieron “de fiado” se comparte en el mismo pozo común.

Viruta busca en su mochila un dibujo: el Gauchito Gil aparece arrodillado frente a la muerte. Me cuenta que se lo quiere tatuar en el brazo para tapar el tatuaje del nombre de su hija. “Si total no la veo más”, me explica,

“tampoco la voy a ver. La tienen en un hogar y no sé ni dónde. Su nombre es mapuche. Significa estrella, así que la veo todas las noches”. Se había abierto un espacio melancólico, pero interrumpe todo esto con un estallido de risa. El Flaco se intenta parar y cae sobre el colchón. La apertura de sentimientos profundos y su repentino viraje a un nuevo estado de ánimo son una constante en las ranchadas.

A El Flaco le habían atado entre sí sus altas e impecables botas de cuero. Las bromas, muchas de humor físico, son frecuentes en “calle”. De un chiste se fue pasando al otro. A El Flaco, cuando se intentaba desatar las botas, Rafa le toca las piernas, actuando que eran pareja. En simultáneo Viruta y Héctor empezaron a fingir pelear entre ellos por motivos que no llegué a percibir. Se ponen en posturas erguidas, y chocan pecho con pecho mientras se insultan y comienzan a hacer algo parecido a una payada, desafiándose: “[...] siempre mi padre me dijo, para el amigo la mano, y para el otro el cuchillo”. Mientras dice esto, Héctor toma distancia y pone su mano en la cintura, mostrando el mango de ‘la faca’. Volche, que estaba charlando a mi lado, le grita a Héctor “mirá que no sos el único que anda calzado acá eeh, si tenés un problema con el Viruta arréglenlo como hombres, a las manos nomás”. La situación termina diluyéndose de nuevo en bromas, hay un apretón de manos y ambos terminan admitiendo, como si fuese una señal de paz, que respetan al otro. Luego la situación se destensa a tal punto que incluso Viruta termina usando el cuchillo para jugar a la taba.

En ese momento llega Biscocho acompañando a Ñato. Si bien habla bajo, el más longevo logra hacer que todos lo escuchen y se reúnen a su alrededor. Invita a recordar y a reflexionar “Tengo ochenta años y todos me conocen. Somos todos bariloenses, paisanos bien de acá que andamos desde que era todo monte esto, alrededor de las rocas nos sabíamos juntar. Siempre acá se compartió el vino, siempre si a uno le sobró le dio al de al lado. Si uno no anda más [en la calle] cuando pasa deja una buena moneda. Te voy a contar una historia (refiriéndose a mí). Les voy a contar una historia (hace una pausa) en la calle Vilcapugio y Onelli había un bar. Yo estaba ahí, ese día estaba lloviendo. Caía torrencialmente agua. Y entra el finado ‘cara de mamo’, como se lo conoce al Raúl Huentena. Él entra muy borracho al bar, muy borracho estaba. Cuestión que pide un vino. El encargado piensa ‘este borrachín otra vez’ y no le sirve vino, le da un vaso de agua. El tipo lo toma, a las dos cuerdas... se muere. La calle y el alcohol van juntos. Y el alcohol y los compañeros lo mismo. La gente de todas partes, de todas partes sabe venir acá. Hay que enseñar respeto entre nosotros, el respeto es lo más sagrado. La calle es cosa simple. Si respetas te respetamos y si no respetas está todo mal. No vas a ser bien recibido por nadie”.

“El respeto, el respeto es lo más sagrado”

Las dinámicas en las ranchadas y en los distintos espacios de la calle son múltiples: juegos, apuestas, bromas, historias profundas, confesiones, enfrentamientos, “broncas de años”, abrazos, compartires, reflexiones. De alguna manera, todas estas acciones los “de la calle” las suelen medir en torno a la presencia o ausencia de “respeto”. Bourgois (1995), en las calles de New York, trabaja con vendedores de crack e identifica la importancia y centralidad que también allí adquiere el respeto. Sostiene que este tiene un gran rol en la organización de las interacciones personales. En relación con este aparecen las cuestiones asociadas a las características propias de cada persona, que son calificadas de acuerdo a un determinado valor social,

entre las que se destacan la edad y el género, pero también a diversas actitudes y acciones que tienen que ver con la autonomía y la autoafirmación. Marcela Tomas (2020) trabaja en el penal de Bariloche con personas privadas de su libertad donde también aparece el respeto en un lugar importante, asociado fundamentalmente al hecho de “tener códigos”. Sin embargo, explica que, si bien es enunciado constantemente, las más de las veces se dejan sus principios tácitos. Florencia Adorno (2019), quien también realizó su investigación en torno al penal de esta ciudad, señala que “ganarse el respeto” de los demás es una preocupación constante de los internos. En este sentido, realizar prácticas consideradas feminizadas, así como cosas de “guachín” [joven inexperto], implica el riesgo de perder el propio honor y prestigio.

Encuentro interesantes puentes y coincidencias entre lo que plantean estos autores y lo que sucede en las calles de Bariloche. Las personas, entonces, van obteniendo respeto en base a la evaluación que los demás realizan en torno a sus acciones. Además de esto, hay determinadas características que, valoradas por el grupo, devienen en sí mismas en formas de “mostrar respeto”. Por ejemplo, Ñato es respetado por ser el más longevo, lo que se puede notar en sostener el silencio y la escucha cuando habla; Lechuza también lo es, pero por sus habilidades demostradas con la taba, es decir por sus actos presentes.

Como señala Tomas, el respeto confiere cierta autoridad a las personas. Para ser “el capo del pabellón” se requiere, centralmente, respeto. Este muchas veces se obtiene a partir del uso de los cuerpos expuestos a peleas, o enfrentando riesgos sin temor, con actitud de “aguante” (Garriga Zucal, 2005). Tomas sostiene que este aspecto se encuentra habitualmente señalado en los trabajos académicos (en el próximo capítulo me referiré a las violencias en particular), pero que, además, existen actitudes corporales en relación a establecer vínculos y grupos de pertenencia que son menos vistosas pero importantes para el prestigio. En este sentido, el respeto se entrama con lógicas de cuidados y solidaridades. Así, por ejemplo, Lechuza también es respetado por su actitud de “compañerismo” al elegir compartir sus ganancias para la “vaquita”. Héctor y Viruta prefieren no enfrentarse porque ambos “se tienen respeto”, que en este contexto, además de significar que se considera al otro un digno oponente, puede leerse a través de ideas de afecto y lealtad, “no lastimarse” por “los años compartidos”. El respeto tiene que ver con las personas y con la manera en que hacen las cosas, que en su conjunto resultan en cierto prestigio.

Muchas veces, buscando respeto se puede llegar a enfrentamientos: “a esos pendejos a los bifés [golpes] hay que enseñarles a respetar” (Raúl). Pero también el respeto se puede obtener del compartir. Esa misma tarde en la ranchada, cuando Biscocho vió que “bajaron las cotorras”³⁵, invitó a Viruta a ‘allegarse’ [quedarse como invitado] en su precaria casilla “porque lo respeta y porque él [Viruta] sabe respetar”.

El respeto puede ser una manera de agrupar. Frecuentemente aparece como una categoría del “nosotros los que respetamos”, frente a otros que no lo hacen. Para enfatizar a quienes se respeta se suelen utilizar términos de parentesco, como tío, primo, hermano, como cuando Viruta, le dice “papá” a Biscocho. Las

³⁵ La presencia de “cotorras” (aves también llamadas cachañas) en la ciudad anticipa una nevada, como una suerte de pronóstico natural.

cuestiones de los parentescos reforzando el respeto también son resaltadas por Tomas y Adorno en el penal y por Bourgois en Harlem. Estas relaciones de respeto, si bien pueden ser frágiles, muchas veces permiten atenuar la vulnerabilidad, fomentando las cooperaciones, y ayudando a determinar consensos en torno a las cosas consideradas buenas o malas, ordenando maneras de comportarse.

Bourgois afirma que lo que hacen los vendedores de crack no es algo “anómico”, sino que, por el contrario, son productos de una sociedad que utiliza los medios que les quedaron disponibles para intentar conseguir lo que todos quieren: respeto. En un sentido similar, entiendo que los “de la calle”, en los territorios que les fueron dejando disponibles las diferentes maquinarias (Grossberg 1992, 1993), están construyendo moradas de dignidad. Si gran parte de la sociedad los estigmatiza, el esfuerzo se posiciona en sus pares y cercanos, “teniendo respeto” y buscando “ganarse el respeto en calle”.

CAPÍTULO IV

ÑIRECO

Las situaciones etnográficas compiladas a través de las cuales seguiremos a dos protagonistas de esta zona ocurrirían un hipotético miércoles de diciembre, un día despejado de verano. En esta estación también suele haber amplitud térmica, lo que lleva a las temperaturas por las noches alrededor de cinco grados y durante el día a máximas que pueden superar los 25 o 30 grados. Los días son largos, el sol es fuerte y no son frecuentes las lluvias.

Raúl

Tiene 53 años pero aparenta algunos más. Su pelo es mayormente gris y su rostro arrugado. Tiene ojos claros que hace algún tiempo destacan por lo amarillento³⁶. Es delgado y está un poco encorvado. Usa botas altas de cuero, bombacha gaucha y, algunas veces, completa su vestimenta con boinas o pañuelos. La ropa rural suele estar entremezclada con remeras y buzos con cierre, y con gorras o jeans. Sobre la parte del cuerpo que le queda descubierta exhibe algunas cicatrices y también tatuajes “tumberos”. Nació en un pequeño paraje cercano al río Limay y su vida la pasó entre esos y otros campos, en casas y calles de Bariloche. Raúl también estuvo por distintos penales de la Patagonia.

La enfermera le hace el cambio de suero. Cuando ve que Raúl se despierta, le hace un gesto señalándose el ojo y le dice “Todavía te tenés que hidratar bien. No nos hagas renegar hoy por favor Raúl”. Raúl asiente con la cabeza. Había llegado con un cuadro diagnosticado como situación hepática complicada, sumada a una deshidratación y malnutrición. El médico ya le advirtió por segunda vez: “si usted toma se va a morir. Su hígado es carne picada. Debe comer bien, variado y tomar mucha agua”. Hace seis días está en el hospital, cuatro de ellos los pasó atado a la camilla y con medicación contra la abstinencia que tiene un efecto sedante. Estas medidas se utilizan con algunas personas con el objetivo de sostener un tratamiento.

³⁶ Los problemas en el hígado suelen generar coloración amarillenta en los ojos y la piel, se los asocia a “males del alcohol”.

Pide ir a fumar. Le dicen que espere al menos a que se termine el suero. Insiste algunas veces. Se quita la intravenosa. La escena se empieza a volver tensa. Hace chistes, aplica leves amenazas, se queja de su situación hasta que consigue que lo dejen. Sale al patio interno y fuma los cigarrillos que le quedan en la caja que le dieron sus hijas en las visitas de los días anteriores. Aplasta con su bota el último y tres minutos después está afuera del hospital pidiendo otro cigarrillo. Raúl ya no es un *flaneur* (Benjamin, 2005) solo en el Ñireco, sino que, en este último tiempo, le ha tocado aprender de cada baldosa del hospital. “Escapar”³⁷ le es cada vez más fácil ya que conoce todos los recovecos, a cada enfermera, a cada especialista, a cada policía, personal de maestranza o administrativo; y escapar también es fácil porque cada vez se sostiene menos el esfuerzo por detenerlo.

Se dirige directo al Ñireco. Llega al Faro y todavía no hay nadie. Por la posición del sol estima que deben ser cerca de las siete de la mañana. Continúa. Mira los senderos que van hacia abajo del puente. Decide no bajar ya que no hay huellas recientes de personas o perros. Se desvía en la esquina siguiente. De adentro de unas enredaderas que dan a la calle saca su campera que había dejado guardada allí, en el hospital había dejado su abrigo. La mañana todavía no calienta y el cuerpo está débil. Sigue hacia la parada de Trevisan. No hay nadie. Patea un tetra que había quedado contra la pared pero sin suerte. Con dificultad sigue hasta “Giglio”,³⁸ no hay novedades por ahí tampoco. Teniendo en cuenta la hora que calculaba que era, decide, en lugar de ir hacia la parada del supermercado Todo, tomar la dirección opuesta. Por un pasadizo cruza las vías, respondiendo saludos de algunos empleados ferroviarios. Gira hacia la derecha, luego hacia la izquierda dos veces y un par de cuadras más adelante llega al lote. Entra por un agujero en el alambrado que está rodeado por carteles de “Terreno en venta - excelente fracción con vista”, “Inmobiliaria vende, 50 metros de acceso a la costa del lago”. Al fondo hay una casa, o más bien lo poco que queda de ella: manchones de matorral se mezclan con el suelo que conserva algunos cerámicos. La mayoría de las paredes ya no están. Solo queda un rectángulo, lo que debió ser un pequeño baño sin su puerta y, sobre él, dos paredes del piso de arriba. Raúl se acerca y patea un chapón que estaba apoyado contra un pedazo de pared sobreviviente. El ruido provoca algunas vueltas de Muela e Iña que se encontraban adentro.

-¿No van a salir a recibir a su tío? Muevan esos cuartos traseros manga de vagos que ya deben ser las siete o si no se van a levantar al menos díganme donde tienen el vino.

Iña salta desde lo que queda del primer piso con vino en mano en una maniobra que tiene bastante practicada. Muela quita las mantas y placas que tiene de puerta improvisada. Se abrazan afectuosamente y se saludan a los gritos.

³⁷ Utilizo el término “escapar” porque mis interlocutores suelen referirse de este modo a sus frecuentes salidas del hospital sin recibir el alta. Sin embargo vale aclarar que entiendo que el término no es del todo correcto ya que un hospital no es una institución de encierro y, por lo tanto, legalmente no pueden detener a nadie que quiera abandonar la institución si esta es su voluntad.

³⁸ Otra parada que, como la mayoría, recibe el nombre de un local que hace años está en su cercanía y actúa como punto de referencia.

-¡Nos tenías preocupado tío! Qué bueno que apareciste. Nos habían dicho que te tenían internado y que no te dejaban salir.

- Me van a tener encerrado a mí. Si para eso tuve la cárcel. Allá en Esquel, alejado de todos en una celda solo por meses que no me dejaban ni lavar los calzones ni ver el sol. Pero no, conmigo no. Nunca más (niega con el dedo mientras hace una pausa para tomar vino). Ustedes saben cómo soy, me dicen que no me puedo ir y ya ando como un potrillo tirando patadas a todos lados. Bien indio soy. No soy malo paisano pero me ponen malo. Me dicen que si estoy con esto (le da un trago más al tetra, mostrándolo en alto mientras lo devuelve) no camino más. Pero yo soy paisano de estas calles y me crié andando.

Mientras Muela se mantiene serio, Iña hace un leve intento por hacerlo repensar, pero Raúl lo interrumpe abruptamente

-Mi vida ya la tengo hecha paisano y de algo hay que morir (y le da un profundo trago al vino).

Viviendo pero al límite – Al límite pero viviendo

Los cuerpos en calle suelen estar expuestos a condiciones sumamente impresionantes. En lo personal desconocía tales posibilidades de resistencia humana. Si bien el riesgo y la vulnerabilidad son permanentes, hay periodos en los que el cuerpo es llevado al límite. Lamentablemente en muchos casos ese límite es sobrepasado.

La consulta al sistema de salud solo se hace cuando el cuerpo no puede funcionar más. El “no poder caminar la calle” tiene que darse en su sentido literal. El dolor debe ser tan insoportable o la imposibilidad de moverse tiene que ser tal que ya no se pueda sobrellevar el cotidiano. Muela me cuenta “yo tengo que estar en las últimas de las últimas para ir y cuando voy es para caer internado unos días hasta reponerme”. En la misma línea me expresa el Volche: “un par de veces me tuve que internar pero porque no me quedaba otra. Y ahí yo sé cómo es, chupo suero unos días y ni bien puedo me los arranco. Si me intentan frenar salto por la ventana, no me importa nada”.

Si bien se suelen compartir consejos entre mis interlocutores, los que podemos entender sobre la lógica de cuidados, en general todo termina recayendo en la “voluntad” de la propia persona. “Lo agarramos al paisa entre todos y le dijimos: ‘vos no tomas más. Ya te dijeron los médicos. Si la junta te viene mal, si no nos tenés que cruzar hasta que te mejores nosotros te entendemos. Guardate con tus hijas, pasá tiempo con ellas y no tomes ni una gota que ahí te tienen cortito’, porque las hijas son bravas. Le dimos los consejos y él sabe que puede hablar con ustedes, que puede hacer esto o lo otro... Pero es un retobado. Yo le dije las cosas como son, se lo digo una vez, yo le digo, te lo voy a decir una sola vez. Si él me escuchó y ya está. Es perro viejo. Va a morir en la de él porque es más fuerte lo cabeza dura que es que su voluntad de dejar de consumir” me expresa Muela una de las tantas veces que le planteo mi preocupación por Raúl.

La muerte pasada o futura, propia o del compañero, es tema de conversación constante y hay buenos motivos para que lo sea. Una mañana nos encontrábamos con Raúl, Iña, Nehuen, Vela y Mauricio,

conversando de la vida. La charla había pasado de lo angustiante, la preocupación por la salud de Raúl, al intercambio alegre. En un ida y vuelta de chistes, Iña toma la palabra, se le traba la voz, los ojos se le van hacia arriba y cae apoyado sobre Vela. Nos reímos pensando que era otra broma. Justo estábamos hablando de cómo estaba, que lo veíamos con temblores y le estaba costando comer hace varios días. En el siguiente segundo se desploma totalmente, el cuerpo tiembla descontrolado, los ojos blancos, la nariz estalla en sangre y de la boca emanan extraños sonidos, vómito y más sangre. Mauricio es el primero en pronunciar palabra, grita “¡No! ¡Otro más no!”. Los rostros de todos se transforman, el resto corre a buscar ayuda, llamo a la ambulancia. En principio Iña no accede a ser atendido, finalmente lo convencemos pero no así de ser trasladado al hospital. Cuando la situación se estabiliza un poco, uno a uno van soltando el llanto. “Pensamos que te nos ibas changuito” (Vela) “cuando te vi caer para atrás se me cruzó el Pantera [otra persona en situación de calle fallecida] por la mente, caíste así como el finado y dije ‘no, se nos va el Iña tan joven no puede ser’” (Raúl) “el susto que nos diste, si yo salí corriendo hasta la calle, parecía un loco. A parar a la policía, a Gendarmería, prefectura el que venga, no me importaba nada. Si no teníamos el celular del Equipo de Calle no sé cómo íbamos a hacer” (Nehuen). Acto seguido, Iña le quita dramatismo a lo sucedido sin siquiera lograr recordarlo e insiste en “seguir caminando”, afirmando que ya se encuentra bien. Incluso, para confirmar completamente que no necesita atención, regresa trotando al lugar de los hechos para recuperar su bufanda ensangrentada y lavarla en el río.

Cuando la preocupación estaba acentuada en uno de los miembros del grupo, la emergencia estalló con otro. Iña es el más joven y uno de los que más cuenta con otros lugares donde parar además de la calle. Esta situación, por supuesto, recuerda la idea de que la muerte les puede llegar en cualquier momento, pero es la continuidad de situaciones donde la vida parece quedar al borde y lo que hace de la muerte una compañera en los cotidianos. En mi trabajo de campo he presenciado principios de hipotermia, ataques de epilepsia, brotes, desmayos, sangrados nasales que no cesan, presión alta, vómitos con sangre, caídas, golpes en la cabeza, atropellos de vehículos, y esto mencionando solamente lo que suelen relacionar con “lo que te puede pasar por andar tomando todo el día”. Se pueden sumar las acciones que te pueden realizar otros, y a estos posibles peligros, que ya son suficientes, agregar también el terreno de los probables, los imaginados.

Las situaciones traumáticas, propias o de cercanos, suelen tener el impulso de hacer tambalear los cotidianos. Esa tarde, Nehuen me habló de sus intenciones de internarse en alguna comunidad terapéutica, fue la primera vez que escuché a Mauricio proponer reencontrarse con su familia y pedirles trabajo en el campo, incluso Vela estaba inspirado y decía que después de “andar bien y laburando, iba a salir a hacer lo que hacía el Equipo de Calle”. Las alternativas que se plantean suelen ser drásticas, un giro total. No se suele plantear una regulación o un cambio paulatino y todo esto, de nuevo, se basa en la iniciativa individual, la “voluntad para cambiar la historia”. Tampoco se suele tratar de reducir riesgos y daños, por ejemplo alimentarse con mayor regularidad o beber líquidos sin alcohol. Cuando los volví a ver unos días después, la preocupación únicamente estaba depositada en el otro, en este caso era Iña el apuntado: “no lo vamos a dejar

tomar. Si lo vemos con un tetra lo cagamos a bifés”. Finalmente, al “recuperarse” Iña, o sea al poder su cuerpo aguantar los cotidianos, me hacen una escena de rectificación de su decisión de vida:

Una semana después del ataque de epilepsia de Iña, en ronda hablaban entre ellos a mi lado, mientras yo hablaba con Raúl.

-Yo personalmente estoy así porque yo quiero (decía Iña a mi lado). Yo tengo mis manos sanas. Mis pies sanos. Puedo trabajar, puedo hacer lo que yo quiero. Me gusta esta vida. Sin compromiso. En mi casa los otros días me estuve quedando, no tengo que trabajar, no tengo que hacer nada.

- ¡Mi vida es así! (grita Muela exaltado). Tranquilo, piola. Tratar de ayudar a la gente en lo que más necesita. Lo que yo, lo que a mí me ha quitado la vida, ahora que estoy un poco mejor, lo trato de dar. Tampoco me corro de... sí ustedes están así compartiendo algún trago me voy a hacer el otro.

A lo que yo estoy denominando como “falta de cuidados” en relación con a la alimentación y la hidratación, se le podría agregar la negación a consultar en el sistema de salud. En línea con el sostenimiento de ciertas prácticas y las intervenciones abruptas, al hospital se acude para internarse o no se acude. No hay iniciativa para realizar consultas previas o preventivas. Este conjunto de cuestiones que llevan los cuerpos al límite son sumamente complejas y, para entenderlas, es fundamental contextualizarlas. Ir a un hospital implica esperar –muchas veces horas-, explicar claramente lo que se necesita, prever y planificar –ya que por una consulta los turnos suelen darse algunas veces con meses de demora-. Estas cuestiones suelen ser completamente expulsivas para personas que no disponen de celular, reloj, despertador, agenda, herramientas que muchas veces se asumen accesibles para todos y se vuelven casi indispensables para lograr estos procesos de salud. Por otra parte, todo esto supone un choque con lógicas que no suelen contemplar esos procesos a largo plazo. Respecto a los cuidados relacionados con el alimento y la hidratación, debemos recordar que, como apunta Pipa, “es duro no tomar, sin consumir en la calle no aguantas un solo día de invierno”. Me contó que, cuando dejó de consumir, tuvo que ir a pedirle a sus abuelos “por favor déjenme quedarme... y yo no le ruego a nadie”. Esto me lo confesó profundamente avergonzado ya que “en la calle hay que aguantar, hay que ser camperos”. Con esto quiero decir, que es difícilmente compatible en un cotidiano preocuparse por la comida y la hidratación, sumado a pasar varias horas haciendo la fila en el hospital y buscar la manera de conservar papeles de turnos, mientras se consigue dinero para tomar, se mantienen lógicas de respeto e intercambio con el resto de los compañeros, se busca dónde pasar la noche, con qué abrigarse, qué comer, dónde utilizar un baño y montones de cuestiones que, desde una lógica domiciliocéntrica (Bachiller, 2008), están resueltas.

La persistencia en la acción de llevar al límite los cuerpos se autolegitima en la filosofía nativa del de “bancársela”. En conjunto, considero que estos cuerpos llevados al límite son solo posibles en base a una particular forma de entender “el aguante”. Esta idea se relaciona, como vamos a ver ampliado en el capítulo V, con cierta masculinidad “campera” y “de la calle” que debe enfrentarse a las adversidades en –al menos aparente- soledad. “Bancársela” es lo que al final los mata pero también es lo que día a día los mantiene vivos.

Muela

Tiene 36 años. Gran parte de ellos parece haber estado sosteniendo el entrecejo ya que lo tiene muy marcado. De mandíbula tensa, cuando presenta sus dientes en una sonrisa se los nota levemente más gastados de un lado. Morocho y, aunque no es alto, su figura resulta algo imponente por su firmeza. Tiene un ojo de vidrio, no le gusta contar cómo lo perdió. Un nombre tachado a fuerza de pulso y tinta le adorna el pecho. Nacido en El Foyel, criado en Bariloche. Intercala extensos periodos de calle, con el campo y, en los últimos años, Emaús.

No le gusta que lo despierten pero esta vez fue por un buen motivo. Sabe que la salud del tío está delicada y es bueno verlo. Sin embargo le queda algo de fastidio. Mientras comparten el tetra hasta terminarlo, Muela le pregunta a Raúl por los movimientos de la calle, si había visto a algún compañero, si había pasado por alguna ranchada y, principalmente, si había algún malabarista en el Faro del cual habla como si fuese suyo. Raúl afirma una vez y lo repite nuevamente: no había nadie en el momento que pasó. Muela no está convencido. Iña intenta aportar: “hay que dejar descansar el semáforo³⁹ ¿por qué no te quedas acá un rato más? Compartimos un poco con el tío y después vamos para Borgo, que tengo un encargado apalabrado y seguro nos da unos palets para vender, de ahí nos vamos a El Todo [la parada que está en ese supermercado] monediamos [pedimos], compramos algo piolita, si no sale buena plata por ahí podemos pedir carne o unos ravioles y vamos a la casa de Don Américo, se las vendemos a él...”. Muela, con la mirada fija, se va al grito de “me voy a cuidar el Faro a ver si se llena de malabaristas o peor, el papa Noel ese que me da una bronca” mientras se pone su gorra.

Si bien las rutinas en calle parecen muy establecidas, cuando uno hace una observación durante periodos más extensos, nota también el esfuerzo por mantener ciertos lugares y las tensiones que surgen con otros actores. Si “los del Ñireco” no van al semáforo temprano o lo dejan de habituar, rápidamente aparecen otros actores que lo ocupan. Por un lado están los “malabaristas” que suelen ser personas de viaje que realizan distintos micro-espectáculos para pedir dinero. La mayoría de estas personas suelen ser de otras ciudades o países, o al menos mis interlocutores así lo perciben. En temporada de verano es cuando mayor número de “malabaristas” concurren. Frecuentemente se los diferencia de los “limpiavidrios”. Estos últimos, según los de Ñireco, poseen un perfil más “de calle”, más asociado a la supervivencia y menos asociado a viajar, ser limpiavidrios, a diferencia de ser malabarista no supone ser de otro lugar. De hecho, algunos de mis interlocutores durante las temporadas más secas en ocasiones se han dedicado a limpiar vidrios. Además de estos están los vendedores ambulantes (ofrecen golosinas, comida, elementos de viaje, juguetes para niños, entre otros) que se dividen entre personas locales y viajeros. El clima de Bariloche es particularmente no amigable con estas modalidades de trabajo. “Termina el verano y olvídate que vas a limpiar un vidrio más. La gente te dice que me vas a limpiar si llego a la esquina y llueve... y tienen razón” me cuenta Jere

³⁹ Así cómo normalmente se afirma que la rutina y el estar en cierta esquina a cierta hora es lo que mayor rédito da a la hora de pedir, en algunas circunstancias se usa el término “hay que dejar descansar” a cierto punto, aludiendo a que si uno va todos los días la ganancia disminuye “es como pedirle más y más leche a la misma vaca. Se queda seca... y te quedás seco vos” (me explicaba el Gatito).

apodado “El jefe del sindicato de los limpiavidrios”. Amplía: “si acá no había limpiavidrios por eso. La temporada es corta. [...] A mí me tiró la idea mi primo porque él venía de otro lado, vivió en Buenos Aires y fuimos de los primeros de acá en la movida, digan lo que digan los demás. Ahora con la pandemia que no salía changuita fue creciendo esto. Antes sí venían malabaristas, de siempre. Pero eso es otra cosa, tenés que estar ‘chuk, chuk, chuk’ (hace como si lanzara muchas pelotitas al aire y da una vuelta) y no, con esto eso no se puede (me señala la cerveza). Limpiando vidrios haces algo que sirve, que le sirve a la gente, y estás ‘tuk’ viene uno, ‘señora no quiere, bueno no hay problema’ y no te complicas viste. [...] Si me preguntas a mí, sin mentirte, creo que la nuestra es la mejor pero bueno... los otros, los hippies esos (refiriéndose a los malabaristas), por venir de otro lado se piensan mejores, superiores. Por eso, como te digo, es mejor un semáforo para nosotros y que ellos tengan otro, que se vayan a los Kilómetros⁴⁰ o no sé, para algo andan con esas mochilas (se ríe)”

En el Ñireco nunca vi otros limpiavidrios que no sean los amigos de Muela. Sin embargo, es muy frecuente encontrar a malabaristas y/o vendedores. Como se explicó en el capítulo II, este semáforo es uno de los mejores (por la cantidad de vehículos que circulan y el tiempo que están detenidos y la combinación de turistas y locales). Los “del Ñireco” en general no suelen limpiar vidrios, de hecho Muela y Raúl nunca lo hacen. Si está Muela solo él se dedicará a pedir, alguno de sus compañeros podría limpiar vidrios, no así pedir. Iña algunas veces limpia vidrios pero nunca pide, afirma que le “da vergüenza teniendo dos manos y dos pies pedir”. Como vimos anteriormente en este capítulo, pedir o no hacerlo, así como sus maneras, dependen mucho de cada persona.

Muela va rumbo a las vías del tren. Llegando a la esquina hay una cancha, a través del alambrado cruza las tensas miradas de todas las mañanas con la gente del club. Hace unos años ocupó con Iña, su novia, Raúl y dos compañeros sectores del club. Ahora sospecha que ellos le avisaron a los dueños del lote donde actualmente pernocta que él lo estaba usando de ranchada, motivo por el cual llegaron las inmobiliarias a echarlo “vamos a pasar una topadora por acá así que tenés una semana para irte, estés o no, estén o no tus cosas, la máquina no va a dejar nada”. Luego pasa dando saludos a los empleados ferroviarios que le devuelven los buenos días mientras atraviesa las vías. Sale por el pasadizo al lado de un taller mecánico donde le invitan unas facturas entre la charla, agradece, comenta que va apurado, “viste como son los negocios, pero si tenés un cigarrillo te acepto”, dice en tono burlón. Luego de compartir un par de secas continúa, con un cigarrillo en la oreja, el camino donde se va cruzando con varios vecinos y conocidos que va saludando. Algunos le responden e inician charla, incluso le dan algo de plata. Sumando esos pesos que obtuvo en el camino y lo que le quedaba en su billetera se acerca al almacén de siempre. Paga lo que le habían fiado la noche anterior y se lleva un tetra. Finalmente llega al Faro con intenciones de instalarse todo el día:

⁴⁰ Zona Oeste de la ciudad. En este amplio sector, surcado por las avenidas Pioneros y Bustillo, se acumula la gran mayoría de atracciones turísticas de la ciudad, de los grandes hoteles y los barrios “de chetos, gente con guita”. Del mismo modo, aunque más invisibilizados, hay sectores denominados “populares”.

Antes de cruzar la calle pude ver a Muela pidiendo monedas a los autos que frenaban en el semáforo. Al mismo tiempo también pedía un hombre con un bastón disfrazado de Papá Noel al cual yo no conocía. Me quedé apoyado unos segundos en las paredcitas donde habitualmente están los del Ñireco mientras esperaba que el semáforo se ponga en verde, los autos sigan y Muela regrese. Lo vi charlar, saludar y sonreír en postura agradable, se veía que algunos automovilistas le hacían caso, otros lo ignoraban. Mientras pasaba de auto en auto y Papá Noel estaba cerca gritaba un “Jo Jo Jo” muy fuerte. La tensión era perceptible. Noté que había una sombrilla y una reposera del lado de enfrente, sobre el bulevar. Luego de que el semáforo se ponga en verde, los autos siguen y se acerca a saludarme “estás compartiendo el faro”, le digo para chicanearlo, anticipando el tema que nos iba a ocupar ese día: “a este lo voy a matar, ya se la tengo jurada, le voy a volar la cabeza de un tiro. Cuando no vengo temprano se me llena de malabaristas, ahora faltaba este Papá Noel. Pero ya vas a ver. Cuando se den cuenta de que nosotros tenemos más aguante solitos se van a tener que ir. No les va a quedar otra”. Me cuenta que en un comienzo le había dejado los primeros cuatro autos al vendedor, porque Iña lo había convencido de que era mejor “no andar con broncas”, pero Papá Noel no había respetado este límite. Lo que era peor era que sospechaba que le había mandado “a la gorra una vez y si le mandan a la gorra están muertos para él”.

Mientras charlamos, en la sombrilla del bulevar se suman algunos “malabaristas” que saludan al hombre disfrazado de Papá Noel. Muela me señala al fondo de la plaza donde estaban El Rengo y Mauricio, acostados en el pasto a la derecha de la estatua de Perito Moreno. Se prende un cigarrillo, pega un chiflido y hace una seña. El Rengo y Mauricio también estaban atentos a la situación. Intentamos calmarlo, El Rengo insiste en que cuando vean que ellos son más se van a ir, pero Muela empieza a llamarlos, a invitarlos a que crucen la calle:

-¡Este faro es nuestro! Váyanse para los kilómetros con los chetos. ¡Ustedes no tienen calle! (Gesticulando con el cigarrillo)

-Nosotros no tendremos calle pero tenemos ruta! (le responde uno de los malabaristas)

“Papá Noel” intenta acercarse a hablar conmigo pero Muela lo mira fijo, el hombre retrocede.

-Claro, ahora es fácil, en primavera y veranito (se les ríe), ahí es fácil quedarse en pedo por ahí. Pero nosotros estamos acá siempre. Se van a tener que ir a sus pagos.

Los malabaristas responden con insultos y desafíos.

-No, si a este lo van a tener que respetar porque anduvo por todas partes durmiendo en (El Rengo se agacha para golpear la palma de la mano contra la vereda repetidas veces, apoyando a Muela que ya se estaba arremangando).

La tensión aumenta, los malabaristas reclaman el semáforo para ellos. Uno le dice que venga, le hace gestos para invitarlo a pelear.

-¡Plata y miedo nunca tuve! Acá se tapa de nieve ¿ustedes estuvieron en el campo alguna vez? La nieve hasta el pecho del caballo ¿Sabes lo que es eso? (se le acerca al que lo increpó a decírselo bien de cerca, mientras lo agarra de la remera y lo empuja hacia atrás). Ustedes no tienen calle. ¡Va a venir la primera lluvia y no los vemos más! Y con una nieve ni te cuento, no queda ni uno de ustedes ¡plata y miedo nunca tuve! (y pateo haciendo temblar una de las pequeñas paredes de la plaza)

Los “malabaristas” cruzan la calle y van anunciando que van a llamar a la policía. En eso Muela regresaba a su típico lugar, directo a mí. Me pareció que fumaba su cigarrillo como si fuera un habano, mordiéndolo por la punta y tirando el humo hacia adelante. Cuerpo erguido, paso firme, mentón arriba, no solo tenía un habano en lugar de un cigarrillo, sino que era el mismísimo Fidel Castro y acababa de tomar Cuba. Después de echarlos no tiene problema en quedarse media hora más charlando conmigo sin pedir en ningún momento mientras me cuenta indignado que “estos dicen que piden para el guiso, ahora que piden para el pan dulce, pan dulce de porro le digo yo a los de los autos, pan dulce de flores de porro, si los veo después irse a la otra esquina, frena un auto y le pasan un paquetito. Más encima el Papá Noel ese se hace el rengo y no es rengo! Que se vuelva para donde es porque este de acá no es.”

Al día siguiente me cuenta, entre risas, que finalmente los malabaristas habían llamado a la policía:

Vinieron dos nuevitos a tratar de decirme algo, y yo les decía dale, díganme lo que quieran pero vengan, acérquense. Yo ya estaba con mis perros ahí. Y esos con la gorra son jodidos, si te conocen no, pero con la gorra siempre. Y ahí los veo a otros dos oficiales, Sánchez y Rodríguez, desde el patrullero que se les cagaban de risa a los pibes (los policías más jóvenes) y me llamaban. Así que ahí les dije, a ver si me dan permiso y les fui a hablar. Me dijeron “¿cómo anda?” con el apellido y todo viste, y yo les dije muy bien, todo tranquilísimo. ‘A usted lo conocemos hace tiempo, queremos tener un día tranquilo, ¿podrá ser?’ y yo les dije que sí, mientras no vengan estos cagados de otro lado a sacarme el lugar.

Es significativa la fragmentación que existe entre las PSC: los “malabaristas”, los “limpiavidrios”, “los de otros lados” y los “de acá”, los que “tienen calle y los “que no se la aguantan”⁴¹. Esto no quita que haya lazos y solidaridades profundas -alineándose con la lógica del compartir que se mencionó más arriba-, pero estas relaciones suelen estar asociadas a ciertas personas y establecerse en determinadas zonas. Por fuera de estas, las “patoteadas”, las peleas, los robos, las acusaciones y la estigmatización del “otro” abundan. Como se explicó en la Segunda Parte de esta tesina, hay ciertos lugares que tienen un valor especial y son sostenidos a lo largo del tiempo, pero estas apropiaciones muchas veces se dan en tensión. Frecuentemente son protagonistas de estas tensiones otras PSC o personas en riesgo de situación de calle, aquellos a quienes les fueron quedando disponibles estos mismos retículos y filamentos. Muchas veces es a partir de eventos que yo suelo considerar violentos que se van configurando y sosteniendo lugares, dejando a algunas PSC adentro, mientras que otras se ven obligadas a buscar otro sitio.

⁴¹ Bachiller (2008) realiza reflexiones similares en torno a la fragmentación que existe entre las personas sin hogar en Madrid,

Las Violencias: los “violentados” siendo “violentos”⁴².

La violencia es un término con el que nos relacionamos habitualmente, sin embargo, esto parece ocultar el hecho de que su significado está lejos de ser transparente. Garriga Zucal y Noel (2010) plantean que la violencia es una categoría en permanente disputa y que suele equipararse a prácticas que son consideradas ilegítimas. El concepto de “violencia” funciona más como término moral que descriptivo. Se lo utiliza para condenar prácticas o procesos que nos resultan desagradables o intolerables. Nadie se define a sí mismo como violento sino que allí caen las prácticas socialmente no aceptables, caracterizándolas como propias de la otredad. Desde mi posición, en relación a un enfoque de derechos, entiendo a las PSC como profundamente violentadas. En relación a que atraviesan una vida marcada por una de las versiones más extremas de la desigualdad. Las violencias estructurales e institucionales aparecen como centrales a priori. Sin embargo, en las calles de Bariloche también es cierto que uno de los principales actores que practican violencia directa sobre PSC son otras personas que están en la misma situación.

-Ayer, cuando se estaba haciendo de noche -me empieza a contar Muela con la voz afónica-, estábamos con el Iña, Raúl y llega El Rengo. Estábamos re tranquilos, los cuatro en Trevisan, hasta había venido un amigo también y nos estaba por convidar un faso... y en esas caen dos, tres patrullas con las sirenas y todo. Nosotros estábamos tranqui. Y vienen así Prieto y Blanco y nos dicen de una que nos tienen que llevar y ahí saltamos todos. Nosotros les decimos que por qué, que no tenemos nada que ver, qué nos van a llevar así nomás. Cuestión que le ponen una mano encima a El Rengo y nos dicen que era con él, pero vos sabés cómo es acá, si nos tocan a uno nos tocan a todos. Entonces les dijimos que se vayan que no iban a llevar a nadie. Sacaron las cachiporras y nos querían dar pero ahí el paisa les dice bueno, ustedes tienen cachiporras nosotros tenemos a los perros. Lo agarran al El Rengo entre dos y se lo quieren llevar, el Tostado (uno de los perros) empezó a tirar tarascones y la Pelota y La Blanca les ladraban por atrás, y ahí agarra el hijo de puta de Prieto y les empieza a tirar con la cachiporra, otro salta a las patadas y el oficial Farías, el puto ese, saca el arma y le apunta al perro, le pone el arma en la cabeza, y nos empieza a amenazar. Se pudrió. Juuu (agita la mano y levanta una sonrisa) se puso lindo ¡Con nosotros no! Los empezamos a correr, les sacamos a El Rengo, les chiflamos a los perros. Después ellos nos empezaron a correr a nosotros hasta que bueno nos llevamos linda golpiza. Pero se quedaron calentitos porque saben que nosotros nos la bancamos más, ellos tenían los palos y eran más, pero yo les decía como siempre dale que plata y miedo nunca tuve, y de a uno no me venían y a mano limpia tampoco. Encima cuando se me ponían de a varios para agarrarme Raúl aparecía a mi lado o el Iña. Después cobré de lo lindo pero en el piso y entre varios.

La historia es corporizada y me muestra, entre sonrisas y enojo, cómo fue cada uno de los golpes que dio y que recibió. Iña lo interrumpe también sonriente:

-Llamar a la policía fue el peor remedio, saltamos todos como locos. Lo más lindo compañero fue que no nos pudieron llevar. Solamente a El Rengo pero les costó y ya está libre de nuevo... Igual te voy a decir la verdad (se refiere a mi mucho más serio)... El Rengo faltó al código porque él se la mandó, si te la mandas (hace

⁴² Para ver más sobre PSC y violencia consultar: “Varones en Situación de Calle y Violencia(s). Una perspectiva antropológica en el campo de la gestión.” (Di Noto, en prensa)

gesto como si agarrara algo, moviendo los dedos uno a uno y trayéndolos hacia sí mismo, la seña que siempre se hace cuando se quiere hablar de hurtos) nos tenés que contar porque casi caemos todos por vos. Y más vale compañero que lo íbamos a defender pero tenemos que saber, no es que vos haces la tuya. Por eso hoy fuimos a la comisaría a ver cómo estaba y si lo soltaban... lo soltaron, estaba bien y nos pusimos contentos... y cuando salió lo cagamos bien a palos. Yo mirá que no soy de pegar pero cuando faltan así al código... le di una patada en la cabeza.

Mi visión muchas veces discrepa con la de mis interlocutores. La “violencia policial” se la suele interpretar desde lo que Garriga Zucal (2005) identifica como “aguante”, categoría que en Bariloche se la menciona también como “bancársela”, “ser guapo” o “ser macho”. Donde ellos ven una demostración de estas categorías yo estoy viendo una situación grave que genera una respuesta en la misma línea. Finalmente, esto desencadena al día siguiente en más violencia, ahora entre pares; pero como muchas veces sucede, esta violencia se justifica en un paradigma que la establece como legítima.

La violencia, aunque parezca un hecho anárquico o incoherente, está muy reglada (Garriga Zucal y Noel, 2010; Bourgois, 2006, Rodgers, 2004). Para los “de la calle” la violencia es considerada o no legítima en relación a si se establece o no una falta de “respeto”: Con quién uno pelea (no se debe pelear con personas mucho más viejas ni tampoco mucho más jóvenes, tampoco cuando haya cierta discapacidad motora o psicológica, el adversario más indigno para un varón es una mujer), cómo se pelea (se debe atacar solo, está mal visto “chimanguear”, ir en mayoría de número, retroceder, demorar mucho en tomar la iniciativa, dar golpes bajos), cuándo se ataca (no se debe atacar “a traición”, como por ejemplo cuando el otro no esté viendo o esté demasiado borracho), con qué se pelea (si el adversario no posee objetos uno no debería tenerlos, si es un arma blanca no se podrá sostener un arma de fuego) y por qué se pelea (debería haber una falta de respeto previa a sí mismo u otra persona que se considere respetable). Si se rompen las reglas con respecto a alguna de estas cuestiones, por ejemplo, si atacó “a traición” o si lo hizo contra un “viejito de la calle”, otras personas de la calle y/o el mismo que recibió el ataque pueden tomar represalia de esa “falta de respeto”. Beto es el primero en nombrar estos códigos como “la ley de la calle”, expresión que luego escuché repetidas veces:

Si te faltan el respeto tenés que pegar, y si te pegan te tenés que defender. Sino no podes hacerte llamar una persona que conoce, que maneja la calle. Nosotros somos tranquilos... pero hasta que nos molestan. Yo le trato de dar consejos a él (se refiere a Nehuen, que es más joven) porque él por ahí se quiere pelear con cualquiera. Pero no es así. Ahora sí amigo, si te faltaron el respeto ahí sí. No la podés dejar pasar. Mismo si le faltan el respeto a un viejito o a una señorita, ahí tienen que cobrar o cobrar [se les tiene que pegar]. Es así como uno va construyendo el respeto, se va haciendo respetar por todos y todas las gentes lo conocen a uno.

Más de una vez, los enfrentamientos entre PSC terminan con golpes, heridas de gravedad, internaciones o consecuencias mayores. Sin embargo, estos actos muchas veces se justifican. La violencia en calle puede tener tono de justicia. Como también apuntan Garriga Zucal y Noel (2010), esta tiene un carácter paradójico: construye a la vez que destruye. Estamos acostumbrados a pensar en la violencia como un factor disruptivo

de lo social, como algo que aparece “por fuera”, o en situaciones muy puntuales a dañar y desarmar. Sin embargo, nos olvidamos de sus dimensiones “constructivas”. En este sentido, ciertas violencias, para los “de la calle” construyen “respeto”, un valor simbólico de gran peso.

Conclusión: Cotidianos de calle. Haciendo de la calle lugar.

A través de la Tercera Parte de esta tesina se fueron narrando los cotidianos de nuestros protagonistas en relación al segundo diacrítico (ver capítulo I) que indica “de qué manera” se deben hacer las cosas para ser “de la calle”. Estos cotidianos se presentan diversos pero también tienen continuidades. Durante el día las personas van creando y repitiendo sus estrategias, participando de redes y relacionándose con sus compañeros, andando juntos, “compartiendo con quien se le tiene respeto y respetando al que se le comparte”. Estas vidas están estructuradas por la “calle vivida” y por un riesgo de muerte. Se inicia cada día dependiendo de la relación con esta red para conseguir alimentos, bebidas, afectividad, compañía, abrigo, información. En este sentido, a las personas no “las lleva el viento” sino que se preocupan por establecer una rutina y conocer el lugar, ahí está todo aquello que les permite la supervivencia.

En Onelli, como se trató de mostrar, hay mayores vínculos con instituciones (Emaús, el banco, Anses). En Ñireco, en contraste, es mucho menor la institucionalización de las personas. Esto va conformando itinerarios diferentes en base a estas redes. En cada una de estas zonas se pudo abordar el tiempo en una escala diaria y también se hizo mención de los condicionamientos que trae cada época del año. Un invierno donde, en Bariloche, es muy difícil habitar la calle, “no queda otra que allegarse”, y un verano en donde “llegan gentes de todas partes”. No se pudo abordar el tiempo en un sentido de calendario, por lo que quedó pendiente poder hacer referencia a la importancia de ciertas efemérides (como el día de la madre o el padre, cumpleaños, navidad, año nuevo, día de la tradición, aniversarios personales). La importancia que se le da a estos días y el conocimiento de sucesos triviales como el triunfo de un equipo de fútbol, no hace otra cosa que demostrar que no son personas “desconectadas”. Si bien es cierto que hay algunas personas que se acercan al estereotipo del “vagabundo”, esta imagen es injustamente extendida sobre un conjunto, que está lejos de representarlo. Como día a día lo muestran mis interlocutores, en la calle hay valores tales como el “compartir” y “respetar” y estos, si bien se expresan de una manera particular en este contexto, no son extraños o contrapuestos a los de otros ámbitos.

Las trayectorias fueron iniciadas en diferentes lugares: el Hogar Emaús, una vivienda precaria, la Ranchada de Atrás de Emaús, la Sala de Cuidados Mínimos de Hombres del Hospital y lo que quedaba de una casa en la costa del lago. Algunos de los protagonistas cambiaron su lugar de pernocte, pasando a “allegarse” o retornando al Emaús. Lo que se intentó demostrar en este punto es que “ser de la calle” no se relaciona directamente con la falta de vivienda (Biaggio, 2014). Así mismo, la situación de calle no está determinada por la carencia de ingresos, la falta de lazos institucionales, laborales o familiares, el presentar alguna discapacidad o consumo problemático. Sin embargo, cada situación se relaciona, de manera multicausal, con algunos o todos estos puntos (Palleres, 2010). Cada una de estos factores no deben ser interpretados

unidireccionalmente, el consumo catalogado de problemático puede hacer transitables los momentos más difíciles, el no tener vínculos con instituciones no significa no tener vínculos que puedan suplir las cosas que esas instituciones ofrecen, la discapacidad puede ser el único acceso a un ingreso fijo posible en la trayectoria de una persona, el ser propietario de una vivienda no significa que las condiciones sean superiores a las de algunas ranchadas.

“Ser de la calle”, en contraste con definiciones externas que resaltan lo que no se tiene, es conformar esta red, conocer y mantener los valores –con las tensiones que pueden llegar a implicar- y ponerlos en práctica día a día. Calle no hay una sola y calle no son solo las veredas de la ciudad. Como se pudo ver, la calle la compone cada uno, armando agregado de conocidos, compañeros, vecinos; zonas donde se conoce cada local, cada empleado, otras donde “hay que ir mirando para todos lados cuando se anda”, con rivalidades y tensiones; familias que abren la puerta y amigos que la cierran, ranchadas que siempre estuvieron y las que le pasa por arriba una topadora, finados, historias, circuitos, rutinas, risas, tetras y llanto. La calle es una red y cada uno, en ese sentido, va conformando la propia “calle vivida” buscando, incluso en este contexto, sus recovecos de dignidad.

En la Segunda Parte vimos cómo se marcaban los lugares y se llenaban de historias. En la actual sección nos centramos en el movimiento de las personas y vimos cómo estos cuerpos, al marcar la calle, también son marcados ellos. Las ranchadas quedan en la piel, se internalizan en horarios y deseos, cada parada deja cicatrices y tatuajes. En el próximo capítulo la intención será abrir a conocer las trayectorias más amplias de estas personas, las experiencias en calle, cárcel y campo. Escenarios adversos que componen las historias de vida de los de la calle, que para el lector atento ya comenzaron a aparecer en los relatos diarios, y corresponden al último de los diacríticos: cuáles *entonces* y *allí*, entre el “haber andado por todos lados” y el “ser de acá de toda la vida”, los “paisanos de la calle”, en un “acá” entre lo urbano y lo rural.

CUARTA PARTE: TRAYECTORIAS

CAPÍTULO V

PAISANOS DE LA CALLE: TRAYECTORIAS DE UN “ACÁ” COMPLEJO.

En el capítulo I mencioné las presentaciones de los que “son de la calle” pero me centré, sobre todo, en los que “estaban ahí” y no relacionaban su identidad con este lugar. En este capítulo profundizaré en esas presentaciones de mis interlocutores que, encuentro a encuentro, página a página, se fueron convirtiendo en historias de vida atravesadas por sufrimientos a los que se sobrepusieron y por las marcas de dolor y orgullo que esas experiencias fueron dejando en sus subjetividades. En el capítulo II mencioné los “lugares de la calle”, su importancia y sus historias y, en el capítulo siguiente (III), reconstruí las formas cotidianas de habitarlos y circularlos. En el accionar descripto en esos sitios se pueden entrever experiencias sedimentadas que fueron plegadas y traídas de lugares distantes (Deleuze, 1987). Son estas relaciones con otros lugares, que no están allí pero son corporizados por “los de la calle”, los que componen un “acá” complejo. Es el objetivo de este capítulo reponer algunas de las trayectorias que producen hoy “la calle” de Bariloche.

¿Vos sabés con quién estás hablando?

-No, si no tenemos años al pedo nosotros. Desde chiquitos andamos ‘güeviando’ en la calle. Nos conocemos todo. La hemos pasado jodida también, sí (hace una pausa y me mira fijo a los ojos). Tengo cinco inviernos en calle. Así como me ves, cinco inviernos enteros me banqué. Si nosotros hemos andado. Hemos estado en las ranchadas de atrás de La Anónima de Quaglia, cuando la gente se juntaba por allá. Después por La Roca, no se sí sabías que le decían así. Los que conocimos el lugar hace tiempo le decimos así, nomás que por ahí le tenemos que decir la de atrás de Emaús, uno se fue acostumbrando porque hay muchos que no conocen.

-¿Sabés cuantos compañeros se nos fueron? ¿A cuántos vimos morir? Yo con Raúl compartí ranchada, por ahí te despertás y no sabés si el otro se va a levantar o se va a quedar duro ahí nomás. Porque me ha tocado. La hemos pasado y la hemos caminado. Ahora los pendejos se quejan porque se les caen los mocos y no es así.

- No... si nosotros anduvimos. Es más te cuento una... siempre anduvimos por Onelli. Vos lo sabés eso. Pero en su momento yo andaba la Onelli a caballo, de punta a punta con mi yegua hermosa y la gente me miraba.

-Si es verdad lo que dice.

-Sabía salir allá del alto con el caballo y el carroñero [el cuchillo para carnear] siempre compañero. A ver si alguno de estos llorones se me venía a hacer el pesado como ahora. Sabés como los hacía respetar. Por eso es que ahora, así como me ves, me cruzan y dicen “¿cómo estás paisa?” y pasan a mi lado agachando la cabeza (actúa como ellos, luego sonrío y recibe la sonrisa cómplice de Héctor). Mirá... si te contara... (vuelve a sonreír y cambia el tema)

Héctor y Raúl, en este caso en oposición a personas “más jóvenes”, se posicionan desde cierto lugar de orgullo, destacándome sus trayectorias y dándome una explicación de porqué son dignos de respeto. El realce de sus posiciones por parte de mis interlocutores es habitual. Pero tengo que recordar que el contexto de la conversación es duro. En este caso Héctor y Raúl están en Los Álamos, permanecen sentados en

cartones húmedos bajo la llovizna del invierno terminando el último trago de tetra antes de volver a Onelli a pedir, y, para ambos, dormir esa noche en un lugar seco o comer una cena caliente va a depender de instituciones o de la caridad de otros ciudadanos. Sin embargo, entre los “de la calle”, construirse a sí mismos desde la vulnerabilidad está lejos de predominar. Es por esto que me aclaran que ahora “los veo así”, siendo conscientes de la imagen frágil que presentan. Sin embargo, antes de que yo pueda proyectar esa idea sobre ellos me aclaran que han estado en situaciones peores y también que a esas situaciones las han pasado; pero sobre todo, que por ello, reciben respeto.

Muchas veces atravesé la experiencia de ir a calle llevando la pregunta por el “¿Cómo estás?”, haciéndolo desde una institución que se encarga de la asistencia y promoción. En lugar de encontrarme con sujetos pasivos, a la espera y con voluntad de aceptar cualquier ayuda, he recibido respuestas como “¿y vos que edad tenés?”, “¿hace cuánto que estás en Emaús?”. Desde un tono desafiante, he sido interpelado enfocando mi trayectoria y a partir de ella, para evaluar si era un interlocutor válido. Ya dando por descartado que no tenía experiencias en calle, solían pasar a evaluar mi saber: los conocimientos de lugares y personas. El haber llegado a estar ahí a partir de conocer a otras personas “de la calle”, sus itinerarios habituales, lugares, sus ubicaciones, usos o nombres, algunas instituciones o su personal, solía destensar la situación. Entiendo este intercambio de manera similar a lo que Bauman y Brigs (1990) definen como contextualización. En estas charlas se da un proceso activo de negociación en el cual se examina reflexivamente el discurso a medida que este surge, se recurre a ciertas habilidades del habla a disposición, con el fin de construir un marco interpretativo dentro del cual lo dicho debe ser entendido. Así, la performance da forma a la situación, las palabras hacen cosas, hasta incluso transforman las relaciones sociales. Es de esa manera que “los de la calle” evalúan la competencia comunicativa y ponen en juicio quién sabe más, el agente estatal/investigador o ellos. En este movimiento, al posicionarse jerárquicamente y demostrar que son ellos quienes tienen ciertos conocimientos valorados, abren su lugar para contarme quienes son, qué soportan, cómo aguantan, qué les gusta, en definitiva, cómo y por qué viven.

El relato de sus trayectorias no se convierte en un hecho aislado de la presentación que surge en encuentros iniciales. Por el contrario, es un discurso que, a modo de recordatorio, invierten tiempo y energía en actualizarlo una y otra vez. En general, esta es una actividad que nunca termina. Estas presentaciones recurrentes son en sí mismas una práctica habitual y significativa, la cual entiendo en clave de “arena de la performance” (Bauman, 1977) o “contexto de ejecución” (Basso, 1985). Porque allí, las palabras parecen tener un dote especial. A partir de ellas, mis interlocutores entran en cierta actividad comunicativa que pueden volver recurrente sin caer en la repetición ya que, en todos los casos, esa actividad tiene una función: crear el contexto en que ellos “son de la calle”.

Ante estos eventos comunicativos me pregunto ¿Qué posicionamiento de sí mismos buscan construir? ¿De qué manera logran los giros en la interacción? ¿Desde dónde hacen brotar la dignidad y el orgullo? Para empezar a responder esas preguntas, me detendré en la descripción de los dos valores centrales que engloban

las características de un varón de “la calle” y que “sirven” para reclamar respeto: por una parte, la masculinidad, y por otra, lo etario.

Mis interlocutores suelen definirse a sí mismos desde la hombría. Si bien, como señala Ana María Fernández (2006), la idea del varón se construye históricamente desde el éxito laboral y económico, mis interlocutores –quienes no estarían en capacidad de construirse como proveedores-- exacerbaban otros aspectos. Robert Connel (1997) señala el carácter relacional de la masculinidad, otorgándole una dimensión contextual. Desde este ángulo, identifica diferentes modelos de masculinidad que se crean a partir de posicionar por fuera a aquello definido como femenino. Es en este punto que los “de la calle” utilizan lo que tienen a disposición para sostener su modelo de masculinidad alternativo, el cual convive con el hegemónico. En esta definición local, el cuerpo aparece al frente. Es acá donde considero interesante traer al análisis la noción de aguante. Garriga Zucal (2005), en su trabajo de campo con las hinchadas de fútbol, encuentra esta definición nativa de masculinidad que luego va a devenir en analítica. El aguante atraviesa el ser varón en un sentido complejo que pone el foco en la corporalidad y entiende al cuerpo masculino como resistente. Específicamente, implica resistir consumos estigmatizados (como el de alcohol u otras drogas) y enfrentamientos físicos, careciendo de temor al riesgo. Estos “machos” suelen sostener de manera obstinada sus decisiones, ser “encaradores” y muchas veces, como fruto de esto, afirman ser “ganadores” con las mujeres. En la dimensión laboral, cuando esta aparece relatada, también se incorpora esa misma lógica del aguante, dado que la fuerza y la resistencia aparecen como los valores centrales (Silba, 2012). Así, se construyen como violentos, dominantes y activos, posicionando, como nos adelantaba Connel, a aquel que no cumpla con estos requisitos, como femenino. En este contexto, ganar el respeto de los demás, es una preocupación constante, ya que es lo que forma jerarquías, lealtades y reciprocidades. Esto se logra, en gran parte, a partir de mantener estas acciones masculinas valoradas en oposición a las que no lo son. Como sostenía a los gritos Muela un día en Emaús, cuando, pese a tener el pie quebrado, quería salir a calle: “yo tengo que salir a pelearla, a ganarme el respeto de todos allá afuera y de todos ustedes acá... aunque algunos no lo entiendan. Esté como esté mi cuerpo, tengo que salir igual a defender a los míos, a la calle, a aguantármela, a defenderme”.

Respecto a la edad fue frecuente el posicionamiento como “mayores”. Lo llamativo acá era que, muchas veces, las personas tenían 30, 40 o 50 años y aludían a estos números como si denotaran una trayectoria singularmente extensa: “Es así. Pasa el tiempo y uno aprende. Mirá que no tengo 34 años para que este me diga lo que tengo que hacer” (Viruta). En relación con estas frases considero que suceden principalmente dos cosas: por una parte, efectiva y lamentablemente, fui un testigo más de que la esperanza de vida de las PSC es significativamente menor⁴³ y de que, por ende, la edades son relativas a esas expectativas. Por otra parte, se alude a vidas que se viven “rápido y fuerte”, experiencias de trabajo en el campo o en la construcción desgastan el cuerpo; los consumos, enfrentamientos, permanecer en la intemperie, no consultar preventivamente al sistema de salud, entre otras experiencias, también lo hacen. Esta forma de transcurrir,

⁴³Durante mi trabajo de campo muchos de mis interlocutores fallecieron. La enorme mayoría no llegaba a los 65 años de edad.

“rápido y fuerte”, resumiría esas prácticas y vivencias que recuperé aquí como aguante. De este modo, la edad aparece como otra forma de jerarquización que se entrelaza con la masculinidad. Pierre Bourdieu (1990 [1978]) ya resaltaba el hecho de que las divisiones de edades son fronteras arbitrarias, es decir, que la edad es un dato biológico socialmente manipulado y que las fronteras entre juventud y vejez son objeto de lucha. En este sentido, Laura Kropff Causa (2011) retoma la idea de “grado de edad”, propuesta por Radcliffe-Brown, para denominar a las distintas categorías de edad que una persona debe ir transitando en orden a través del tiempo (bebé, niño, joven, adulto, anciano, por ejemplo) y que suponen ciertas interpelaciones al individuo, ya que cada etapa conlleva un conjunto de roles definidos. Kropff señala que los grados aparecen como garantizados y de carácter obligatorio, sin embargo, este curso de vida es una construcción social. Una vez definidos los grados de edad, que van a variar de una sociedad a otra, se establecen las relaciones entre ellos. Deborah Durham (2011) focaliza en el hecho de que se debate y distribuye poder entre los diferentes grados de edad. Entendiendo entonces que la edad es una dimensión estructurante de la práctica social, se nos abren algunas preguntas: ¿Qué están buscando al posicionarse como “mayores”? ¿A qué se asocia esta categoría y que diferencias establece con los “jóvenes”?

Siguiendo a estos autores, no tomo la edad como un dato dado, sino como una categoría hegemónicamente definida (en términos de grado de edad) que las personas pueden, en un marco circunscripto, jugar o no con su adscripción o desadscripción. El posicionamiento que se define en la conversación se da en un marco de estructuras etarias. Algunos autores pretenden universalizar la idea de que la juventud es el periodo socialmente más valorado⁴⁴ ya que el “capital temporal” aparece como algo que se desgasta. Este estereotipo no es el que aparece en las ranchadas. Retomando a Durham, hay que considerar que la edad condensa también “capital simbólico”, y que, dentro de él, aparece como preponderante el factor del “conocimiento”. La maduración se posiciona como el estereotipo principal del poseedor de conocimiento. Así Viruta, a sus 34 años, se autoadscribe dentro del grado de edad de los “mayores” buscando reivindicar su lugar, otorgándose o legitimando su “saber”. En la calle el capital temporal no es asociado al futuro, el denominado “territorio de los jóvenes”, sino por el contrario, al pasado. La resistencia aparece más como algo que se va adquiriendo y no algo que se va desgastando. De esta manera, uno tiene la capacidad de alejarse de la muerte al obtener “experiencia”. Por último, dada esta estructura de alteridades etarias, la posición de “mayores” o “viejos” que adquieren muchos de mis interlocutores puedo entenderla como una táctica para obtener -o no perder- jerarquía, cuando el cuerpo ya no acompaña la realización de actos de enfrentamiento físico. La edad funciona como un argumento más para exigir -o directamente recibir- respeto.

La experiencia y el saber: su construcción en la articulación entre (determinados) lugares.

La definición de sí mismos como “hombres” y “mayores” se justifica en base a “habérsela bancado”⁴⁵. Es a partir de esta experiencia, atravesada por el cuerpo, que mis interlocutores se posicionan como poseedores

⁴⁴ Ver Margulis y Urresti (1996)

⁴⁵ “bancársela”, “ser guapo”, “plantarse”, “ponerle el pecho”, “no achicarse”, “ser bien macho” son las maneras más frecuentes con las que he escuchado referir al “aguante” por parte de mis interlocutores.

de “saber”. Son entonces estas trayectorias las que los habilita a nombrarse como “de la calle”. Sin embargo, el conocimiento particularmente valorado en el ámbito calle no es solo el que se refiere a las paradas y ranchadas de la urbe. Por el contrario, son muy reconocidas “las experiencias ganadas” en el campo, a las que se pueden sumar en algunos casos, las de la cárcel.

Como ejemplo reiterado en las ranchadas, se pueden tomar los momentos en los que alguno intenta, frente al grupo, tomar la palabra para crear una anécdota en la que se destaque su masculinidad o pertenencia a determinado grado de edad –en los términos arriba explicados-. Allí dos reacciones son posibles: el silencio y la escucha asintiendo, incluso palmeado o sosteniendo sonrisas aprobatorias, o la constante interrupción, las risas, la desconfianza, la acusación constante de que esa historia no es cierta o de que ellos tienen o conocen historias más “duras”. Las reacciones en carácter de desaprobación se sustentan en el hecho de que las personas -o la anécdota que están trayendo para representarse- no tienen experiencia suficiente en calle (“dormí un invierno en la ranchada, pero enterito eeh, y después me contás, después sí venime a aconsejar”), en el campo (como la que se sintetiza en la frase frecuentemente retomada “nieve hasta el pecho del caballo”) o en la cárcel (“acá te haces el pesado pero te meten en el pabellón que estuve yo y te volverías el gato de los gatos y de la gorra”). De modo que me resultó llamativo que, en el alardeo de experiencias extremas, un relato de una situación dura o riesgosa en calle, podía ser perfectamente contestada con otra en el campo, y esta a su vez por una en la cárcel. Tanto en el ámbito rural como privados de su libertad se pueden obtener perfectamente los conocimientos para “saber qué hacer”, “manejarse” y “ganar respeto” en calle.

A continuación traigo un fragmento de la historia de vida de Raúl. Considero que a través de este relato, emocionado de sí, Raúl entraña un trabajo discursivo de identificación (Hall, 2003). Al contarse está suturando lugares para construir su propia piel. La calle, el campo y la cárcel son articulables en esta concepción ya que constituyen sitios en donde la masculinidad se puede expresar en la clave corporal del aguante.

Raúl, en el aniversario de Emaús, luego de ejecutar ante el público una milonga que había escrito y venía ensayando hace tiempo, sale entre aplausos, visiblemente emocionado y se va a la pieza. Lo encuentro sentado en la cama, junto a su guitarra. Me agradece la ayuda para haber podido tocar esa tarde y habla de lo importante que fue para él volver a sentirse un cantor. Le pregunto quién le había enseñado y ofrece contarme su historia:

-Aprendí solo paisano. Mi papá me contaron que era guitarrero, sí... y cantor también. Yo lo conocí muy poco porque cuando él falleció tenía 9 años. Justo para el día del padre que fue a ver a mi abuelo, se lo llevó el río con caballo y todo... Se los llevó a los dos. Hace 43 años de esto. Qué te voy a contar. Y a mi mamá la conocí cuando tenía 22 años. [...] Yo le dije que para mí ya murió el día que me dejó en el hospital. Dios te pega donde más te duele. A mi vieja no le digo mamá, le digo Eugenia (se le quiebra la voz). Pero bueno, yo tuve mi familia después, tengo a mis hijos, tengo a los que conocí en los años que me dicen tío (se ríe refiriéndose a sus cercanos de calle y cárcel) [...] Yo a ella la conocí cuando fuimos a cantar con el Cachorro Huenchupan, el acordeonista, no sé si lo conociste. Yo era guitarrero con él. No, siiiii (enfatisa y sonríe) yo anduve en

guitarreadas largas. Fui hasta Santo Tomé. Si antes yo tocaba con el finadito Santiago Montes, solía venir acá [a Emaús]. Tenía tremenda voz. Era buen compañero. En el Bolsón, en los parajes solíamos ir. En donde me encontraba, en las jineteadas, siempre guitarrero. Pasa que después se me cagó la mano esta [la derecha]. Me cagaron un hachazo en una fiesta. Bueno pero igual fue porque yo largué primero el zarpazo con el cuchillo igual (se ríe y me muestra, entre los tatuajes tumberos, las cicatrices en su mano y los pocos movimientos que le quedan). Mi mamá para mí murió. Murió cuando me dejó. Cuando se murió mi papá ¿sabés por cuántas manos anduve? Me cagaban a palos, pasé hambre. No se lo voy a perdonar nunca (repite mientras llora). [...] Así que crecí así (ya retomando con mejor semblante). Entre volteos [trabajó muchos años talando árboles], el campo siempre, la calle también y así crecí hasta que me mandé terrible cagada [un asesinato]. Listo. Tuve que pagarla (primero baja la cabeza y luego me mira fijo).

Acá [en el penal de Bariloche] hice cuatro años y cinco meses. [...] Después hubo una fuga grande. En total fueron once los que se escaparon. Nosotros le hicimos pie todos, saltaron el paredón. Por eso los milicos estaban re calientes. Cada uno tenía que sacar uno. A mí me tocó al Perico. Era petisito y livianito. Casi lo maté (se ríe). Yo salía el cinco de enero. Ya había firmado la condicional. Me tragaba otras fiestas adentro y ya estaba afuera de nuevo ¿Para qué me iba a jugar? Por eso no me fugué, pero tenía que ayudarlos. Tenía que, paisano. Son tus compañeros. En la cárcel nunca nadie se metió conmigo ¿por qué te pensás que es? A mí en la cárcel me decían “el capitán”, gané mi respeto ahí. Hoy el Perico me cruza en la calle y me dice que querés tomar, me trae vino, pizza, todo y me invita allá a su casa por el Frutillar. Así como yo le compartí lillos [papel de armar cigarrillos], él me ve, me respeta y me comparte. Y bueno, una bronca tenían los milicos! Esos tres meses me llevaron allá a Esquel. Te sacaban así. Como si yo estaba charlando con vos y te llevan. Ponele que yo tenía la guitarra y todo, así como está todo, no te podías llevar nada. Te sacaban así, te ponían las marrocas [esposas] y a la chancha [la camioneta]. No sabíamos nada del revoleo [el traslado a distintos penales], si una vez que cerraron todas las celdas, pusieron candado, ni te asomes a las ventanitas con rejas porque te tiraban agua caliente. Dos días nos tuvieron en la chancha, esa tiene un mismo caño, uno solo para todos. Los ocho esposados ahí, con el asiento de plástico. No sabés, nos hicieron pasear por todos los penales de la Patagonia, dejando de a uno.

Cuando llegamos a Esquel éramos dos nomás. Nos tuvieron aislados. En celdas de castigo, sin ventanas, nada. No veíamos a nadie. Por ahí se escuchaba a los otros presos jugar al fútbol o algo, pero no los podías ver. Nos daban 1 hora para salir afuera por día a un patio de este tamaño [la habitación] ¿Sabés lo que es eso para un tipo campero? Colchón y frazadas nos dieron, sí. La cama de material. En la noche un calor, te prendía la caldera. El baño... vos estabas acá en la cama, ahí tenías una parecita... El rancho [la comida] te la pasaban ahí por la puerta, una cosita así [chiquita], el bagallo o el rancho, lo que te traen para comer. Te daban eso ¿qué ibas a comer? Si ni salías. Empecé a enflaquecer, enflaquecer. No te dejan fumar. Igual yo no tenía ni quien te de un atado de tabaco. Ninguna visita, nada. Allá se zarpan los milicos. Acá no tanto porque claro, después andan en la calle y uno que es de la calle se los cruza y los puede ajusticiar (golpea una mano con la otra). La ropa me dejaron lavarla dos veces, tres veces. Sí, una vez por mes. Y tenía que estar en bolas en la celda porque estaba con lo puesto. [...] Allá cuando me dieron la libertad me la dieron a las 12 del mediodía. Me dijeron ‘lo que sí, no sabemos cómo te vas a volver a Bariloche, acá en Esquel no te queremos ver más’. Y yo dije ‘cómo mierda hago. No conozco nada’. ‘Acá no te queremos ver’ me decían, ‘si te encontramos te traemos de vuelta’. ‘Bueno’ dije, aunque sea me voy a esconder en el monte, a algún lado, pero que voy a arrancar voy a arrancar. Cuando

me llamaron a la oficina y me hicieron firmar la libertad me dicen ‘acá tenés un pasaje’. Me querían volver loco. [...] Es por eso que no me gusta estar encerrado acá en Emaús. Me da malos recuerdos. No puedo estar adentro yo. A mi dame la calle o el monte. [...]

Después salí y a la calle de nuevo. A robar ganado otra vez, de nuevo a lo mismo. La gorda [su esposa] me decía ‘gordo, otra vez no’. Pero yo le decía ‘qué querés que haga mamita, voy a invitar gente, llama a los vecinos que hoy carneamos’. Y venían todos [me enumera las familias] y yo les daba carne y me decían ‘cuánto te tenemos que pagar’ y yo les respondía que nada, y que se lleven media res también. Después los pendejos del Ñireco me vienen a decir que no respeto [se refiere a una situación que habíamos comentado antes], cuando salí yo fui, porque anduvieron haciendo habladurías de mí. Mandé a decir que los esperaba en El Faro a las ocho, pero nunca llegaron. Salí a caminar para la Esandi y ahí los encontré. Al primero que fajé fue al Muela, después a Vela, a tierra nomás y El Rengo se escondía. Yo cuando agarro viaje, agarro viaje. Por eso los otros me respetan a mí. Conmigo no, conmigo se equivocaron les dije. ‘No tío, nos equivocamos’ y El Rengo [que era el que había empezado el rumor] atrás, ni hablaba. Manga de maricones, qué se creen, el tío sabe respetar. El respeto es lo más sagrado, es lo más sagrado que hay paisano (repite varias veces) [...] Nada, por eso te digo. Yo la pasé recontra larga la vida esta. [...] De a poquito la vamos a ir la llevando paisano, hasta que llegue el destino. Pero todavía no pienso morir, sí, todavía me queda para seguir pateándola [caminándola] (me mira, se irgue y sonrío).

Raúl, al contarme su historia, no oculta los momentos duros, ni los sentimientos que le provocaron, sino que, al contrario, los explicita. La experiencia que trae, entre “historias duras y sufridas”, no lo dejan en el lugar de un “pobre tipo”, sino que, en su sumatoria y en este contexto, lo posicionan como un “paisano de la calle digno de respeto”. Estos eventos narrativos no solo buscan definir quiénes son adentro del grupo de PSC, sino que, al exteriorizar estos valores, también establecer una disputa, una impugnación ante el resto de la sociedad.

Lo dicho por Raúl adquiere sentido dentro de este marco que es “la calle”, un “acá” que se compone de la yuxtaposición de lugares. En esta arena de performance (Bauman y Briggs, 1990) particular se construye el contexto en el que ellos se entienden y donde ciertas experiencias aparentemente heterogéneas (como la calle, el campo y la cárcel) se vuelven comparables, e incluso, articulando una noción de “lo mismo”. El proceso de construcción de sus historias de vida, se basa en traer al relato sus experiencias en otros lugares y tiempos, para hacer respetar su presente en calle.

Paisanos de la calle: historias de dolor que devienen experiencia.

Entre las calles de Bariloche y los campos de sus alrededores, entre estos y las instituciones diseñadas para privar a las personas de su libertad, hay entonces complejas y ambiguas interrelaciones. Lo urbano, lo rural, lo ilegal... aparecen como sitios que, para habitarlos, hay que poner el cuerpo de cierta manera.

La articulación de experiencias calle-campo-cárcel se compone muchas veces del trayecto concreto por estos lugares. Las afirmaciones de “haber andado por todos lados” y el “ser de acá de toda la vida” son igual de

recurrentes y pronunciadas por las mismas personas, muchas veces en simultáneo ¿Cómo es que esto no implica una contradicción? Quien afirma “ser de la calle” en Bariloche también suele tener habilitado denominarse “paisano”. Paisano remite rápidamente a un espacio rural, pero, a su vez, según algunos de mis interlocutores, también es un vocablo común para denominar al compañero en el penal.

En las junturas que se dan en las paradas se articulan saberes. Compartiendo cotidianos, disputando quién es más de la calle, “curtiendo” el cuerpo, las trayectorias aparecen cruzadas, conjugadas y entrelazadas por estos espacios. En estas triangulaciones o pivoteos, muchas veces las fronteras entre los referentes espaciales se vuelven difusas. Por ejemplo, cuando pregunto a Muela y Raúl de dónde se conocen me dicen “de la calle, siempre en esta”. Sin embargo, el relato que hacen de aquel primer encuentro, en el que uno aparece montado a caballo, el otro descansando cerca del Río Ñirihuau, ambos robando ganado, cada uno “haciendo la suya”, acordando no delatarse para terminar finalmente carneando y comiendo asado juntos, a mí me remite a un contexto rural. Planteado esto, en un intento de organizar la exposición, a continuación traeré dos historias de vida. En ellas aparecerán dos marcaciones enfáticas diferentes. Por un lado, la historia de Muela, que ancla su pasado mayormente en el campo y la calle, y la de Pipa, quien también coloca como central la calle, pero le da un mayor lugar a la cárcel.

Saber qué hacer: Calle y Campo.

13 de agosto del 2021. Parada de la Panadería Trevisan. Zona Ñireco.

¿Vos querés saber quién soy? ¿Querés conocer mi historia de porqué estoy acá? Bueno, te la voy a contar porque vos sos un compañero. Pero no te voy a contar todo, sí (se ríe y levanta el índice), te voy a contar algo como para tu libro, como para que me entiendas... pero no me vas a terminar de conocer, en la casita [Emaús] nunca van a comprenderme por qué ando acá, uno nunca conoce del todo a una persona.

Un día yo estaba ahí en el campo y me fui arriba, a la señal [un lugar donde obtener señal de celular] a rejuntar los animales. Y me mandaron un mensaje que me dijeron si podía hacer algo. Yo les dije que bueno. Si sale, sale. Si no sale, no sale. Y después corté el teléfono y a rumbiar [ir] a ver los animales. Toda la noche carneando. Toda la noche. Hasta las 8 de la mañana estuvimos yo y dos más.

Muela, sabiendo mis intereses por conocer sobre su historia de calle y porqué estaba durmiendo allí, abre el relato hablando del campo. Este a su vez lo conecta con algo ilegal: el robo de ganado. Me va a comentar todas sus habilidades y saberes para no ser atrapado. De qué tamaño sería el rastro según el tipo y la cantidad de animales, cómo evitar los controles, cómo usar el caballo para borrar el rastro, la diferencia en la posterior venta, “yo traje vacunos, no traje huevadas. La carne de vacuno, de oveja, de cordero es lo más fácil para vender, el caballo es otra historia”, qué hacer con la sangre y qué con el cuero. La diferencia entre la “cuatreada” y la “matreada”: “matrero es cuando salís solo, cuando vas con tu caballo; cuatrero es cuando salís con cuatro personas o un poco más”. Y ahí continúa con otra historia más reciente, que conecta calle y campo:

El otro día que salí del hogar [Emaús] a hacer mis cosas. Hice una matreada al principio. Se los dejé en el puente, fui, dejé el caballo, desensillé, todo y los otros salieron. Ahí ya era cuatreada. Si los agarran a ellos es su historia. A mí en estas nunca me agarraron. Aprendí a montar por mi finado abuelo, paisano de El Foyel. Después aprendí solo a jineteo. Tráeme un potro ¿sabés cómo te lo jineteo? Jaaa ¿cómo qué no? ¡A cuero limpio eeh! Igual yo te sé llevar un caballo cuando no tiene bozal, ni cuerda, ni nada, tenés que llevar una varilla. Le ponés la varilla en la frente y ahí va frenando. Si le ponés la varilla en el costado de la carretilla [mandíbula] se va para allá. No, no, si hay que entender la historia acá. Eso me lo enseñó mi finado abuelo.

La historia que conectaba con el campo e iba en un subidón de alegría, la interrumpe una mujer que salía de la panadería, que lo saluda con un beso y por el nombre, le pregunta por el resto de “los chicos”, le cuenta de su actualidad porque hace “unas semanas no se cruzan”, se despiden con un abrazo. Las interrupciones a lo largo de la conversación en calle son frecuentes. En la hora que conversamos, más de diez personas intercambiaron chistes, saludos, algunos le dieron comida o dinero. En este caso, Muela aprovecha para alardear de su éxito con las mujeres “a ella la conozco hace rato largo. Es un amor que tengo (Me levanta las manos y sonrío) ¿No sobró nada amigazo? ¿Una monedita, cien mil dólares?” Se ríe un señor, le pasa plata mientras le dice “tome alcanza para uno [un vino]”. Muela continúa:

Y bueno, la costumbre, la calle es así. Y nosotros no tenemos problema. Campo o ciudad no hay problema. La calle es la calle, la calle es jodida. Día a día tenemos que luchar. No, si nosotros no estamos en cualquier lado, a mí me conoce todo el mundo. Estuve en Buenos Aires, en Córdoba, en Neuquén, en Plottier. La calle allá es jodida. Es más jodida que acá. Allá no tiene que ver con gente de campo. Acá sabés más o menos quién son y quién no. Allá tenés que ver con qué gente juntarte. Esas son las historias de la calle, tenés que saber manejar la gente y tenés que saber lucharla también y vivirla. Tenés que vivirla y pelearla. Tenés que pelear día a día el respeto de la gente. Si te haces respetar tenés todo... Y no es cuestión de ser malo nada más, porque si no por ahí nadie se meten con vos pero la gente no te deja una moneda. Hay que luchar el día a día. Pararse de manos a veces. Ojo, no sabés si vas a ganar o perder. Tenés que primerear nomás y listo (se ríe). A los policías los trato de igual manera. Ellos me conocen. Yo los conozco. Cuando estuve así (me hace un gesto de estar esposado) yo supe quién eran ellos y ellos supieron quién era yo (me levanta las cejas). No es que yo soy malo o soy bueno. Yo llevo mis códigos. Vos si me tratás bien, yo te trato bien. Si vos me faltás el respeto, yo te voy a faltar el respeto también. Ese es el código de la calle.

De esta manera, el código de la calle es un código que sirve para la vida, aprendido allí, en el campo o en la cárcel. Para que sea válido hay que aplicarlo “sin saber si vas a ganar o perder”, o sea, sin pensarlo, sin temor al riesgo. El respeto aparece como lo central en la relación con todo tipo de personas. La calle, en sí misma, se compone de lugares diversos en los que uno debe sumar experiencia para ganar ese prestigio:

Con la venta del campo de mis abuelos quedó familia por todas partes menos allá, pocos allá [en El Foyel]. Me trajeron a Bariloche, también algunos están acá, otros en el Viedma, otros en Lago Puelo, otros en Bolsón. Acá en Ñireco empecé a andar de chico ya. Allá mi tío en el aserradero me daba de fumar y mi abuela, que era bicha [astuta, atenta] veía en el bosquecito el humo del cigarrillo y me retaba. Un día salí con mis amigos del barrio porque me peleé con mi familia. Con ellos nos colábamos en el cine. Esa vez, cuando nos echaron, después de

que terminaron todas las películas, nos metimos en un nicho de gas grande, ahí con unos cartones. Era pleno invierno y no pasamos frío, nada. Entrábamos los tres, no molestábamos a nadie ahí. Después crecí. Me pusieron una orden de restricción porque me peleaba con mi papá y mi hermano. Ahí empecé a andar más, vos me ves mucho en Ñireco porque ahora hice mi lugar acá pero yo, en realidad, el primer lugar donde empecé a ranchar fue en los campos de Arelauquen⁴⁶ Allá había un arroyito y las noches de luna llena nos metíamos ahí a pescar. Íbamos con los ganchos y la linterna. Sacábamos una cantidad. Y después ahí si me vine para acá abajo. Antes nos juntamos con los pibes que vivían por ahí por el Treinta y cuatro Hectáreas. Yo vivía ahí. Después de pescar íbamos ahí a escabiar. Vendíamos los pescados. Mucha plata hacíamos. Después ahí anduve por al campo, por distintos lugares. Cinco años estuve cerca de Pilcaniyeu. Ahí te quiero ver, eeh?!. No! si es jodido. Así fui, hasta que aprendí a caminar la calle. Nunca me faltó nada. Yo si ahora quiero voy a pedir fiado y me dan. De a poquito, de a poquito, eso me lo fui ganando. No! si yo tengo la picardía de mil y una, eeh?!. Hay que vivirla nomás ¿Que vas a estar acá sentado y mirando así como pasan los autos nomás? Hay que activar y hacer algo. Algo tenés que inventar.

Mi finado abuelo, que llevaba mi nombre, me dijo una vez: “vos sos indio, y te vas a ganar el respeto de todos, el respeto de tu familia”. Por eso me enseñó lo de la varilla (me vuelve a contar como funciona y otros trucos, orgulloso) y me enseñó a ser así (pone su índice en la cabeza, y lo apunta al frente). Esas cosas valen oro. Cuando él murió... el campo... quiso comprar Sylvester Stallone y Tinelli también. Lewis lo quiso comprar y le dijeron que no. Al final se lo vendieron. Más de 100 hectáreas eran. Hay mallín, arroyito, de todo lo que sea. Stallone lo quería para hacer películas. Y mi finada abuela le dijo que no. Venían en helicóptero y todo, con maletín encima, con dólares. No, le dijo mi abuela, no (se ríe). Mi finada abuela se llamaba Margarita Muñoz. Ella nunca quiso vender “no, porque a estos ricachones yo no les vendo porque estos van a ensuciar las tierras”... Hasta a mí me salvó una vez, de un cuero. Del cuero que te arroja, el cuero, que te lleva y te mata. Un día yo iba a caballo, íbamos a ir a buscar una vaca empantanada que andaba en el mallín y la íbamos a sacar. Yo iba a cruzar. Ella me dice, ‘pará pará pará’. Se bajó, todo, cortó una varilla de mosqueta, no, de michay, porque mosqueta no había, y la mandó [clavó] ahí en la orilla del río. El cuero saltó y la arrojó así. Cuando arrojó así, se destempló y ahí nomás arrancó [se fue]. Y claro. Los pinches lo hicieron mierda. ‘Viste’, me dice, ‘tenés que saber cómo andar’. Y ahí aprendí a andar. Cómo era la movida. Mi abuela ya sabía. Y mi abuela tenía ochenta y algo de años. Ella había nacido en esa tierra y toda la vida vivió ahí... y murió ahí. Si ya lo conocía, ya conocía cómo era la historia.

De esta manera, Muela, pone en valor el “conocer”. A partir de lo experimentado, él “aprendió a andar”. Las experiencias traídas desde los campos del Foyel, luego fueron volcadas en sus propias prácticas en los campos de Ñorquinco o en los cercanos a la cordillera, donde “pasó más frío que en la calle”. Del legado de sus abuelos habla poco, es un tema reservado, pero me cuenta cómo hoy preserva conocimientos que le dejaron, y están presentes en sus prácticas en calle:

De chiquito veía a mi viejita y mi tío, iban a la madrugada. Iban a las cuatro de la madrugada a la cueva de Perner. Era una cueva de indios en el campo de Perner, que queda un poco más allá. Y ellos miraban así, flechas

⁴⁶Arelauquen Golf & Country Club cuenta con una superficie de 780 hectáreas y se ubica a las afueras de Bariloche, en la ladera del Cerro Otto y a Orillas del Lago Gutiérrez. Queda a 12 km del centro de esquí Catedral y a 25km del aeropuerto internacional, y, al mismo tiempo, limita con los barrios de El Alto.

de indios, puntas (gesticula como si estuvieran por todas partes). Un sillón de piedras re livianito para ellos. Todo de piedra hecho. Pero llegaban hasta cierto punto y el sillón pum, se volvía pesado. No lo podían sacar. Y ahí estaba todo el tesoro. Porque a mi vieja le había llegado la luz de que vaya a sacar el tesoro. A mi tío igual. Donde caía el tesoro tenías que escarbar y ahí, por ahí, encontrabas una montura de oro o plata o una caja de monedas de oro. Y ellos como nunca fueron avariciosos de la plata, nunca la desenterraron. Sabían y nunca la desenterraron. Mi abuela ya sabía. Como dicen en la noche de San Juan, el 23 de junio, cuando vos miras a la punta del cerro, si se te aparece una luz, seguila, seguila, que es buena suerte para vos. A donde se desaparece esa luz, por más que sea de noche, dejá una seña, algo, y enterrala ahí. Al otro día andá a desenterrarlo, que ahí te van a volver. Son cosas de los indios que dejan a los pobres... si nosotros también somos indios, los chicos de la calle, la gente toda de acá. Pero como nosotros no somos avariciosos de la plata, no nos da importancia nada, agarramos y seguimos nuestra vida. Si yo gano bien hubiera estado bien parado, a esta hora ni hubiese estado charlando con vos. Pero a mí me gusta esto. Esto me gusta. Esto me gusta la-ca-lle. Me gusta sufrir la calle. Me gusta vivir el sufrimiento. Pero porque yo sé que tengo gente allá arriba que me está cuidando y nunca me hace faltar nada. Gracias a dios y a toda la gente que tengo en el corazón.

Mañana yo necesito esto, pasado me la traen. Al rato me la traen. Voy allá a los semáforos, monedeo, 100, 200, 500, 20, dale que va. Listo. Ya me hice el día. Me vengo a descansar y a escabiar un rato. No tengo problema de nada. La vez pasada le digo a un hombre que me entregó 500, ahí se trata de compartir con los compañeros cuando uno está en las buenas. Mis antepasados me hacen presentarme a personas que en el momento me pueden ayudar, pero como dice el dicho, si vos das, se te va a venir el doble o el triple para vos. Pero vos tenés que dar de corazón. La semana pasada me voy a la ranchada, pum, digo, me levanto y me voy. Ya habían cerrado los locales, todo y alguien me había dejado una campera en las piernas. Me llevo mi vino para pasar la noche, cruzo la calle, voy encarando para el pasadizo ahí por las vías del tren, que te mostré el otro día, y en una de esas veo un Reno 12 que gira y me tiran seis tiros con una 9 milímetros y tres con una 22. Yo me quedé ahí, agaché la cabeza un poco nomás. “Pedro” me gritaban ¿Me habrán confundido con el cabezón? Iña estaba en la ranchada todo agitado y me dice “¿Qué fueron esos tiros, estás bien?” y yo ni asustado estaba, si no le tengo miedo a la muerte le dije, mi gente me cuida.

En la calle, esta vez Muela trae la cuestión de ser “un indio” como una categoría relacionada al aguante, con especial anclaje en el campo. Un aguante pensado desde el “ser humilde”. No tener miedo, enfrentar el sufrimiento y compartir “la pobreza” aparecen como valores en relación a un pasado que conecta. Así, aunque no se hable frecuentemente de ello, o al menos no me lo cuente a mí, la calle y sus experiencias aparecen compuestas también por distintas protecciones, espíritus y riesgos que no son perceptibles para todos, pero que es fundamental conocerlos y, sobre todo “saber qué hacer”:

En calle se me han aparecido duendes, gnomos. No... eeh?! duendes. Como también un chico, una chica que pegaba un grito como llorando, pero son gente que mataron ahí. O sea no ahí donde estoy, sino cerca del lugar donde estoy. Pero a esos no les di importancia. A los duendes sí. Vi uno gnomo así (30 centímetros). Blanquito. Blanquito y peludito era. Parecía una rata de esas blancas pero iba caminando así. Bueno, y ese día, corrí la puerta de la ranchada y estábamos charlando así y de repente me dice “¿lo viste?” “Sí, lo vi”. Estaba con el Nehuen, por ahí lo vas a conocer. “Lo vi, pero no le des bola”, le digo, “andan güeviendo”. Parecía un hámster,

iba (lo imita correr) pero vos te crees que pasó así hasta la pared y en la pared desapareció y no se vio más. “Eso es buena suerte nomás”, le explico a Nehuen que por ahí se había asustado porque el solo había visto a la dama de blanco de la Cueva del Diablo, esa es más jodida, sí. Los duendes hinchan las pelotas, te pueden esconder algo, apagar la radio, son jodones [bromistas]. Pero lo que tenés que tener complicado son los gnomos. Los gnomos te llevan a la pérdida, fif, te pierden la mente en el camino, te pueden llegar a matar. Hay que cuidarse de ellos. Igual es medio difícil encontrar un gnomo. Los encontrás cuando andás solo. O por ahí encontrás un nene que te encandila y te quiere tomar la mano y te llevan. Ellos se disfrazan y te pueden llevar a la muerte. Después tenés los cueros pero acá no hay tanto, allá por el Lago Mascardi tenés que tener cuidado porque ahí sí saben andar. Acá en el lago [Nahuel Huapi] hubo uno nomás. Va, yo que lo vi. Pero no tenés que perseguirte. Si le das bola es peor. Porque por ahí vos pasas, pisas el cuero y ni cuenta te diste y el cuero por ahí ni cuenta se dio, pero por ahí cuando vos sabés que hay un cuero te envuelve, te arrastra y... ¡Eeh Suarez! ¡Eeh! ¿Ya está? ¿Me vas a sacar otro coche más o a la casa? Bien, bien, sino te hago multa, eeh?! (se ríe con el conductor de una grúa que llevaba un auto) ¿Ves? Mirá cómo estoy. Ahí está cruzando el que me trae mate cocido, ahí lo vas a conocer. Como mi abuelo, el paisano sabía decirme, el respeto es todo, con el respeto vos llegás a todos lados pero te lo tenés que ganar.

De esta manera, utilizando principalmente su trayectoria en el campo, Muela construye su presente en la calle. Una forma de ser que, incluso, él puede presentar con orgullo. Ese invierno, Muela era el único que había quedado en calle en la zona, padecía un dolor de pies que le impedía mantenerse con calzado o caminar muchos metros y ni siquiera conocía el motivo de ello. Las temperaturas eran crudas y, mientras charlábamos, el sol empezaba a despedirse para dar lugar a una nueva noche en la que estaban anunciadas mínimas de siete bajo cero. Para enfrentarlo contaba con unas frazadas, un colchón, una radio a pila, un vino y los derrumbes de una pequeña habitación en la costa del lago, zona donde, incluso, hace más frío. En este contexto, toma fuerza de su trayectoria y el “saber qué hacer” para, una vez más “pelear por la vida”.

Trayectorias Institucionalizadas: Cárcel y Calle.

20 de mayo del 2022. Yo sentado en la única silla y él, en el colchón de la pieza que acababa de alquilar.

Siempre. Calle siempre. Yo me considero una persona de la calle. Si se me complica por una cosa u otra yo tengo la calle ahí. Salía de estar en cana, me iba a la calle. Cuatro inviernos pasé en calle. Lugar sagrado Bariloche. Lo conozco como la palma de mi mano, de punta a punta. Estuve en cana, todo, pero yo no me olvido el nombre de una calle. Hay calles que por ahí no recuerdo pero ya pensando un poco ya sé dónde queda, cuál barrio es. Hay barrios que no conozco, barrios nuevos que hay. Mis mejores momentos siempre fueron en la calle. En calle tenía un lugar. En calle la pasé lo mejor. Nunca me faltó nada. Mucha gente me ayudó. Conocí mucha gente. Del centro conozco todo. Ahora murieron todos los viejos que andaban por allá por eso no vamos más. Lo que más me gustó es siempre la Onelli. Pero nunca pasé mal en la calle. Después hubo familia mía que me ayudaba. Pero hay veces que no entendían. Me querían llevar a la iglesia pero no quería saber nada con la iglesia. Por ahora no. El día que quiera ir a la iglesia voy a saber yo. Anduve mucho por el centro en un principio, el edificio Center, Mitre toda, Moreno, Km 1, hasta el km 12. Estuve viviendo enfrente de la Federal ahí. Después estuve enfrente del Carrefour, donde está Total Sport. Después estuve viviendo en Villa Los

Coihues. Anduve en un par de lados de pibe. Después, de más grande, estuve mucho con el finado Zorzal. El que se quemó las piernas en la ranchada de Quaglia.

Pipa construye su trayectoria desde un marcado ser de la calle. Incluso, contrario a lo que se podría suponer, la define como un lugar de resguardo ante cualquier eventualidad. Esto lo hace mientras comienza a alquilar una habitación, dejando en evidencia, de nuevo, que ser o no de la calle no está completamente condicionado por el lugar en el que uno duerme. Lo que encuentro destacable es que él no ha pasado un tiempo significativo de su vida adulta concretamente en las calles: desde los 18 años en adelante, Pipa completó una condena que, dividida en cinco condenas diferentes, sumó 17 años y medio. Luego de su mayoría de edad, “lo máximo que duró afuera fueron seis meses”. En el momento de la entrevista completaba el cuarto mes en libertad. En este sentido, Marcela Tomas (2020) en su etnografía en el penal de Bariloche, señala que los muros de la cárcel funcionan como una “membrana” con cierta flexibilidad, que se deja atravesar por continuidades entre el adentro y el afuera del establecimiento, teniendo la experiencia acumulada allí, efectos duraderos y transportables en y por los cuerpos. Estas prácticas pueden ser tanto las rudas, como las de cuidados. Pipa continúa su relato contándome su vínculo con Zorzal, un conocido “finadito de la calle”:

Con el Zorzal vivimos juntos en calle, compartimos todo. Cuando se prendió fuego la ranchada todos salieron corriendo, nadie lo fue a ayudar, pero cuando cobró, todos se acercaban, hasta su ex mujer venía a sacarle la plata. Así que me hice cargo yo. Conmigo no le faltaba nada. Yo estaba las 24 horas con él, lo llevaba al hospital, lo subía y lo bajaba del colectivo. Él no dejaba que me falte nada tampoco, me decía que era su hijo de calle. Habíamos reventado [ocupado] una casa ahí en Onelli y Brown, al lado de la carpintería. Le robé la luz al vecino, teníamos un tacho con leña que me robé yo, que me costó un huevo porque son pesados. Lo invitamos a Galindez a parar con nosotros. Zorzal cobró y a la otra noche Galindez se había robado todo. Llegamos a las rocas y vemos tremendo asado. Lo mandé más de un año a tomar suero. Casi lo maté. Con Zorzal no. Después me lo crucé allá arriba [a Galindez] y me salió con un cuchillo así (gigante). “Viste la cagada que vos te mandaste”, le digo yo. Y ahí me dice “sí, la cagada me la mandé yo”. Otra es que vos tenés que ayudar a una persona que está inválida. No tenés que aprovecharte de la gente, menos de esa gente que anda así. Porque va a venir uno más loco que yo y te va a cagar matando. Si él fue el que se equivocó. Yo no me equivoqué. Yo defendí no lo que era mío pero sí lo que era de mi compañero. Zorzal siempre.

Si bien su historia en calle no es la más extensa en años efectivos, él puede justificar su ser de allí en base a su conocimiento y aplicación de los códigos: fundado en lógicas nativas de la edad y la masculinidad, no solo se posiciona él sino que también elige con quién compartir y a quién respetar. Zorzal ocupa el lugar de una persona mayor, digna de cuidados y reciprocidades: tiene historia en calle y su discapacidad proviene de ella, comparte su pensión y realiza regalos en fechas importantes. En este marco, Pipa también puede justificar el uso excesivo de la violencia como una reacción natural (apropiada o esperable) frente a una falta de respeto que se estableció ante una persona “mayor e inválida” que, además, era considerada “como familia”. Cuando, mediante ese gran cuchillo, es increpado por lo que hizo, responde con una postura que “carece de temor al riesgo” y plantea su posición como digna de ser respetada. Según cuenta, incluso la

víctima del ataque reconoce que no debe tomar venganza porque fue él quien tuvo una actitud incorrecta. En su capacidad de ataque, su seguridad al momento de hacerlo y luego mantener su postura sin temer ni titubear por las consecuencias, hay actitudes de “aguante”. Planteado esto, comienza su historia por el principio:

Mi vida es.... Siempre fue calle. Desde los ocho años que laburaba de cadete, ayudaba a la gente a embolsar las cosas, llevar los carros, haciendo mandados, hasta los diez que me fui de ahí. Ahí ya calle. Ahí fue cuando falleció mi viejo y empecé a andar robando, no me importó más nada. Empecé a andar la calle. Empecé a caer en cana. Por día llegué a caer seis, siete veces. Mi abuela me iba a sacar. Me querían agarrar de un par de instituciones y yo no duraba. Andaba robando, por andar con el Poxi-Ran, después agarré el escabio y fue, agarre el cigarro y nos vemos. Empecé a tomar a los once. A los ocho empecé con el Poxi-Ran. A los nueve con el cigarro. Me han reventado la trompa, todo. Siete años tenía cuando me hice los cinco puntos (me muestra el tatuaje en su mano), significa la muerte a la gorra. Yo cuando tenía 14 años a mi hijo me lo mató la gorra. Después empecé a caer en cana. Me llené el cuerpo de escrachos [tatuajes tumberos].

En cana pasé muchas cosas, pasé muchas cosas ¿Ves que tengo marcado el cuello acá? Casi me degollé en el penal. Me colgué, estuve dos meses en terapia. Estaba que volvía para este lado, que me iba para este lado. Por ahí estuve en pabellones que estaban todos contra mí, y de a uno, mano a mano siempre los fui sacando, los fui corriendo, fui ganando mi lugar hasta que me quedaba solo en el pabellón o ganaba mi traslado. Llegas a un penal y están todas las pintas [los presos] que te la quieren dar. Todo eso que viví te ayuda un montón a la hora de estar en calle. Yo en cárcel le decía a uno “vos vas a ser mi gato” y lo tenía ahí para que me haga favores o lo que yo no podía hacer. Eso mismo de los gatos se puede dar en calle igual, yo he mandado a robar por mí. Si no tenés gatos despiertos no está la seguridad de que no te van a lastimar, por eso en calle también te tenés que levantar temprano y estar con tu fierro del 8 o del 6 [hierros de construcción de distintos diámetros que se usan como arma blanca] ahí. En la cárcel uno toma de todo también, ahí entra todo. Pastillas y alcohol más que todo. Eso lo mismo, pero ahí lo que es peor es el puro código. No podés hablar, no podés mirar que te tenés que ir a las manos. En cana es más eso, es más estricto. En todos lados [en todos los penales] es así. Pasa la mujer de otro preso y mirás al piso. Hay gente que lleva los códigos desde años y tienen su respeto también, igual que lo hacían los finados [de calle]. Hay pibitos que entran, se juntan con un par de cachivaches y no tienen un respeto. Te gritan atrás de la reja, que es falta de respeto. Ahora te tiran agua caliente atrás de la reja, te tiran aceite hirviendo, te largan la puñalada atrás de la reja, te ‘caranchean’ entre todos, te patotean, todo. El ‘guacherío’, los pibitos, están agarrando las malas costumbres. Terminan mal esos pibitos. Ahora igual en la calle hay zonas. En el Ñireco ya no podés andar. Antes había respeto, ahora ya no. Hay mucha gente de afuera. En la cárcel tenés que llegar, pararte más de manos por tus causas. En la calle vos salís de estar en cárcel y hay mucha gente que te respeta. A mí hay muchas gentes que me respetan.

En este fragmento comienza por conectar sus principios en la calle con los que se aplicaban en la cárcel y cierra con el movimiento inverso, hablando de la cárcel en relación a la calle actual. Lo ilegal, las peleas, las jerarquías, el odio a la policía, el respeto, las alteridades etarias de mayores y pibitos y los consumos comprenden, para Pipa, diferentes puntos de contacto o más bien, continuidades entre ambos lugares, como dice él “empecé a andar la calle. Empecé a caer en cana”. Lo aprendido a través de la experiencia en un

lugar puede ser transferido al otro. Incluso comenta que hay personas en calle que lo respetan de antemano porque conocen por todos los penales en los que anduvo, demostrando que estas trayectorias son sumables en una vida de “siempre calle”. Lo que resultó aún más novedoso para mí es la conexión que también establece con el campo:

Soy de acá. Nací acá. Siempre acá. Después anduve por Bolsón, Lago Puelo, Maitén, Ñorquinco, Fita Miche, Villa la Angostura, El Pedregoso, Buenos Aires Chico, por todos lados anduve. Conozco un par de lados. Jacobacci, Comallo, Pilca, Clemente Onelli, Línea Sur... conozco todo igual, hasta Río Chico. De Río Chico pegaba la vuelta y salía acá en Bolsón. No... ¡Si conozco todo! En Bolsón le di comida a una banda de familias. Estuve un tiempo con los mapuches allá por Bolsón. Realmente andaba prófugo de la justicia. Con los hippies no podía seguir estando porque ya me habían visto. Por eso me tuve que quedar con los mapuches. Por todos lados conozco. Muchos lados conozco. Me conoce mucha gente como soy. Todo esto es porque me encantan los caballos. Cuando era nene un día fui a Pilca [Pilcaniyeu] y salí corriendo atrás de los caballos y cuando me acordé estaba en Perito Moreno caminando entre los caballos, ahí fue cuando conocí a los Cisterna. Iban para la fiesta de Pilca, todos a caballo. Siempre hay tradición en Pilca, en la fiesta, aniversario de Pilca. Me fui para allá. Allá me enganchó la policía y me trajeron para acá y acá de nuevo con los abuelos que habían hecho la denuncia de que había desaparecido. A partir de ahí avisaron. “Sí, llévelo pero cuídenlo”. Ellos son una familia de campo pero pesada, sí [hacían muchas cosas ilegales]. Después bajábamos leña, palos de ciprés, no le cobran. Me he traído caballos ariscos, medio que los jineteaba, medio que los amansaba en el mismo instante. Todos me miraban cuando llegaba al barrio.

En el campo fue que conocí mucha gente que después me hizo la segunda en la cárcel. Mirá, que vos puedas conocer... está el Ale Villarroel, estuvo un montón de años en cana conmigo. Al Miguel lo conozco. Al Biscocho López igual lo conocí en cana. Al César Lopez, el hermano también. A Arturo Sánchez igual. Porque por eso si vos ahí adentro no lo conoces todo el mundo se dice paisano. Como anda paisa, como anda paisano. Todos. Está más relacionado todavía más el campo con la cárcel. En todas las cárceles en las que pasé se dicen así. Compa te dicen los que te conoces hace años. Paisano se le puede decir aunque uno no lo conozca y si no se llama por nombre, lo demás es falta de respeto.

La enumeración de lugares, seguida del “por todas partes anduve, conozco todo”, es muy frecuente entre mis interlocutores, principalmente con aquellos que se identifican con el campo. En general se mencionan gran cantidad de parajes pequeños, incluso estancias, demostrando conocimiento de ruralidad. A continuación marca su relación con una familia conocida que es frecuentemente asociada a lo delictivo en la ciudad. Con ellos es con quienes realiza experiencias rurales: fiestas de la tradición, jineteadas, robo de caballos, talar y vender madera. En estas experiencias es donde conoce gente de campo con la que luego establecerá relación en cárcel, donde, según Pipa, todos utilizan “paisano” como genérico para llamarse⁴⁷. Las seis personas que menciona tienen una trayectoria carcelaria y rural, pero yo las conozco por sus presentes en calle. “Ser de acá” refiere y constituye, para Pipa, toda esta trayectoria diversa, en la cual, la mayor cantidad de su tiempo, la pasó repartida por los distintos penales de la Patagonia.

⁴⁷En comunicación personal con Marcela Tomas me cuenta que la categoría “paisano” apareció con relativa frecuencia en el penal de Bariloche pero no era central para la construcción de los procesos de subjetividad de las personas privadas de su libertad.

Códigos y Sentidos en Triangulación

Los “de la calle” van habilitando, en sus presentaciones, conversaciones y haceres, diferentes capas de lo que constituye “ser paisanos”, “ser de acá”. El sentido que emerge más rápidamente es el del campo. Con cierta sencillez, la gran mayoría rescata y pone en valor una trayectoria rural ligada al trabajo. Hay que considerar que, para personas que tienen entre 30 y 80 años, Bariloche constituyó, en su juventud, un lugar mucho más rural del que es hoy. El desarrollo urbano se impuso rápido, dejando solo manchones aislados que ayudan a representar los recuerdos que tienen. Esta experiencia, además, suele ser muy contestataria al estereotipo de la vagancia, ya que las posicionan como personas “guapas para trabajar” y poner su cuerpo. Lo siguiente que suele aparecer en los relatos es la calle propiamente dicha, en relación con lo que se comparte diariamente o haciendo eco de sus itinerarios, las zonas que “manejan”, las personas que conocen y las historias de lugares. Por último, y de manera mucho más solapada, tenemos las historias de cárcel. Si el campo constituye un lugar en el que “se anduvo bien”, la cárcel es un lugar “donde uno estuvo y pagó pero ahí siempre malos momentos”. Si bien se suele utilizar lo resistido al estar privado de libertad para postularse como una persona con una trayectoria digna de respeto, el haber sido procesado por algún tipo de crimen está claro que tiene una condena social con la que es más difícil lidiar. No se habla mucho del tema, la mayoría de las personas lo comenta “cuando te conoce hace tiempo” y las causas por las que se “cayó” rara vez son compartidas. Sin embargo, hay un tema sobre el que se habla incluso menos. Las referencias a la etnicidad, situada casi siempre en el campo –y mucho menos en la cárcel--, suelen quedar silenciadas o solapadas en algunas expresiones en torno a la ruralidad, “mi mamita nunca aprendió a hablar español así que cuando venían los huinca como le decía ella yo tenía que salir a vender los chivos[y continúa hablando de la venta y trueque de animales]”. Hay dos formas marcadas de apertura: por una parte, el tema de la identidad étnica puede emerger en contextos de mayor profundidad del vínculo y progresiva llegada al tema, donde aparecen, delineando la cuestión, los mencionados “espíritus” y las historias “de indios”; y por otra parte, en la más aparente casualidad, a través de frases supuestamente fortuitas como “sentémonos en el piso, si somos todos indios... (y continúa en tono más bajo) hijos de esta tierra como nuestras madres y abuelas”, en algunas palabras en mapudungun, o a través de dichos que se suelen repetir con contada frecuencia hasta que son interrogados, luego de eso tienden a desaparecer o, en algunos pocos casos, a abrir momentos profundos de conversación.

La calle de Bariloche es un poco de la cárcel y otro poco del campo. Los códigos y sentidos se contienen en esta triangulación que deviene “acá”. Contenidas en el triángulo aparecen ciertas ideas ligadas a experiencias corporizadas que los posicionan como personas “mayores” y que se “la bancan”, parándose como dignos de respeto. Estas posiciones sostienen el honor y el orgullo en las condiciones materiales más precarias, sorteando un sinfín de estigmas (vago, ladrón, mapuche). En las historias más ruralizadas aparece fuertemente la idea de “saber qué hacer”. Este conocimiento no solo se plantea frente a los riesgos físicos y a cómo pararse frente a ellos, sino que dentro de ellos aparecen, en ocasiones, los bordes ontológicos. Otra buena parte de las vivencias que aportan a constituir la calle son las transitadas en la cárcel. Una persona “de

la calle” muchas veces ha pasado por una institución total y/u otras de diferentes tipos que suelen proporcionar potentes influencias en la identidad de las personas. Contrario a lo que se suele apuntar con las ideas de “aislados” o “marginados”, estas vidas pueden ser pensadas desde la lógica de lo que se produce como Estado. Sus historias pueden ser leídas a partir de las intervenciones que fueron realizadas y aquellas que no fueron hechas a tiempo: huérfanos o con falta de presencia familiar, consumos en la niñez, situaciones de violencia doméstica o al interior de sus casas, poca o nula escolarización, trabajo temprano que continúa con empleos físicos y en general en negro, suma de lesiones mal curadas, falta de acceso al sistema de salud en carácter preventivo y primeros accesos directamente para la internación de la cual se escapan para luego reincidir. En estas trayectorias, el vínculo más prolongado con una institución estatal suele estar entre el Hogar Emaús y la Cárcel.

“Ser de acá” constituye un diacrítico complejo. No se puede entender la calle pasando por alto la triangulación o pivoteo que las personas realizan. Quien tiene mucha experiencia en el campo o en la cárcel, rápidamente, con poco tiempo concreto en la ciudad, le aparece habilitado el lugar social para postularse desde un “soy de la calle”, aunque su localización física no haya predominado en este espacio. Las experiencias devienen intercambiables, producto de sus frecuentes conexiones, y configuran la textura cotidiana. La convivencia produce esta yuxtaposición de sentidos. También es la que los separa de otras PSC, como por ejemplo “los malabaristas” o las personas que solo “están en calle” por la pérdida de su trabajo o alquiler, donde los pasados mantuvieron trayectos distantes. Es la convivencia en el itinerario la que explica esta diferencia y las similitudes dentro de la diversidad. De esta forma, a partir de estas trayectorias nutridas por el “acá”, se marca un sentido muy local, que deviene en “la calle vivida”.

CONCLUSIONES

La calle, es entendida como una compleja red entramada por el acontecer de cada una de las personas que se encuentran y desencuentran al transitarla y habitarla; una red que se va conformando en un entorno de desigualdad. Este constituye, constriñe y distribuye los lugares que quedaron disponibles para estas personas, que se sedimentan y se habilitan entre las risas, el tetra y el llanto. En este sitio donde se pasa frío, se puede sentir una abrumadora soledad y el cuerpo se encuentra exigido al máximo también se puede ver -siempre y cuando uno logre pausar algunos preconceptos- que para “los de la calle” deviene morada de encuentro, permanencia e incluso afecto. Los interrogantes estuvieron situados en estos procesos de producción de subjetividades no suficientemente presentes en la mayoría de los diálogos que se pronuncian sobre ellos. De este modo, se prestó atención a los diferentes diacríticos que establecen para identificarse y separarse del resto, y para crear sus propios sentidos de “ser de la calle”. Esta forma de nombrarse a sí mismos, podría interpretarse, en una comprensión superficial, como una categoría externa y en apariencia estigmatizante o esencializadora de la pobreza. Sin embargo, su utilización por parte de mis interlocutores nos invita a pensar en otras direcciones. A través de cada una de las partes de esta tesina, me propuse compartir el modo en que el “ser” conjuga desigualdad y exclusión con una búsqueda permanente de recovecos de dignidad, de filiación y relacionalidad. Estas páginas tratan, en definitiva, de los lugares, los itinerarios y las trayectorias, que se relacionan con “paradas” y “ranchadas” y maneras de hacer las cosas tales como “compartir” y “respetar”, y con conjuntos de “allá” que son traídos en historias de campo y cárcel para devenir un “acá, calle de Bariloche”.

Si estas personas están -en marcos constreñidos- eligiendo la calle, la pregunta que queda disponible para hacerse es ¿ante qué opciones eligen cuando eligen? Entiendo, en línea con Santiago Bachiller, que la situación de calle es la punta del iceberg, la versión más extrema y visible de una problemática mucho más amplia. Los “de la calle” -como quizá no queda reflejado con justicia en el acotado espacio de este trabajo-, ante la dureza que implica este cotidiano, en algún momento sienten y encarnan el riesgo. Esto ocurre cuando se experimenta como algo que ya no se puede “banca” y que genera el deseo -más o menos realizable- de salir de ahí. Entiendo a la calle como un umbral, bajo él se puede acceder a resguardo-padecimiento, siendo la principal pena la sensación de estar tan cerca de -una- de las puertas de la muerte. Ahí, saliendo del umbral, es cuando surgen los momentos de “andar bien” que todos los “de la calle” han tenido, por instancias más o menos prolongadas. El andar bien suele referir -nuevamente mostrando que las PSC están muy lejos de poseer las características anómicas y asociales que se les pueden atribuir- a una construcción bastante hegemónica del término: tener una casa, sostener un trabajo que la logre abastecer, limitar el consumo de psicoactivos, e idealmente, formar una familia. Objetivos que no me parece que disten de la enorme mayoría de las masas. Las experiencias acumuladas en calle funcionan muy bien para sobrevivir, crear lazos y ganar el respeto allí. Así marcan cicatrices y delinear tatuajes, maneras de ser y de hacer. La calle es el lugar al que se retorna cuando el “cuerpo ya te pide salir caminarla otra vez”, lo cual, sumado a la acumulación de desigualdades, hace difícil torcer el camino para sostener un rumbo

distinto. En estas “idas y venidas” -diferencialmente condicionantes- la calle se mantiene en interacción con las vidas más allá del umbral. Cuando se “anda la calle”, retomando los planteos de Bourgois, no se persiguen fines extraños al conjunto social, sino que, desde un complicado punto de partida, se busca la dignidad. Esta también se construye en calle a través del compartir y el respetar, del conocer lugares e itinerarios y al hacer valer las propias trayectorias de sufrimiento y adversidad.

En Argentina, desde fines del año 2021, tenemos la Ley N° 27654 que define a las PSC brindando un marco de derechos. Quiero remarcar que entiendo los esfuerzos que implicó llegar a su aprobación y valoro su existencia. Esta etnografía busca profundizar en los aspectos subjetivos de cómo es vivida esa “situación” para mostrar -una parte- de la diversidad que engloba. Considero que sólo profundizando en las diferencias que alberga la “situación de calle” es posible una intervención seria y orientada hacia un acceso más situado, amplio y real a los derechos. Comprender pertenencias, rutinas, deseos, códigos y valores creados en la experiencia de sentirse “siendo de la calle” nos va a ayudar también a posibilitar acciones que le sirvan a la población. En esta descripción de “la calle vivida” está presente el temor de constituir una estigmatización de los estigmatizados. Sin embargo, en diálogo con Garriga Zucal, entiendo que recaen muchos más estigmas en la construcción del otro cuando no se lo comprende. Entonces, este trabajo busca ser un aporte a este conocimiento. Como lo plantea Muela en tono muy enfático, un día que estaba furioso por una intervención del área de salud:

Para trabajar con nosotros, para ayudarnos ¡nos tienen que conocer! Es como todo, primero tenés que escuchar, después tratás de entender... y cuando comprendés cómo es la movida ahí sí hablás... (ya más tranquilo continúa) porque es difícil de entendernos a nosotros, somos complicados los paisanos de las calles de Bariloche (se sonríe). No cualquiera.

Considero que la escucha activa tiene una importancia central. Esta es la que permite conocer y acompañar a la persona en lo que desee hacer, brindando acceso a derechos. No hay investigación o gestión posible sin diálogo. Por más “sin” (techo, casa, educación, trabajo) que nos pueda hacer pensar a la persona desde su falta, no se debe optar por perspectivas paternalistas o punitivistas. Como señala Di Iorio, no se puede cuidar desconociendo. El humano, aunque se encuentre en las condiciones más hostiles, tiene una historia y un saber, no deja de ser un sujeto con deseos, ideas y anhelos. El lugar para que comparta su identidad no tiene que ser solapado, su protagonismo para agenciar en torno a su vida no debe ser negado. Para abordar estas cuestiones, sin distinción si se trata de investigación o gestión, el vínculo en terreno es fundamental. Estar en el lugar que las personas habitan genera una interacción más horizontal. No pre-recortamos el “objeto” diverso. La intención es trabajar sin puertas para que no las podamos cerrar.

El trabajo en el territorio, mano a mano, hombro con hombro, es fundamental. Pero para lograr pasar de la reducción de riesgos y daños o la reducción de vulnerabilidades, como propone Nery Filho, la urgencia debe complementarse con la prevención. El trabajo en los niveles micro debe ser acompañado por cambios en una escala mayor. En línea con Bachiller, y Guevara en nuestra ciudad, comparto la preocupación por los

problemas de distribución de la tierra y la vivienda, además de los que se marcan por el desigual acceso al trabajo, las modalidades de contrato y el tipo de los mismos. Este trabajo buscó abordar en profundidad un recorte, me centré en torno a los procesos de subjetividad que encarna un grupo de personas que se autodenomina como “de la calle”. Sin embargo, un abordaje posterior podría interrogarse -si se me permite retomar la metáfora- por el resto del iceberg, es decir, por los otros grupos que se encuentran en la calle y adscriben de diferente forma, ponderando en mayor medida las cuestiones de acceso a la tierra, a la vivienda y al trabajo formal. Mientras la vivienda y el trabajo continúen siendo considerados algo a los que algunos pueden acceder fruto de su mérito, continuará habiendo personas buscando su dignidad en la calle.

BIBLIOGRAFÍA

Abduca, R. (2011). Acariciando lo áspero. El itinerario cartonero como construcción de un territorio. Suárez, FM & Schamber, PJ (Comps.), *Recicloscopio II: Miradas sobre recupera-LATINOAMERICANO* BRUGUÉ, J.(2009):“Calidad democrática: de la debilidad liberal a la fuerza deliberativa”, En: Parés i Franzi, M.(Coord.), *Participación y calidad democrática. Evaluando las nuevas formas de.* Adorno, F. (2019). *De errores y rescates. Prácticas, tensiones y articulaciones pensando en la re-inserción social desde el Penal* N° 3 (Tesina). Disponible en: <https://rid.unrn.edu.ar/jspui/handle/20.500.12049/2602> Fecha de consulta: 03/09/22).

Afamughat, N. Brunori N. Coronel, R. Di Noto, M. Magnoli Diego, Nataine, L. Navarro, C., Sena, C. (2018) Informe técnico: Diagnóstico de los usos, sentidos y expectativas sobre el espacio público en las calles de Bariloche. Universidad Nacional de Rio Negro / Municipalidad de San Carlos de Bariloche – Depto. de Urbanismo: Bariloche.

Bachiller, S. (2008). *Exclusión social, desafiliación y usos de espacio. Una etnografía con personas sin hogar en Madrid* (Doctoral dissertation, Universidad Autónoma de Madrid).

Barth, Fredirk (1976). “Introducción” En Barth, F. (comp.) *Los grupos étnicos y sus fronteras. La organización social de las diferencias culturales*, México: Fondo de Cultura Económica, pp. 9-49.

Basso, E. B. (1985). *A Musical View of the Universe: Kalapalo Myth and Ritual Performance*, Philadelphia. University of Penn. Press.

Bauman, R. (ed.) (1977). *Verbal Art s Performance*, Illinois:Waveland Press

Bauman, Richard Y Charles L. Briggs (1990). “Poetics and Performance as Critical Perspectives on Language and Social Life Author”. En *Annual Review of Anthropology*, Vol. 19 (1990), pp. 59-88.

Benjamin, W. (2005). *Libro de los pasajes* (Vol. 3). Ediciones Akal.

Biaggio, Mariana (2009). “Estigma e Injuria. Una aproximación al análisis de las prácticas discriminatorias presentes en la vida cotidiana de las personas en situación de calle”. XXVII Congreso de la Asociación Latinoamericana de Sociología. VIII Jornadas de Sociología. Asociación Latinoamericana de Sociología, Buenos Aires.

Biaggio, Mariana (2014). *Ser, estar, parecer: reconocimiento social y resistencia identitaria en torno a las políticas habitacionales del GCBA dirigidos a personas en situación de calle (1997/2012)*. Tesis de Doctorado en Ciencias Sociales. Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de Buenos Aires (mimeo).

Bourdieu, Pierre (1990) [1984] “La juventud no es más que una palabra”. En *Sociología y cultura*. México D.F.: Grijalbo, pp. 163-173.

Bourgois, P. (2006). *Pensando la Pobreza en el gueto: Resistencia y autodestrucción en el apartheid norteamericano*. En: *Etnografías Contemporáneas* 2(2), pp. 25-43.

Bourgois, Philippe (1995) *In search of respect: Selling Crack in El Barrio*. Cambridge, Cambridge University Press.

Boy, M. (2012). *Adultos que viven en la calle: políticas públicas, usos y estrategias en torno a la ciudad. Buenos Aires, 1997-2011* (Doctoral dissertation, Tesis de doctorado no publicada. Universidad de Buenos Aires, Facultad de Ciencias Sociales, Argentina).

Brow, J. (1990). *Notes on Community, Hegemony, and the Uses of the Past*. *Anthropological quarterly*, 1-6.

Bufarini, M. (2006). *Personas sin hogar: análisis de las políticas sociales desarrolladas para su asistencia*. En Universidad Nacional de Salta, *Globalidad y diversidad. Tensiones contemporáneas VIII Congreso de Antropología Social*.

Bufarini, M. (2020). Percibir y resistir los estigmas. Un estudio sobre la cotidianidad de personas en situación de calle.

Bufarini, Mariel (2006). Cuando la plaza deviene en hogar. Usos y representaciones del espacio urbano público. Tesina de Licenciatura. Facultad de Humanidades y Artes, Universidad Nacional de Rosario (mimeo).

Bufarini, Mariel (2016). Usos del espacio urbano público y políticas sociales. Análisis de la vida cotidiana de las personas sin hogar. Tesis de Doctorado en Humanidades. Facultad de Humanidades y Artes, Universidad Nacional de Rosario (mimeo)

Carsten, J. (2000). Introduction: cultures of relatedness. *Cultures of relatedness: New approaches to the study of kinship*, 1-36.

Carsten, J. (2007). Introduction: Ghosts of memory. *Ghosts of memory: essays on remembrance and relatedness*, 1-35.

Connel, Robert (1997): "La organización social de la masculinidad", en Valdés, Teresa y Olavarría, José (eds.): *Masculinidades: poder y crisis*. Flacso, Ediciones de las mujeres nro. 24.

De Certeau, Michel. 2000 (1990). "Relatos de espacio". En *La invención de lo cotidiano I. Artes de hacer*, México: Universidad Iberoamericana-Instituto tecnológico y de estudios superiores de occidente.

Deleuze, Gilles (1987). "Los pliegues o el adentro del pensamiento (subjetivación)" En Foucault, Barcelona, Buenos Aires, México: Ediciones Paidós, pp. 125-58.

Di Iorio, J. (2019). ¿Cómo cuidar sin tutelar? Notas sobre un modelo de intervención en contextos de vulneraciones psicosociales basado en los vínculos. En E. Nelson Arellano (Ed.), *Situaciones de calle. Abandonos y sobrevivencias. Miradas desde las praxis: Chile - Argentina - Costa Rica - México* (pp. 25-47). Santiago, Chile: RIL.

Di Iorio, J. (2019b). Situación de calle espacio público uso de drogas: una aproximación al problema. Buenos Aires: Intercambios Asociación Civil.

Durham, Deborah. (2000). "Youth and the Social Imagination in Africa: Introduction to Parts 1 and 2" *Anthropological Quarterly*, Vol. 73, No. 3, Youth and the Social Imagination in Africa, Part 1. pp. 113-120.

Dwyer, Leslie (2009) *A Politics of Silences: Violence, Memory, and Treacherous Speech in Post-1965 Bali*. In *Genocide, Truth, Memory, and Representation*. Alexander O'Neill y Kevin Hinton, eds. Pp. 113-146. Durham y London: Duke University Press. (selección traducida)

Fernández, Ana María (2006): *La mujer de la ilusión: pactos y contratos entre hombres y mujeres*. Buenos Aires, Paidós.

Fuentes, Ricardo Daniel, Laura Kropff, Agüero Alejandro y Tissot, Angel (2007). *Sectores Populares: identidad cultural e historia en Bariloche*. San Carlos de Bariloche: Núcleo Patagónico.

Garriga Zucal, J. A. (2005). "Lomo de macho. Cuerpo, masculinidad y violencia de un grupo de simpatizantes de fútbol", *Cuadernos de Antropología Social* 22: 201-216.

Garriga Zucal, J. Y Noel, G. (2010). "Notas para una definición antropológica de la violencia: un debate en curso". *Publicar*, IX (en prensa).

Garriga Zucal, José Antonio (2005). "Lomo de macho. Cuerpo, masculinidad y violencia de un grupo de simpatizantes de fútbol", *Cuadernos de Antropología Social* 22: 201-216.

Goffman, Erving (2003 [1963]). *Estigma. La identidad deteriorada*. Buenos Aires: Amorrortu.

- Grossberg, L. (2010) Teorización del contexto. La Torre del Rey: revista de estudios culturales. N°9, pp 17-23, Valencia
- Grossberg, Lawrence. (1992). "Power and Daily Life". En *We Gotta Get Out of This Place. Popular Conservatism and Postmodern Culture*. New York: Routledge. Pp. 89-112. (Traducción interna).
- Grossberg, Lawrence. (1993). "Cultural studies / new worlds. En Mc Carthy, C. y Crichlow W. (eds.) *Race, Identity and Representation in Education*. New York: Routledge, 89-105.
- Guber, R. (2001). *La etnografía: método, campo y reflexividad* (Vol. 11). Editorial Norma.
- Guber, R., Guarini, C., Kaufman, E., & Casabona, V. (1991). *El salvaje metropolitano: a la vuelta de la antropología postmoderna: reconstrucción del conocimiento social en el trabajo de campo*. Buenos Aires: Legasa.
- Guevara T., Paolinelli, J. y Nussbaum, A. (2018). Capítulo 2: Evolución y situación actual del hábitat informal en la ciudad. En *Urbanización y hábitat en Bariloche: Ciudades que habitan una ciudad*. Viedma: Editorial UNRN. doi:10.4000/books.eunrn.1572
- Guevara, T. (2015). *¿La ciudad para quién? Transformaciones territoriales, políticas urbanas y procesos de producción del hábitat en la ciudad de Buenos Aires (1996-2011)*. México df: Universidad Nacional Autónoma de México / Programa Universitario de Estudios sobre la Ciudad / Instituto del Fondo Nacional de la Vivienda para los Trabajadores.
- Guevara, T. (2016). Demanda y déficit habitacional en San Carlos de Bariloche (2015). *Revista Sudamericana Revista Sudamérica*, 5.
- Guevara, T. (Ed.) (2018). *Urbanización y hábitat en Bariloche: Ciudades que habitan una ciudad*. Viedma: Editorial UNRN. doi:10.4000/books.eunrn.1572
- Guevara, T., & Núñez, P. (2014). La ciudad en disputa: Desarrollo urbano y desarrollo económico en San Carlos de Bariloche, Argentina. *Diálogo andino*, (45), 153-167.
- Guevara, T., Medina, V., & Bonilla, J. (2016). Demanda y déficit habitacional en San Carlos de Bariloche (2015). *Sudamérica: Revista de Ciencias Sociales*, (5), 17-40.
- Guiñazú, Samanta (2016). "La práctica antropológica en ámbitos de gestión de procesos y problemáticas sociales: supuestos, reflexiones y desafíos" *Estudios en Antropología Social Nueva Serie*, 1(1): 105-119
- Hall, S. (1995). *¿Qué es 'lo negro' en la cultura popular negra?*. Biblioteca Virtual Universal.
- Hall, S. (1998). Significado, representación, ideología: Althusser y los debates postestructuralistas. In *Estudios culturales y comunicación: Análisis, producción y consumo cultural de las políticas de identidad y el posmodernismo* (pp. 27-62). Paidós Ibérica.
- Hall, S. (2003). Introducción: *¿Quién necesita identidad? Cuestiones de identidad cultural*, 13-39.
- INGOLD, Tim (2011). "A storied world". En *Being Alive. Essays on Movement, Knowledge and Description*, New York: Routledge, 141-176.
- Kropff, L. (2005). Bariloche: ¿una Suiza argentina?. *Desde la patagonia. Difundiendo saberes*, 2(2), 32-37.
- Kropff, L. (2003). Indios, chilotes y vecinos en una ciudad patagónica. En *Cuadernos de antropología social. Sección de antropología social, I.C.A., Facultad de Filosofía y Letras, U.B.A. Dossier n°16 "Conflictos interétnicos en la sociedad contemporánea"*: 211-229.
- Kropff, Laura (2011) "Los jóvenes mapuche en Argentina: entre el circuito punk y las recuperaciones de tierras", en *Alteridades*, 21 (42), pp. 77-89.
- Lefebvre, H. (1973). *De lo rural a lo urbano: antología preparada por Mario Gaviria*. Ediciones Península.

- Lewis, O. (1975) [1961]. *Antropología de la pobreza*. Fondo de cultura económica: México.
- Marcus, G. E. (2001). *Etnografía en/del sistema mundo. El surgimiento de la etnografía multilocal*. *Alteridades*, (22), 111-127.
- Margulis, Mario y Marcelo Urresti (1996) “La juventud es más que una palabra” en Margulis, Mario (ed.) *La juventud es más que una palabra*. Buenos Aires: Biblos
- MASSEY, Doreen (2005) *The Elusiveness of Place (Cap. 12), Thrown-togetherness: The Politics of the Event of Place (Cap. 13) y There are no Rules of Space and Place (Cap. 14)*. En *For Space*. Pp. 130-148, 149-162 y 163-176. London: Sage Publications, http://selforganizedseminar.files.wordpress.com/2011/07/massey-for_space.pdf
- Medina, D. (2018). Capítulo 1. Crecimiento urbano y desigualdad espacial en Bariloche. In Guevara, T. (Ed.), *Urbanización y hábitat en Bariloche: Ciudades que habitan una ciudad*. Viedma: Editorial UNRN. doi:10.4000/books.eunrn.159
- Merenson, Silvina. 2014. “Escuchar en la ‘intervención’, desoír en la “investigación”. Notas sobre la implementación de políticas públicas en una zona rural del Uruguay” En Silvina Merenson y Debora Betrisey Nadal (comps.) *Antropologías contemporáneas. Saberes, ejercicios y reflexiones*. Buenos Aires: Miño y Davila.
- Palleres, G. (2004). *Conjugando el presente. Personas sin hogar en la Ciudad de Buenos Aires*. Buenos Aires: Sociedad Argentina de Antropología. Colección Tesis de Licenciatura.
- Palleres, G. (2010). Resignificación socioespacial y construcción de subjetividad. *Personas sin hogar en la Ciudad de Buenos Aires*. *REVISTA CUHSO*, 19(1), 95-104.
- Palleres, Griselda (2009). Límites y alcances del accionar del Parador Nocturno Retiro del Gobierno de la Ciudad de Buenos Aires para personas sin hogar. XXVII Congreso de la Asociación Latinoamericana de Sociología –ALAS. Buenos Aires, Facultad de Ciencias Sociales de la Universidad de Buenos Aires.
- Palleres, Griselda (2012). "Derecho a la ciudad: personas sin hogar en la ciudad de Buenos Aires". En: Bolívar, Teolinda and Espinosa, Jaime Erazo (comp). *Dimensiones del hábitat popular latinoamericano*. Quito, Ecuador, FLACSO-CLACSO.
- Palleres, Griselda y Cecilia Hidalgo (2018). "Conceptualización y medición de la situación de calle en la Ciudad de Buenos Aires". *Revista Cuestión Urbana* 2 (3): 59-75.
- Parodi, C. (2020) *Entre la calle y el ajuste Experiencias de vida en calle de pibes y pibas en el centro urbano del municipio de Morón, Provincia de Buenos Aires, entre 2015 y 2019*. Tesis de Licenciatura. Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de Buenos Aires.
- Pawlowicz, M. P., Di Iorio, J. y Touzé, G. (2022) El movimiento de reducción de daños: hacia regulaciones no punitivistas. *Revista Salud mental y Comunidad*, Universidad de Lanús, Año 9 (12), 113-118.
- Pérez, S. A. (2004). Identidades urbanas y relocalización de la pobreza. En *Intersecciones en Antropología*, 5, 177-186. Recuperado de http://www.scielo.org.ar/scielo.php?script=sci_arttext&pid=S1850-373X2004000100015 (obtenido el 20-9-2022).
- Pollack, Michael (2006). “Memoria, olvido y silencio”. En *Memoria, olvido y silencio. La producción social de identidades frente a situaciones límite*. La Plata: Ediciones el Margen, Pp. 17-32.
- Ramos, A. M. (2010). *Los pliegues del linaje. Memorias y políticas mapuches-tehuelches en contextos de desplazamiento*, Buenos Aires: Eudeba.
- Ramos, A. M. (2021). “Desigualdades naturalizadas: la vigencia de los imaginarios de violencia en los campos jurídicos, políticos y de sentido común”. *ARCOSUR Ringvorlesung. Violencias, desigualdades y resistencias en América Latina*. Online: https://www.db-thueringen.de/receive/dbt_mods_00049271

- Reyes, L. A. F. (2018). Lógica en la calle, sobre la Experiencia e Inferencia en las estrategias de supervivencia de personas en situación de calle de la actual ciudad de Salta. *Revista de la Escuela de Antropología*, (XXIV), 1-18.
- Rodgers, D. (2004). "Haciendo del peligro una Vocación: La antropología, la violencia, y los dilemas de la observación participante", *Revista Española de Investigación Criminológica*, <http://www.criminologia.net>
- Rosa, P. (2017). *Habitar la calle: el accionar de las organizaciones de la sociedad civil en la Ciudad de Buenos Aires*. CEUR CONICET.
- Rosa, Paula (2015). La ciudad y sus deudas: la atención a los habitantes de la calle. *Revista de la Facultad de Ciencias Sociales / UBA 87*: 32-37.
- Segura, R. (2018). *Vivir afuera: antropología de la experiencia urbana*. Nueva Editorial Iztaccihualt SA.
- Segura, R. 2009. 'Si vas a venir a una villa, loco, entra de otra forma.' Distancias sociales, límites espaciales y efectos de lugar en un barrio segregado del gran Buenos Aires", en Ferraudi Curto, C.; Grimson, A. y Segura, R. (comp) *La vida política en los barrios populares de Buenos Aires*, Buenos Aires, Prometeo.
- Segura, R. (2013). "Los sentidos del lugar. Temporalidades, relaciones sociales y memorias en un barrio segregado de La Plata". *Revista Sociedade e cultura*, 1 (16). Brasil. (pp. 59-68)
- Segura, R. (2017). "Trazos del habitar. Experiencias, líneas y puntos de vista en el análisis de cartografías urbanas". En *Revista Ensamblés*, 6. (p. 121-138).
- Segura, R., & Chaves, M. (2019). Modos de habitar: localización, tipo residencial y movilidad cotidiana en el Gran La Plata. MM Di Virgilio y M. Perelman (Coords.), *Disputas por el espacio urbano. Desigualdades persistentes y territorialidades emergentes*, 193-222.
- Segura, R., & Chaves, M. (2020). *Relatos de espacio: narraciones, movilidades y formas de habitar la metrópoli*. *Revista transporte y territorio*, (23), 7-29.
- Shore, C. (2010). La Antropología Y El Estudio De La Política Pública: Reflexiones Sobre La "Formulación" De Las Políticas. *Antípoda. Revista de antropología y arqueología*, (10), 21-49.
- Silba, Malvina (2012). *Vidas Plebeyas: masculinidades, resistencias y aguante entre varones jóvenes pobres del Conurbano*. *Papeles de Trabajo*, Año 6, N° 10, pp. 160-176.
- Tomás, M. (2020). *Allá abajo pasan muchas cosas. Espacios, cuerpos y corporalidades en una cárcel rionegrina* (Doctoral dissertation).